

CRISTINA FERNÁNDEZ

# Átame

TRILOGÍA ATADOS  
VOL. 1.



*Colectión ardiente*

**D.J.57**

CRISTINA FERNÁNDEZ

# Atame

TRILOGÍA ATADOS  
VOL. 1.



Átame

*Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de las autora

© Cristina Fernández 2019

© Editorial LxL 2019

[www.editoriallxl.com](http://www.editoriallxl.com)

04240, Almería (España)

Primera edición: febrero 2019

Composición: Editorial LxL

ISBN:978-84-17516-95-6

Esta novela va dedicada a mi hijo Diego, la luz de mi vida, mi presente, mi futuro y lo mejor que me ha pasado.

# *Agradecimientos*

Agradecerle, en primer lugar, a Editorial LxL la oportunidad y confianza depositada en mí.

Agradezco de corazón el apoyo de mi familia, en especial el de mi madre, que día a día me demuestra que sí se puede. Y a mi hermana Júlia «pestañas arriba».

Mi profundo agradecimiento a mis amig@s, en particular a Dani, por su energía y luz.

Y de manera muy especial, a Samuel, por escucharme y estar siempre a mi lado, por difícil que sea a veces. La próxima vez escribiré sobre un limonero, lo prometo. ;)

## Prólogo

Una suave brisa me acarició la espalda, entendiendo que la puerta de la habitación se había abierto detrás de mí. Estaba a oscuras, con una única tenue luz en la entrada, casi nula. Yo estaba de cara a la pared, con la frente apoyada en ella y las muñecas en mi espalda.

Esperándolo.

No veía nada.

Mi piel desnuda se erizó cuando oí abrir y cerrar la puerta detrás de mí, y lo que supuse que eran sus pasos invadir la habitación y acercarse con sigilo.

Vestida únicamente con un tanga de encaje, a juego con unas medias de seda negras y unos zapatos brillantes de tacón de aguja rojos, lo esperaba cabizbaja. Con el pelo suelto. Sin mirarlo. Cómo él quería.

Ansiosa de su tacto.

Anhelando sus reacciones.

Pendiente de sus pasos y su aliento.

Esperando sus órdenes.

Mi respiración se aceleraba y podía oír mis latidos en un golpeteo incesante en mi pecho, a cada instante más rápido cuando reconocía el sonido de sus pasos.

Se detuvo en lo que yo sabía su particular ritual: allí, a medio camino entre la entrada y mi cuerpo, de pie, en silencio, posiblemente blandiendo la fusta entre sus grandes y tibias manos, con mirada oscura, lobuna y lasciva sobre mí... Indefensa, desnuda, de espaldas... A la espera. A su espera.

Mojé mis labios con la lengua, relamiéndome, y sentí mis pezones erectos, mi sexo húmedo, totalmente excitada y expectante a su voluntad.

—¿Estás cómo te gusta? —Su voz ronca rompió el silencio que invadía nuestra habitación tan especial—. Contesta, niña —exigió con ese encantador acento.

—Sí. —Jadeé casi fuera de mí. Él tenía ese poder sobre mi cuerpo, mi alma, mi persona.

—¿Seguro? —rugió con su preciosa voz, entendiendo, aun sin verlo, que

estaba sonriendo como de costumbre; de medio lado.

—No. —Suspiré, esbozando una sonrisa, sin mirarlo. Si lo hacía me azotaría por romper el hechizo con las miradas.

—¿Y qué necesitas, niña? —susurró ronco acercándose un poco más, deteniéndose a mi lado, junto a la cama. Mientras partía el aire con el movimiento de lo que ya supe seguro, por el sonido, que era una fusta.

Sentía su calor cerca y, haciendo esfuerzos por no contemplar su escultural cuerpo, por no dejar que me embriagara su aroma, por no cubrirlo de caricias, besos, me invadió la pregunta de cuándo fue el momento en el que me envolví en aquel sórdido mundo que me engulló por completo.

Entonces decidí mi respuesta, aún no pronunciada, lo que no hizo tardar su impecable insistencia.

—¿Qué necesitas, niña? —repitió más alto, cuando un chasquido cortó el aire y sentí ardor en mis nalgas. La fusta. Mi tardanza en responder se tradujo en el primer azote de la noche—. Contesta —exigió.

Suspiré, recuperándome del estallido aún ardiente que había cruzado mis posaderas, húmeda y deseosa, contestando al fin a aquello que tanto deseaba, siendo la misma respuesta que él anhelaba en silencio:

—Átame.



Salgo de casa como alma que lleva el diablo, cogiendo el casco de la moto mientras me cruzo el bolso y me abrocho la chaqueta. Si no me doy prisa, seguramente llegaré justa, o quizá tarde, y aunque normalmente no habría pasado nada, ya que soy una empleada modelo que jamás ha llegado tarde, que me he quedado a deshoras para acabar mi trabajo y me he implicado al máximo con los objetivos de la empresa, precisamente hoy no quiero ni puedo retrasarme.

Es el día en que un «pez gordo» vendrá a ver la Mansión del Lago. La propiedad más complicada de vender, y es que no es para menos. Está ubicada en el centro de una montaña a menos de media hora de Barcelona, es un Edén en plena ciudad.

Sinceramente estoy enamorada de esa casa, pero resignada a enseñarla a ricachones indecisos que no me darán mi oportunidad. Y es que no es para menos. Se trata de un chalé precioso, con tres plantas, una de ellas bodega, en parte, y zona de aparcamiento. La primera planta, que da al jardín, es la entrada a la casa principal, con unas majestuosas columnas que dan lugar a un gran porche, el cual ocupa un tercio de la planta con sumo buen gusto. Está la piscina; parte cubierta por la propia casa y parte en el exterior. Las otras dos plantas son vivienda. La última tiene una habitación con el techo totalmente de cristal climatizado, el cual puede servir por el día como *solárium*, o por las noches como perfecto observatorio. En la *suite*, un *jacuzzi* y amplios y verdes jardines rodean la casa. En la parte de abajo, un lago natural, pequeño y encantador. Casi a la entrada, una acogedora casita de madera para los invitados y al lado de una fuente que da la bienvenida a la finca. Un sueño. Por supuesto, inalcanzable.

Pero a lo que sí puedo llegar es a la tremenda comisión que me llevaré al efectuar la venta. Y por fin ha llegado mi oportunidad. Paco, el gerente de la sucursal inmobiliaria de casas y chalés de lujo donde trabajo, ha decidido, junto con su vicepresidente, Hugo, que tengo el potencial suficiente para poder realizarla.

Así que me he levantado temprano, me he duchado, puesto guapa y, cuando iba a salir, Piru, mi gato, ha decidido meterse en casa del vecino.

No pasaría nada si mi vecino no fuera la especie de psicópata antianimalista capaz de envenenar a mi pobre gatito si lo encuentra. Así que resoplando he tenido que rescatarlo.

Más de media hora me ha tenido el puñetero gato hasta que he podido cogerlo, haciendo equilibrio entre los dos balcones, rezando para que nadie llame a la policía y me acuse de suicida o ladrona. Por lo tanto, a última hora, he tenido que correr más que un rayo para poder llegar a una hora prudencial a la oficina.

Pero está claro, el treinta de mayo de 2018, miércoles, no es mi día.

A pesar de estar a las puertas del verano, este año no hace más que llover y llover y hoy no iba a ser diferente, y me ha pillado una tromba de agua camino de la oficina. Los chuzos de punta han comenzado a caer de sopetón, sin que me dé tiempo a parar un momentito y ponerme el chubasquero.

Llego al trabajo haciendo peripecias y malabarismos para no caerme y morir debajo de un coche, llegando por fin.

«¡Qué tarde es!». Miro el reloj de muñeca y corro hasta la oficina, sin ni siquiera quitarme el casco. Tanta prisa llevo que, Elena, la recepcionista, que me conoce aun con el casco, me señala la sala de reuniones diciéndome con señas que corra.

Entro como un suspiro, irrumpiendo al abrir y cerrar la puerta, y al caer de bruces al suelo de espaldas, ya que me engancha el pañuelo con la puerta al cerrar y, al tener los zapatos tan mojados, me resbalo para irremediablemente caer. Los asistentes de la reunión se giran al unísono, siendo Javier y Mari Ángeles los únicos que se dignan a agacharse, quitarme el casco y el pañuelo y ayudarme a levantarme. Como si de la pesadilla de una quinceañera se tratase, veo cómo soy el ridículo centro de atención de todo el mundo.

—Hola —puedo emitir al abrir la boca, tan avergonzada que deseo que la tierra me trague.

Paco, el gerente, me señala con la palma abierta a alguien a quien Paola, la «rubia tetazas» de la oficina, tapa por completo.

—Ella es Alicia Blanco, la comercial que va a enseñarle la propiedad en la que está usted interesado... —Me mira de arriba abajo entre la decepción y el desprecio de quien ve a una rata sarnosa—. Iba a enseñarle... —Una punzada atraviesa mi estómago. ¿Iba? ¿Ya no?—. Sr. Veri, si no le importa, irá Paola en su lugar.

Unos deseos enormes de abofetear a Paco e irme llorando al más puro estilo de Hollywood me invaden, aunque las ganas me las guardo, manteniendo la compostura como puedo.

Mari Ángeles, compañera y amiga, me mira poniendo los ojos en blanco

en señal de disgusto. Paola da un paso adelante con su asquerosa sonrisa de Barbie perfecta, dejándome ver al comprador, quien, movido por la curiosidad, me ojea de arriba abajo.

Con un sobrio traje de chaqueta negro, con el cabello engominado y muy corto, esos ojos verdes de impresión y una leve barba a la moda, me contempla un tiarrón de casi dos metros. Todo él es escultural. En este momento me da la sensación de que tiene músculos hasta en las orejas.

Me muerdo el labio inferior y bajo la mirada, avergonzada. Me imagino que la impresión que se llevará de mí no será muy buena. De aquí a la calle. Sin embargo, y ante la sorpresa atónita de los presentes, el tremendo señor de negro aparta a Paola hacia un lado y, con una gracia que me parece la de un ángel, dice ante la mirada de todos:

—No, prefiero que sea Alicia, la chica que habíamos acordado.

Su acento italiano es como música para mis oídos.

—Como prefiera, señor Veri —dice sorprendido Paco—. Será Alicia quien le acompañe.

El hombre de negro asiente y, acercándose a mí con ese aire endiosado y ese aroma delicioso, me toma de un codo ante la mirada de los presentes. Mari Ángeles me observa con una sonrisa, aplaudiendo disimuladamente en silencio.

—Vamos, Alicia. —Me atrajo hacia él—. Mi coche está fuera.

En un momento, antes de salir, Elena me alcanza al pasar mi valiosa agenda, y de camino al coche, en una rápida ojeada, puedo ver el nombre. Su nombre. Sandro Veri.

El día continúa nublado, aunque en el momento en el que el hombre de negro me ha sacado a la calle casi arrastras, ya no llueve. No sé la cara que han puesto los demás, pero habría pagado por ver la de Barbie de Paola. Es preciosa, no lo puedo negar, sin embargo, es muy creída y muy tonta.

Aún estoy alucinando, hasta que mi acompañante abre una de las puertas traseras de un Mercedes del mismo color que su traje y me invita a pasar, indicándome el interior con la palma de su mano hacia arriba.

Me siento, maravillada. Aún no sé si por la caballerosidad que me está demostrando o por el cochazo que estoy admirando nada más entrar. El interior es de piel beis, con detalles en plateado mate, los cristales oscuros, mampara para separar el conductor del pasaje, y una amplitud que ya la

quisiera yo para mi comedor.

—Dime dónde vives, Alicia. Te acercaremos para que puedas cambiarte y secarte. —Me sonrío de medio lado con excelente educación.

—No se preocupe, señor Veri. —Después de todo el estropicio que he liado, vuelvo a ser la mujer profesional que soy—. Estoy bien.

—No, Alicia. —Su semblante se pone serio, borrando esa encantadora sonrisa ladeada que ya he grabado en mi mente—. No está bien. Está mojada y puede resfriarse. Dígame dónde vive para llevarla, o no tendré más remedio que solicitar los servicios de Paola. La he visto muy colaboradora.

Para esto último sí que sonrío, el muy chantajista, sacándome una leve sonrisa.

—De acuerdo, señor Veri. Le iré indicando a su conductor.

Asiente, agradado por mi respuesta. Vaya mandón me ha tocado. Pero vaya mandón reguapo. Indico al conductor, con mis señas especiales «Para aquí, para allá. Siga para arriba. Tuerza aquí». El hombre de negro sonrío al verme utilizar un millón de términos para no usar «derecha» e «izquierda». Me da vergüenza equivocarme, soy disléxica y siempre me confundo ¡liando cada una...! Pero eso es muy mío. Lo de liarla, vaya.

Le indico dónde parar y como un rayo subo los tres pisos hasta la segunda puerta de la tercera planta. Es una vivienda minúscula pero preciosa.

La cocina es americana y da a un comedor en el que cabe un sofá de tres plazas, una mesita elevable, el mueble de la tele y unas estanterías cuadradas del Ikea para mis libros y demás. Un baño con un plato de ducha, todo decorado en turquesa —color que me encanta—, y una amplia habitación de matrimonio con un armario empotrado gigante en el que cabe otro piso casi, y que, aunque muy útil, siempre lleno de trastos, y de mi ropa, claro. El balconcito minúsculo es mi refugio. Tiene un metro y poco de ancho y tres de largo, cogiendo mi comedor y habitación. Adornado con guirnaldas de luces de colores. Sin duda es mi rincón favorito.

Abro la puerta dejando las llaves puestas, muchas veces lo hago, ya que soy olvidadiza, y subo a buscar cosas para marcharme en un segundo.

Me quito la ropa de camino al dormitorio, y lo primero que hago es cambiarme el sujetador. Tiene algo de relleno y está empapado. Una vez que la ropa interior está limpia, me pongo unos pantalones negros, quiero estar muuuy presentable para el señor de negro megaelegante y supermillonario que me tiene que hacer ganar la dichosa comisión. Lanzo la blusa blanca

sobre la cama, cuando oigo ese espeluznante ruido...

—Oh, no. —Me asomo al balcón—. ¡Piru, otra vez no...! —Me pongo la mano en la cara resoplando, entendiendo que el puñetero gato se ha propuesto arruinarme la vida—. Entra, precioso. —Le ofrezco mi mano entre los barrotes. Está sobre el aparato de aire acondicionado del vecino psicópata antianimalista—. Piru, cariño.

Pero ni Piru ni Pira. Y estoy a medio vestir, con el cliente en el coche.

—Date prisa, Ali —murmuro, entendiendo que me toca escalar por segunda vez.

Solo rezo por dos cosas, como de costumbre: para no caerme y para que no llamen a la policía. Saco una pierna por el balcón, luego la otra. No están muy alejados, pero hay medio metro más o menos. De espaldas a los barrotes me sujeto y pongo el otro pie en los del psicópata. Si me ve, me matará. Me agarro con una mano en mi barandilla y, abierta de piernas, con la otra en la otra balconera, de espaldas a la calle. Suelto la de las rejillas del psicópata.

—Piru —lo llamo suplicando, y el gato me huele la mano. Pero el muy cabrón no se mueve—. Gatito. Gatito, ven mí bebé... —Le pongo voz de retrasadita, como a él le gusta, pero ni eso.

Me cago en el gato y en la madre que lo parió, ¡condenado cabrón! ¡Y venga! Sale la rabalera que hay dentro de mí. Si lo hubiese cogido en ese momento, no sé lo que le habría hecho.

En un impulso, pongo los dos pies en la balconera del vecino, jugándome el tipo, pero es que tengo muchísima prisa. Alcanzo al gato por el pellejo y devuelvo el pie a mi balconera. Lo voy a soltar cuando el cabrón se asusta, me araña, salta hacia casa, me hace perder el equilibrio y me quedo sujeta a mi balcón y sin apoyo en los pies, lo que ocasiona que me quede colgando.

Grito por el susto, pero del propio sobresalto mis manos se sujetan a los barrotes verticales, en vez de la barandilla horizontal, cosa que dificulta que pueda hacer fuerza y subir. Me encaramo como puedo, pero no es mi día y sigo resbalando. Y, por si fuera poco, empieza a llover.

Tengo ganas de llorar. Cierro los ojos e intento sobreponerme, me engancho, muevo los pies..., pero nada. Las lágrimas están al borde cuando siento que de la cintura del pantalón me sube alguien y, como una pluma, me deja en el suelo.

—¿Qué demonios haces? —Es el hombre de negro, pálido como la leche, con aire de cabreado—. ¿Estás loca?

Lo miro como un niño perdido que encuentra a su héroe. Aún sin saber por qué, lo abrazo con fuerza y sin remediarlo me pongo a llorar. Tiemblo del frío, o del susto, no lo sé.

Vuelvo a estar empapada.

Está unos segundos sin saber qué hacer, teniéndome sujeta como una lapa a su pecho, que huele tan divinamente bien. Entonces reacciona, me abraza y me dice con voz ronca:

—Tranquila. Todo ha pasado. Estoy aquí.

Lloro unos segundos más. Me recompongo, me da la vergüenza y me aparto.

—Perdóneme. Perdone. —Y mil disculpas más—. Si quiere otro comercial, yo... —Cierro los ojos, sabiendo que la he cagado de todas las maneras posibles.

—Alicia, vístete —me dice, haciéndome caer en la cuenta de que estoy en sujetador, cosa que me hace sonrojar y que me cubra al instante con los brazos—. Te espero en tu salón.

Y me deja aquí, plantada.

«Uy, salón dice —pienso—. Si más que un salón es un puño con cuatro muebles».

Aún temblando me pongo otro sujetador y la blusa. Y ya no tengo más ropa seria seca. Me la juego con unos vaqueros azules. Y la blusa no pega, así que una camiseta blanca de tirantes y un cárdigan beis. Me hago una coleta. Mis rizos con tanta agua se han venido arriba. Me veo los ojos azul mar. Eso me pasa cuando lloro, es extraño, pero se me aclaran.

Me pongo las converse y, decidida a acabar con esa presentación, nefasta, surrealista e inacabable, salgo en busca del hombre de negro, ahora mi héroe.

—Disculpe mi atuendo, señor Veri —le digo nada más salir—. No tengo más ropa formal seca, con este tiempo, yo...

—No te disculpes, Alicia —concluye con una sonrisa de lado, encantadora, mientras me observa.

—Gracias por, ya sabe... —Él vuelve a sonreír y yo me sonrojo—, por lo del balcón, señor Veri, yo...

—Sandro —corrige—. No hay de qué, Alicia —termina con otra sonrisa que ilumina mi casa.

## 2

Bajamos a la calle donde está el elegante Mercedes esperando con su impoluto chófer en el interior. Ya no hay nada en aquel hombre que me disguste, es más, todo en él me parece exquisito. Desde el olor de su traje, zapatos, gestos y, cómo no, esa sonrisa ladeada que derretiría a cualquier mujer.

Con suma educación me abre la puerta del coche para cerrarla tras de mí y subir a mi lado. Sandro le da las señas del chalé al chófer, donde, sin más dilación, nos dirigimos. Por el camino, ojeo el móvil un instante. Un Whatsapp de Mari Ángeles me hace sonreír: «No veas cómo te las gastas, te has ligado al italiano...», seguido del emoticono de un guiño, el cual me hace sonreír, pensando qué más quisiera que un tipo así se fijara en alguien como yo.

No me quejo de mi físico, soy morena, con el pelo largo y rizado, los ojos azules, piel blanca, llegando a la fluorescencia, de estatura más bien bajita y constitución normal. Si no fuera porque tengo mucho pecho. Es de lo único que presumo sin prejuicios a la hora de salir de fiesta, de mi escote y de los ojos.

Y, aunque no me ha ido mal con los hombres, siempre he tenido muy mala puntería. Mi última relación fue con el propio Paco. Sí, sí. Cada vez que la recuerdo me tapo los ojos. Una relación esporádica de sexo, secreta, porque está casado y con dos niños. Un error. Pero error de los grandes. Duró unos meses. La tercera vez que me alargó el divorcio con su mujer, Sofía, lo envié a freír espárragos. Estoy segura de que Paco me habría despedido, pero no le he dado la menor oportunidad. Es más, la venta de este chalé es una oportunidad que me he ganado según algún jefazo, no él solito.

La inmobiliaria en la que trabajo se dedica exclusivamente a vender inmuebles de lujo. Desde chalés a apartamentos. Todo ello superexclusivo, superbonitos, superespeciales y, cómo no, supercarísimos. Despierto de mi leve encanto cuando escucho la voz de Sandro.

—Alicia, porque no te importa que te llame Alicia, ¿no? —Me sonrío al preguntar.

«¡Qué me va a importar! ¡Tú llámame cómo quieras!».

—En absoluto, señor. Veri —le contesto, omitiendo mis pensamientos.

—Sandro —corrige—. ¿Qué piensas de esta propiedad?

—Es una casa preciosa —respondo con sinceridad. Es la más cara, pero algo tiene en sus paredes que me cautiva—. Es antigua, de 1837, aunque fue restaurada conservando toda su esencia. En 1937, plena Guerra Civil, un bombardeo hizo que se destrozara gran parte de la propiedad. —Sandro me escucha con atención. Eso hace que me venga arriba y me explaye en la historia del chalé que tanto me gusta. Y, por qué no, igual hasta lo vendo—. Una vez terminada la Guerra Civil, los herederos se olvidaron de ella totalmente, una pena, la verdad. —Sonríe al escuchar mi opinión—. Fue en 1980, el año en que yo nací, que los herederos de entonces, un importante cirujano y su mujer, aprovecharon para restaurarla, e incluyeron la piscina. La última reforma fue en 2011, cuando decidieron su venta...

—¿Hace siete años que está a la venta? —interrumpe con sorpresa.

—Sí. Piden mucho dinero y, aunque la finca lo vale, no todo el mundo está dispuesto a pagar esa cantidad. Además, se encuentra lejos de la playa. Y la playa, señor Veri..., digo, Sandro, está de moda. —Sonrío ampliamente.

Un momento. ¿Estoy coqueteando? Uuum, sí. No puedo evitar pestañear como una muñeca y sonreír al mirarlo. Un coqueteo de libro en todo su esplendor.

—Pues es una verdadera suerte, Alicia. No me gusta la playa.

Llegamos a la finca y entramos en el interior de sus jardines y terrenos, después de que un encargado de los dueños nos abra la puerta de hierro forjado gris, situada en los muros del especial «castillo».

—Ya estamos, Sandro. —Llamo su atención, pues estaba admirando el exterior de la casa—. ¿Prefiere ver la casa antes o los jardines?

—Cómo quieras, Alicia. —Mete una de sus grandes manos en el bolsillo dando un aire más desenfadado a la situación.

—Pues empecemos por la casa. —Le hago ademán para que me siga.

Entramos por la puerta immaculada, que da a un porche precioso de mármol blanco, situada entre dos columnas del mismo material. Al acceder, se pueden apreciar los techos altos y la claridad de los ventanales superiores, que dan a la villa una luz maravillosa, a pesar del día gris.

Yo le explico sin cesar los detalles de la villa, que está adornada al milímetro con un gusto subliminal, y es que, si de algo sirve enseñar inmuebles de lujo, es que están decorados de tal manera que es imposible no quedar maravillado al verlos.



Sandro me sigue, con las manos cogidas, colocadas a su espalda, observando, escudriñando todo detalle de su entorno. Yo llevo mi agenda, donde ojeo algún detalle interesante que pueda pasar por alto, aunque en la villa es imposible, sé cada detalle, pormenor, cada dato, por insignificante que sea, de memoria. Y ya no por el trabajo, sino por adoración, aunque estoy deseando venderla por la suculenta comisión, me da pena no volver a entrar en ella. Es la más antigua, sí, quizá la menos moderna y nada playera. Pero me encanta.

Miro hacia atrás buscando a Sandro, ya que su silencio abrupto me hace pensar que no me sigue. Para mi enorme sorpresa, el hombre de negro no solo está admirándola, sino que también observa con deleite a quien se lo estaba mostrando.

—Sandro, ¿todo bien? —Utilizo esa frase en vez de «¿Quiere dejar de mirarme el culo y fijarse en la casa?». Me molesta. Si hay algo que odio es perder el tiempo.

—Perfecto. ¿Por qué lo dice? —La frase surge efecto y deja de mirarme el culo en el momento que pronuncio su nombre. Como cuando una profesora pilla a un niño malo. Sube las cejas, dejándome disfrutar de esa preciosa sonrisa.

—Pues porque está muy callado, no me hace preguntas —le contesto, algo molesta.

Se yergue y parece más alto.

—Me gusta mirar lo que va a ser mío —asegura con el pecho hinchado.

¿Iba a comprar la casa? Por un momento no lo entiendo. Lo contemplo con atención, me giro sobre mis pies y sigo mi explicación enseñándole el resto. La parte de atrás, impresionante por sus jardines y la piscina con columnas que se elevan desde el suelo a los techos del porche trasero, dejándola medio cubierta, me tiene enamorada. El turquesa del agua iluminada por los focos se refleja en el techo de una manera única y deliciosa. La tarima de madera que la rodea y parte del porche, combinado con el mármol de la entrada, hace la vista encantadora. Al lado de las hamacas, una pequeña casita de madera, junto a una barra de bar. Y es que no le falta detalle.

¿Quién quiere doce habitaciones, seis baños, salón, salita, sala de juegos, despacho, solárium y todo lo demás teniendo esa piscina? Seguramente, de poder permitírmela, viviría en esa parte. Cuando acabamos, accedemos a los jardines.

Paseamos por el extenso terreno ajardinado, cuidado con un gusto exquisito y una dedicación única. Llegando al lago de la parte oeste del terreno, Sandro se queda mirándolo. Es precioso, la verdad.

—¿Qué le parece?

—Es impresionante —me responde con su pose de las manos en la espalda—, pero es una inversión muy importante que he de pensar muy bien.

—Lo entiendo. —Asiento. Normal, este se echa para atrás, seguro—. Es normal que lo medite —obvio mis pensamientos.

En este momento, pienso que un día meteré la pata y diré lo que me ronda la cabeza sin filtrar. Y ¡jale! La habría liado parda otra vez, como me dice Javi.

—Me gustaría saber más detalles—dice, acercándose a mí—. Tú pareces estar al tanto de todo. Me gustaría resolver dudas, pero se me hace tarde.

—Podemos quedar en otra ocasión y concertar una reunión. Si quiere, le digo a mi jefe, el señor Alférez, Paco, que...

—No quiero reuniones con Paco —termina diciendo, airado—. No me gusta —sentencia ante mi estupefacta mirada.

En este momento, en este preciso instante, veo a Sandro, no solo como un hombre imponente y elegante, sino que me cae la mar de bien. Y aunque lo de «al carajo con Paco» me parece una idea estupenda, no entiendo muy bien qué quiere el guapo de Sandro.

—¿Y cómo propone que resuelva sus dudas? —Frunzo el ceño.

—Por supuesto, en una cena. De negocios, claro. —Sonríe.

—¿Una cena? —Ladeo la cabeza. Cuando me doy cuenta, la enderezo.

—Una cena, Alicia. Mañana. Pasará el coche a buscarte a las ocho y media.

—Pero, no sé... —Me invade la duda. Por un momento, ¡claro que quiero cenar con el buenorro! Pero ¿es profesional?

—¿No sabes qué? Es una cena de negocios. Tú que eres la vendedora resolverás dudas al comprador, que soy yo. No es una cita ni nada formal. Una cena de trabajo. Algo informal, pero de trabajo. —Sube y baja las cejas—. Necesito resolverlas antes de invertir tantísimo dinero.

—De acuerdo. —Me sorprende al no dejarlo acabar.

—Me encanta —suelta de manera espontánea.

—¿Disculpe?

—Que perfecto.

Los dos sonreímos. Yo no soy sorda, y él lo sabe. Sin decir mucho más, me lleva en su coche hasta la puerta de mi casa. Al salir del vehículo, él hace lo mismo, apoyándose en la puerta. Se acerca a mí, y extendiendo la mano para estrechársela y la acepta, sin embargo, tira de mí, y cómo no me lo espero, choco con su pecho.

Es entonces cuando ni corto ni perezoso, me da dos besos en la mejilla.

—Te veo mañana, Alicia —me dice al apartar su cara de mí.

—Hasta mañana, Sandro.

Contesto aún empanada por el momento. «¡Ay, Virgencita! ¡¡No quiero colarme del Casanova!!», me regaño resoplando mientras comienzo a caminar hacia mi portal.

—¡Alicia! —Me giro al oír que me llama. Alzando su dedo índice se acerca a mí, poniéndolo justo ante mi nariz—. Nada de trepar por los balcones. —Sonrío tímida—. No te rías, no. Podrías caer del tercero, ten cuidado.

Todo esto lo dice mientras mueve el dedo en plan profesor y señala el piso desde el cual casi me mato hace unas horas.

—No treparé —aseguro—, es que Piru —meneo la cabeza y corrijo—, el gato se escapa y se mete en casa del vecino...

—¿Y no puedes pedirle a tu vecino que te lo devuelva? —Parece algo enfadado, aunque francamente no lo entiendo.

¿Este tío es de efecto retardado o qué?

—Es un psicópata antianimales —aseguro ante su sorpresa—. No me fío de que le pueda pasar algo a mi gato.

—¿Y no te has planteado poner una valla en vez de saltar de un balcón a otro? Te podrías haber hecho muchísimo daño por tu inconsciencia —me regaña.

Sí, sí; regaña. Yo, para entonces, me medio indigno y medio flipo.

—No te preocupes, estoy acostumbrada. —Intento suavizar el momento. Ha pasado de ser encantador, a ser un hombre estricto del que quiero huir.

—¿Que estás acostumbrada? —Ahora se cruza de brazos—. ¿Eso qué

quiere decir?

—Buuf. —Miro el reloj, resoplando—. Qué tarde es, ¿no? —Lo observo, frunciendo el ceño. Está claro que diga lo que diga no es mi día, así que una retirada a tiempo es una victoria—. Hasta mañana, Sandro —Me pongo de puntillas, apoyándome en uno de sus brazos y dándole, aún me pregunto el porqué, un beso en la mejilla.

Él se queda tan atónito como yo, pero funciona. Ni gato, ni balcones ni nada. Y sin decir nada más, me giro y entro en el portal, deseando llegar a casa, darme una ducha, ponerme un pijama y llamar a Mari Ángeles para contarle lo encantador y raro que es el guapo italiano.

—Pero ¡qué me dices! —exclama Mari Ángeles, apoyada en la barrita de mi cocina que da al comedor, con la copa de vino en la mano.

—Lo que oyes. —Sonrío, moviendo los espaguetis. Nada más llamarla y hacer un breve resumen de mi día intenso, decidimos que es noche de chicas y que viene a casa a cenar.

—¿Que te vas a cenar mañana con el milloneti ese? ¡Nena, que está pa comérselo! —añade dando saltitos.

«Ya verás como me tira el vino en la alfombra», pienso, mirándola.

—Es una cena de negocios —aclaro.

—Ya —dice sonriendo—. Este está soltero. Me lo ha dicho Paola, que lo ha investigado a fondo —cuchichea en tono más bajo, no sé por qué, para que el gato no se entere, digo yo—. Dice que es piloto de aviones, pero que él es el dueño de las aerolíneas. Su padre esta podridito de pasta, y él, pues ni te cuento. Tiene muchos negocios, pero el más importante es el de los aviones.

—Jolín, sí que está informada la Barbie. —Me molesta mucho que sepa tanto de Sandro y sorbo vino de mi copa.

—No te pongas así, mujer. —Me sonrío Mari, mirándome con dulzura—. Quien va a cenar mañana con él eres tú.

—Sí, eso sí. —Mis labios se curvan como una auténtica boba—. Pero de negocios, a ver si se queda la villa y me arregla la cuenta del banco, que está temblando. —le quito importancia a la cena, y me refiero a la comisión.

—Sí, sí, de trabajo. —Sonrío, maliciosa. Qué pícara es—. Tú ve con cuidado que es un mujeriego. De eso sí teníamos constancia, Ali.

Asiento con la cabeza y, aunque sé que me ha estado mirando el culo con descarado la mayor parte de la tarde, me digo a mí misma que ha sido todo un caballero, porque me ha salvado la vida.—Pero ¿es que estás loca? —casi grita, dejando la copa en la encimera, cuando le cuento lo del balcón.

—Loca no, no iba a dejar a Piru a su suerte en casa del loco de al lado.

—Pero casi te matas. Imagina por un momento que Sandro no está.

Eso me hace pensar. Seguramente habría tenido un trágico final.

—Pero no ha pasado nada. —Me lo quito de la cabeza—. Estoy

acostumbrada a hacerlo, y me habría apañado.

—Bueno, tú ten cuidado, cielo. —Sorbe más vino.

—¿Con el gato o con el italiano? —Medio sonrío subiendo y bajando las cejas.

—Con los dos, golfa. —Ríe—. Que te gusta más la fiesta que a un tonto un lápiz.

Las dos reímos con ganas al brindis de «Por las golfas». Y es que, si algo tenemos en común las dos, es el poco pudor a la hora de hablar de todo, inclusive el sexo. Somos íntimas amigas y para nosotras no hay secretos. Es la hermana que nunca tuve. Soy hija única, natal de la Poble de Segur, un pueblecito de los Pirineos catalanes. Mis padres me tuvieron muy mayores, pensando que nunca tendrían hijos. Pero llegué. Él murió cuando tenía dieciséis años. A los dieciocho me fui a seguir mis estudios de Empresariales en la Universidad de Barcelona, y residí unos años con la hermana de mi madre, una mujer mayor encantadora. Dolors, y mi primo Joan, unos doce años más grande que yo. Era lo más parecido a un hermano para mí. Mi madre murió cuando tenía veinte años. Y con la venta de la casita de Poble me compré el minúsculo apartamento en el que vivo y un coche. También me dio para un apartamento cerca de la playa, el que alquilo por semanas. Un extra.

Mi tía Dolors está en una residencia desde hace cuatro años, cuando Joan se fue a Madrid a seguir su vida con Catalina, su mujer. Tiene una niña preciosa a la que nunca veo. Aunque me ofrecí para cuidar a mi preciosa tita, Joan se negó. Voy a verla todos los domingos sin falta y a la pobre se le ilumina la cara cuando me ve.

—¿Ali? —Me desencanta Mari.

—Sí, sí, tendré cuidado. Con el gato —reí—, y con el lobo feroz. —Las dos volvemos a reír. Y es verdad. Es un depredador. Por un momento bajo de mi nube pensando en que he de ir con cuidado, es un encantador de serpientes, y yo podría ser una más, quedarme sin comisión y con el corazón roto. Otra vez—. Tendré cuidado —le aseguro en una cantinela.

Durante la cena, le explico cómo me ha salvado la vida SúperSandro, cómo me miraba el culo y todo lo sucedido. Mari me escucha con una eterna sonrisa, como quien mira una telenovela en la sobremesa. Nos acabamos los espaguetis, que me han salido de rechupete, y devoramos el helado de vainilla con nueces de macadamia. ¡Qué rico!

Entre risas nos despedimos y acordamos vernos al día siguiente. Lo de Ángeles le va como anillo al dedo. ¡Es más buena! No tiene maldad para nadie, es tan dulce que no me extraña que Javi se enamorase de ella.

Nos conocemos desde hace unos seis años, cuando cogieron a los mejores comerciales de la cadena de inmobiliarias en las que trabajábamos y nos llevaron a la sucursal de los inmuebles de lujo. Se vende menos, claro, pero las comisiones no tienen nada que ver.

Me acuerdo de su boda. ¡Ya hace cuatro años! Y desde entonces buscan el bebé. A ver si hay suerte ya, porque va de tratamiento en tratamiento, y ella, mírala, siempre sonriendo. Un amor.

A una hora prudencial, Mari se va, seguramente Javier, el otro compañero de mi trabajo, que es su marido, la espera despierto mientras ve alguna serie de Netflix. No tardo mucho en irme a dormir. Cierro la balconera para que Piru no se fugue, no quiero más sustos por hoy. Me acuesto en mis sábanas tibias. «¡Uuum, qué gustazo!». Y por un momento repaso el día: Llego tarde, me caigo de bruces en la reunión... Me río yo sola. La cara de Paola cuando Sandro dice que me prefiere. «¡Jódete!», vuelvo a reírme sola. Cuando me quedo colgada en el balcón. «Ay, Virgen, ¡qué susto!», por un momento creía que me iba a matar, hasta que Sandro me puso en tierra firme. Dejó que me abrazara a él, qué majo. Sin embargo, la sonrisa y el «qué majo» se borra de mi mente cuando recuerdo nuestra despedida. ¿Me estaba echando la bronca?, ¿en serio? Con lo héroe que había quedado, se ha rebajado a profesor de escuela. Sonríó igualmente y cierro los ojos. Se me eriza la piel cuando pienso en la sonrisa de medio lado y por qué no reconocer que se me endurecen los pezones cuando lo recuerdo cerca, tan cerca...

Me quedo seria mirando el techo, al que le iría bien una mano de pintura, y me sorprendo reconociendo que me excitó más cuando me regañó que cuando me sonrió. ¡Qué rarita soy!

Mi mano se desliza por debajo de mis bragas, en busca de mi depilado pubis, y compruebo que estoy húmeda. Abro las piernas y me las bajo, decidida a relajarme. Me quito la camiseta. Desnuda. Con una mano me abro los labios y con los dedos de la otra busco mi botón de la alegría. Me acaricio el clítoris de arriba abajo. Lo nuevo, lo acarició y rodeo... Me relamo, suspiro, me introduzco un dedo..., dos... Uuum, sigo mi masaje con una mano mientras la otra me pellizca los pezones. Me retuerzo poco a poco en mi cama suspirando, jadeando cada vez más rápido y fuerte.

Sigo con el vaivén de mis dedos, dentro, fuera... Me aprieto el pezón con

fuerza... Ahí llega, acelero mis movimientos, encorvo la espalda y sigo, sigo con los dedos en el interior, moviéndolos hasta que el placer estalla, se me acelera el corazón y una ola de calor me posee. «Uuum, Sandro», repito mientras exploto en placer. El orgasmo en solitario que relajante es después de un día movido.

—¡Qué a gusto me he quedado! —me digo en voz alta tirando la almohada al suelo, y durmiendo como siempre, bocabajo y sin almohada.



A

Al día siguiente agradezco que no llueva, aunque tengo la moto aparcada delante del trabajo, ya que Sandro me dejó en casa el día anterior. Voy en transporte público, con mis auriculares puestos escuchando musiquita que ya deja ver el verano. «Échame la culpa», de Luis Fonsi, «Robarte un beso», de Carlos Vives o «Fiebre», de mi guapísimo Ricky Martin.

Llego con tiempo de echar un café en el bar que hay frente a la inmobiliaria. Antes lo llevaba Julia y su marido, pero desde hace un tiempo lo lleva una familia china, atendiendo casi siempre Yeye, la matriarca, la mar de maja, por cierto.

Desde la cristalera del bar puedo ver cómo entran mis compañeros a trabajar. Una vez entra Mari Ángeles y su marido, Javi, pago el café y me encamino hacia allí.

—Buenos días. —Sonrío a Elena, y ella me corresponde asintiendo con la cabeza, ya que está al teléfono.

No tardo en llegar a mi cubículo, dejando mi maletín sobre la mesa. Tengo varias llamadas que atender del día anterior. Me pongo a ojear de quiénes se tratan, así como sus asuntos, adelantando trabajo. Mientras hago la primera llamada, entra Paola, que con aire de disgusto se pasea por delante de mi mesa. Lleva una americana muy finita, roja, preciosa, pero su cara de pocos amigos hace que no luzca. No tarda en pasar Paco, mi jefe. Y mi ex.

—Buenos días, Ali. ¿Tienes un momento?

Cuando se acerca a mi mesa tengo el auricular del teléfono cogido entre mi hombro y la oreja, pero aún no han contestado, así que asintiendo con la cabeza, cuelgo y me dirijo a su despacho.

—Entra, Ali, y cierra la puerta —me pide, ojeando unos papeles y obviamente haciéndose el interesante.

—¿Sucede algo, Paco? —le pregunto sin rodeos.

—No, no que va. —Se sienta, señalando la silla de en frente suyo—. Solo es para saber cómo ha ido la visita con el señor Veri.

—Aaah. —Lo miro entre la sorpresa y la desconfianza—. No te preocupes, yo creo que ha ido bien. Aunque no sé si se la quedará. Es una inversión importante, incluso para él.

—Sí, sí. —Carraspea—. Me ha comunicado esta mañana que quería una reunión privada contigo, y que necesitaba que te dejase salir a las siete de la tarde.

Eso me coge de nuevas. ¿Lo ha llamado? Estoy alucinando.

—Sí, me comentó que quería discutir unas dudas sobre la villa —resuelvo con rapidez. «¡Bravo, Ali!», me aliento a mí misma—. Así que acordamos una cena informal de negocios para aclararlas. Creo que es normal. Me mira con cierto enfado, aunque no entiendo su comportamiento. Hace unos meses me habría quedado claro que eran celos, ahora, ni idea—. ¿Hay algún problema? —No me gusta perder el tiempo y mucho menos que me toreen, puesto que no tiene motivos para rebotarse.

—Ninguno. Solo que no está permitido los empleados se lleen con los clientes. Eso lo sabes, ¿no?

Un jarro de agua fría me cae por la espalda, unas ganas de llorar de rabia. Suspiro reprimiendo las ansias de arrancarle los ojos por memo y tirarlos por la ventana.

—Lo sé. —Sonrío, enclavijando los dientes—. Pero tampoco está permitido liarse con tus subordinados. —«¡Toma ya!», pienso, disfrazando mis ganas de matarlo con la más falsa de mis sonrisas. Carraspea otra vez y me contempla como quien lo hace a un fantasma. «¿Qué te has creído Paquito? ¿Qué soy tonta?». Sin darle más importancia al tema, vuelvo al ataque—: ¿Necesitas algo más?

—No, no. Nada. Gracias, Ali. —Empieza a remover otra vez los papeles de la mesa.

—Alicia —le corrijo, con mal tono.

—¿Qué? —Levanta la vista de los papeles, sin entenderme.

—Agradecería que me llamasas Alicia —concluyo, ya que parece que no entiende lo que quiero decir.

—Como prefieras, Alicia —masculla.

Que te den.

—Gracias.

Cierro la puerta del despacho y sonrío sintiendo que me he quitado la última losa de encima que aquel ganso me puso hace unos meses. Una cosa es que yo sea discreta, educada, que incluso parezca medio tonta, y otra es que lo sea.

Hago un par de visitas a la parte alta de Barcelona, donde logro alquilar un carísimo dúplex en la zona de la Bonanova. Me alegro, porque esa comisión me viene de perlas. Quedo a comer sobre las dos en un restaurante con terracita cerca de la oficina, Javi y Mari ya están allí. La verdad es que, a diferencia de ayer, hace hasta calor.

—Hola, chicos. —Sonrío al sentarme—. ¿Qué tal el día?

—Buf, de perros —me contesta Javi, llevándose la cerveza a la boca—. Me ha tocado una pija que me río yo de Paris Hilton.

—Exagerado. —Ríe su mujer, a la par que yo.

—¿Tú que tal, Mari? —le pregunto, ojeando la carta. Una ensalada me viene de gusto.

—Pues la verdad es que tranquila, las únicas visitas que tengo son esta tarde. ¿Y tú?

—Pues bien. He alquilado el dúplex de la Bonanova.

Alzo mi agua a modo de brindis.

—¡Qué bien, nena! —Se alegran los dos—. Oye, por cierto —interrumpe Mari después de sorber tras el brindis—, ¿qué quería Paco?

—¡Hostia! —casi exclamo llevándome la mano a la cara—, me ha dicho que no me líe con compradores, que está prohibido —digo a la par que levanto la mano para llamar al camarero.

—¡Será hijo de puta! —exclama Javi casi escupiendo su cerveza de la sorpresa—. ¿Quieres que le parta la cabeza?

—Eso, nena, ¿quieres que le parta la cabeza? —dice Mari señalándolo, y sin querer me hacen reír.

—Qué va. —Le resto importancia—. Ya le he cantado las cuarenta. Le he dicho que también está prohibido liarse con sus subordinados, y que a partir de ahora nada de Ali; Alicia.

Los dos se quedan boquiabiertos.

—Así se hace.

Javi, tras decirme eso, choca su cerveza con mi agua y lo agradezco.

—Ten cuidado —advierte Mari, siempre tan prudente—, ese tío puede ser muy imbécil. Tú lo sabes.

—Lo sé. Tranquila. —Sonrío, cogiéndole la mano—. Pero este tío me va a

tocar a mí el toto.

La verdad es que hace meses que me he propuesto decir menos tacos. Ser más calmada. Pero las situaciones como la de Paco, Piru y demás, sacan el lado oscuro de mi interior. Y digo «toto», cuando en el fondo me apetecía decir otra cosa menos fina. Esa respuesta hace que los tres explotemos en carcajadas, diciendo una tras otra barbaridad sobre Paco, el jefe, y Paco, mi ex.

Acabamos de comer y regresamos a la oficina, cada uno a lo suyo. Paco pasa con su cara de perro tres y cuatro veces por delante de mí, hasta que a las seis y media más o menos se acerca a la mesa.

—Ya te puedes ir —me dice con algo de despecho, o desprecio.

—Haré un par de llamadas y me marcharé. —Sonrío al mirarlo, sabiendo que le molesta más este comportamiento que si le lío un desaguisado.

Como es de esperar, se va a su despacho cerrando de un portazo, donde se encierra hasta que llega la hora en la que tengo que irme. A las siete salgo de la oficina como un rayo, y cojo el transporte público hasta casa. Subo a mi tercero como una bala y me meto en la ducha, mirando antes que el pirado de mi gato esté a salvo en casa.

Ya con la toalla puesta en el pelo y otra en el cuerpo, observo el vestidor. La verdad, no sé qué ponerme. Elijo una falda negra, ajustada, por encima de la rodilla. Y una blusa negra con lunares blancos. Me arreglo el pelo y me maquillo un poco. Soy muy blanca y muy pecosa, necesito un poquito de color. Me pongo mi perfume de Police y, nada más salir del dormitorio, alguien llama a la puerta del piso.

Frunzo el ceño, pensando en que será el presidente de la comunidad, el vecino de arriba, para pedirme algún recibo descuidado. Mi sorpresa llega cuando veo en la puerta a Sandro, vestido de negro, con una camisa gris oscura y esa sonrisa blanquecina que me quita la razón.

—Son las ocho y media. —Señala su reloj sin dejar de sonreír.

—¿Ya? —Ni siquiera me he dado cuenta de la hora.

—Sí, ¿estás lista? —Extiende una mano, como para sacarme de casa. Se la doy, sin embargo, antes de cerrar, me advierte—: El gato.

—Está a salvo. —Río con ganas, mirando de reojo que el balcón esté cerrado.

Salgo de mi apartamento, así, de su mano. Con tanta naturalidad que ni

siquiera me siento incómoda. Una extraña sensación, pero me gusta.

# 5

Subimos al coche que está aparcado justo en mi puerta, y busco la moto que está a unos diez metros de mi portal, también en perfectas condiciones.

—¿Es tuya? —me pregunta, abriéndome la puerta.

—Sí. —Sonrío al meterme en el coche.

Sandro sube por el otro lado, momento en el que el coche se pone en marcha.

—¿No tienes coche?

—La verdad es que no. Tenía uno, pero solo eran reparaciones y más reparaciones... —resoplo—. Lo cambié por la moto.

Puedo ver con claridad cómo hace un ademán de mal gusto cuando resoplo. Quizá son cosas mías. ¿Por qué va a molestarle?

—Trepas balcones, dejas la puerta abierta para que cualquiera entre en tu casa mientras te cambias y vas en moto. ¿Algún deporte de riesgo? —Medio sonrío de lado.

—No, eso es todo. —Río con él. Hay unos segundos de silencio que yo misma soluciono—. ¿Quieres adelantarme alguna duda sobre la vivienda?

—No, ahora no. —Mira al frente, con los labios curvados—. ¿Cuánto hace que trabajas en esa empresa?

La pregunta me pilla por sorpresa.

—Pues... —empiezo a contar de memoria—, unos seis años en la sucursal de inmuebles de lujo y tres en anteriores, más o menos.

—¿Te gusta tu trabajo? —curioseas.

—No está mal. Me gusta. La verdad es que sí, que me gusta. ¿En qué trabaja usted?

—¿Usted? —Río—. Si me vuelves a llamar así, zanjamos la reunión. —Ahora río yo—. Soy piloto y gerente de unas aerolíneas italianas.

—El dueño, vaya —resuelvo sin tapujos.

Una carcajada invade el coche.

—Sí, el dueño. Tengo otros negocios, pero este es el que más tiempo me absorbe. Queremos expandir la empresa por España. De ahí a mi interés por la

villa.

—Entiendo, ¿la quiere...? —empiezo a decir viendo que el frunce el ceño. Corrijo—: Es decir, ¿la quieres para una segunda residencia? —Increíble. Ese casoplón «por si viene».

—Tengo pensado pasar temporadas largas en España. Después de Italia, sería la sucursal más importante. Además, me gusta.

—Me parece bien. —Sonrío sin entenderlo mucho. ¿Segunda residencia ese palacio? Estos ricachones son la bomba. De repente, caigo en la cuenta—. ¿Adónde vamos?

—Ahora lo verás. —No oculta su satisfacción de poder sorprenderme.

No tardo en reconocer el camino a la villa. ¿En serio? A lo mejor es un restaurante cercano. La verdad es que hay un par no muy lejos, tipo masía. Mi sorpresa es mayúscula cuando veo que, efectivamente, vamos derechitos a la casa.

—¿Cenamos aquí? —Lo miro casi embobada.

—Sí. Qué mejor sitio de despejar dudas que en sus entrañas. —Me guiña un ojo, sonriendo.

Asiento con la cabeza, cuando el coche nos deja en la misma entrada en la que yo, el día anterior, había abierto la puerta para mostrársela. Esta vez es él quien hace que lo siga, cogiéndome de una mano. Y yo alucino por su comportamiento. Es cierto que me encanta, sin embargo, no estoy acostumbrada a todo esto y, por lo tanto, desconfío.

Atravesamos la planta principal hasta la trasera donde está la piscina. Ahí, en la tarima de madera combinada con mármol, cerca del agua turquesa, hay una mesa puesta con exquisito gusto, para dos. Nos acercamos y él se aproxima a mi espalda, quitándome la chaqueta con suma delicadeza, entregándosela a un señor que sale de la nada. Me retira una de las sillas y me siento, flipando aún. Si la villa es bonita de día, al anochecer es espectacular. Miro maravillada a mi alrededor, como si fuera la primera vez que la viera.

—Es preciosa —acabo diciendo en voz baja, casi en un suspiro.

—Como tú —asegura sin tapujos y me sonrojo.

«¡Ay, virgencita, cómo pinta la noche! ¡Que me conozco! ¡Que esto acaba en la cama y con un “Dios mío, qué he hecho”!».

—Sandro —llamo su atención justo cuando llama a otro mozo salido de la nada que trae una botella de vino. ¿De dónde sale tanta gente?—. Me dijiste

que era una cena de negocios, no una cita y, lo que más preocupa... ¿Cómo has conseguido que te dejen hacer esta cena aquí?

—Lo sé. —Sonríe poniéndome vino en la copa—. Y es una cita de negocios. Lo demás —me guiña un ojo con picardía— tranquila, tenemos permiso para estar aquí.

—¿Seguro? —Frunzo el ceño. Todo lo que está haciendo me encanta, aunque, eso sí, hace lo que le viene en gana.

—Quería saber cuándo podríamos cerrar el trato de la venta. —Alza su copa buscando la mía para un brindis, zanjando el tema anterior.

—¿Te la vas a quedar? —Abro los ojos como platos, sin esperarlo.

—Sí, me has convencido. Me gusta. —Alzo la copa, aceptando de sumo grado su brindis—. Y ahora que la voy a comprar y tú tienes una succulenta comisión esperándote, esto pasa de ser una cena de negocios a una celebración. —Me hace reír. Será crápula. Aunque la verdad sea dicha, me hace mucha gracia cómo transforma la cena—. ¿No estás contenta con la venta? —me pregunta subiendo las cejas después de sorber vino de su copa.

—Claro que lo estoy —sonríe ampliamente—, me sorprende que te hayas decidido tan rápido.

—Me convenció tu paseo de ayer. Más bien, me encantó —casi sisea.

Otra vez con segundas. ¿Yo?, ¿la villa?, ¿el conjunto?, ¿qué le ha encantado? Me limito a sonreír. Durante un rato, y con alguna copa de vino más, estoy explicándole la historia de la villa con más detalle, y es que cada rincón tiene un pedacito de historia. En algún momento que sinceramente desconozco, alguien, una de las mil personas que tiene Sandro por ahí escondidas sirviéndonos, pone música de fondo. Mientras charlamos me explica que es soltero y se cerciora de que yo también. Todo el menú está cuidado y elegido con suma exquisitez, y los postres... Uuum, ¡chocolate! Este hombre ha acertado en todo.

Después de cenar, quiera pasear conmigo por los jardines, así que lo hacemos con lentitud, observando cómo se ha encargado de que pongan pequeñas luces de colores por todo el lugar, haciéndolo ver como un cielo estrellado en la tierra. Está verdaderamente más mágico de lo que es. El pequeño lago tiene un gracioso muelle en el que caminamos hasta llegar a su fin. Es el único momento en el que no hablamos. Entonces, se acerca, me rodea con un brazo y me acerca a su pecho. Me mira a los ojos y, con la respiración entrecortada, me besa en la boca como hace horas que espero.



Primero sobre los labios, después repite abriéndose paso con la lengua, que se enrosca en la mía, mientras me tengo que poner de puntillas, ya que es tremendamente alto a mi lado, a pesar de llevar tacones. Correspondo al beso apasionado, y al apretar mi cuerpo contra el suyo, me doy cuenta de que le gusta y no puede reprimirlo.

Una de sus enormes manos baja por la espalda y acaricia con deleite mi culo de manera desvergonzada. Me encanta. Me aparta la blusa del hombro y me besa el cuello, hasta llegar a mi clavícula que lame y besa con suavidad. ¡Cómo me está poniendo! Suspiro y me sorprende con un leve mordisco que me da en el cuello, debajo de la oreja. Lo que ocasiona que sonría y nos miremos.

—¿Te apetece un baño? —me pregunta en un tono de voz ronca, sugerente.

—Claro... —No me corto—. Pero, estará muy fría, ¿no?

Mi respuesta lo hace reír.

—Esta climatizada, niña.

Me coge de la mano, caminando hasta el porche, donde veo que su séquito ha recogido la mesa cuando paseábamos, y que, a pesar de parecer que no hay nadie, la música sigue.

—Pero ¿y tus tres mil trabajadores que tienes escondidos? ¿Ya se han ido?

—Tú déjame eso a mí —me responde con su espectacular sonrisa ladeada, la que me estoy acostumbrando a ver.

Nos acercamos a la piscina. Está preciosa de color turquesa y brilla más por los focos del agua. Ya ha oscurecido. Sin embargo, la luz, ayudada por el reflejo que la misma efectúa sobre el alto techo inmaculado, es la única iluminación. El ambiente es más íntimo.

Sandro se acerca a mí y me besa con suavidad, mientras me desabrocha los botones de la blusa sin ningún tipo de prisa. Estoy hipnotizada. Decido ayudarlo, apenas puedo esperar a que me toque. Me lo impide bajándome la mano y diciendo un suave: «Shhh». Me abre la blusa y me retira la tela de los hombros con tanta suavidad que mi piel se eriza. Siento un escalofrío excitante por todo el cuerpo y mis pezones reaccionan con rapidez. Voy a hacer lo mismo con su camisa, pero me lo vuelve a impedir de la misma manera, me aparta la mano con suavidad y la baja. Es evidente que quiere llevar la batuta. No me importa, me excita, me gusta y lo dejo hacerlo, a la espera de lo que hará para sorprenderme.

Me suspira en el cuello, besándome, bajando mi garganta. Me va rozando los pechos por encima del sujetador negro de encaje. Suspiro. Baja una de sus manos por las costillas mientras hunde su nariz en mi escote, inhalando mi aroma. Con la otra mano me aprieta una nalga, con fuerza. Esa misma mano se escurre bajo mi falda, mientras que su cara sigue en mi escote. Respira en él y puedo sentir su aliento caliente que aterriza entre mis senos. Los besa y busca los pezones rozándome con su áspero mentón contra mis pechos, ya deseosos de más.

Coge un pezón con la boca para lamerlo de arriba abajo, muy lentamente. Noto el calor de su lengua. Siento calor, mucho calor. Con la otra mano, que ya se ha metido por un lado de mi tanga, está inspeccionando mi pubis, abriendo los labios en busca de mi clítoris. Estoy húmeda. Voy a tocarlo, pero me retira las manos, colocándolas en la espalda y las aprieta con una de las suyas.

—Quieta, niña. Quieta —me dice con voz ronca ante mis labios, en un casi susurro.

Vuelve a la carga con mis pechos. Ahora, de un ágil movimiento me desabrocha el sujetador y me lo baja mirándome a los ojos. Por un momento me sonrojo, pero me excita. Estoy ardiendo.

Lame un pezón, luego otro, mientras masajea el seno con la mano libre, sin dejar de mirarme. Los muerde, succiona, los chupa, los rodea con su ardiente lengua cuando con su otra mano juguetona sigue acariciando mi clítoris, haciendo que me empiecen a temblar las piernas. Se incorpora, soltándome las manos, para deslizarme el sujetador y terminar quitándomelo. Me coge de los hombros y me da la vuelta. Desabrocha la falda y la deja caer a mis pies, y salgo de ella dando un leve paso a un lado. Me quedo en tanga y tacones, de espalda.

Me besa la zona, recorriendo mi columna con su ardiente lengua. Se detiene, por algo que desconozco. Me voy a girar, pero siento un fuerte golpe en el culo. Me escuece, me medio giro y me propina otro. Uf, son dos azotes que me ha propinado con una de sus gigantescas manos.

—No te gires, niña —sentencia, en una orden. En otro momento, a otro hombre, seguramente, le giro la cara y me voy. Pero incomprensiblemente estoy tan excitada que obedezco. Oigo lo que parece ropa caer al suelo. Se está desnudando para mí—. No te gires —repite mientras escucho como si algo cayera en la piscina.

Lo ignoro. Esta vez no me azota, no está. Está dentro del agua y con una

mano me invita a entrar. Dejo mis tacones a un lado y acepto, yendo a la escalera donde se encuentra. El agua está deliciosa, para nada fría como la esperaba.

Me sumerjo poco a poco hasta que casi me llega por el cuello. Coge mi cintura, acercándose a él, y mete la nariz en el hueco de mi cuello para oler mi pelo. Mi pecho desnudo está sobre el suyo. Recorre esa parte con la lengua mientras mete sus pulgares en la cinturilla del tanga y lo baja. Lo ayudo a quitármelo. Estoy muy excitada, muy caliente. Desnuda, tiemblo. Y no es de frío. No me ha pasado antes.

Busco su boca y me responde con un beso apasionado, como lo soy yo. Después, con las manos en la cadera, me aparta para acercarme otra vez, pero esta vez de un empujón me empala con su duro y potente pene. Suelto un grito. Mmmm, me encanta. Soy gritona por naturaleza. Él sonrío al oírme y los ojos le brillan.

—Grita, niña, grita, para mí —murmura con sonrisa de fiera, separándose, sin dejar de embestir en mi interior.

Me separo de su pecho para abrir más las piernas. Me gusta profundo y él lo consigue. Sumerjo media cabeza, con los oídos en el agua, y escucho la música mezclada con el baile de esta. Miro la preciosa noche estrellada y reconozco la canción «All of Me», de John Legend. Toda la situación me parece sacada de un sueño. Me dejó hacer, y él hace. Me penetra una, otra y otra vez. Lo ayudo cogiéndome de sus hombros fuertes y morenos. Saca su falo y lo mete sin descanso, empujando enérgico, repitiendo la acción con brío.

—Más fuerte, Sandro, más fuerte... —le pido entre jadeos.

Me mira sonriendo como un lobo. Sus ojos destellan con el agua. Son más verdes que nunca. Me obedece y me empotra con más firmeza, lo que hace que grite con cada penetración.

—Sííí, así sí, uum. —Me relamo como una gata.

Su ritmo se acelera. Lo oigo jadear, gemir, lo distingo entre mis gritos. Con una de sus manos me sujeta mientras con la otra separa mis nalgas. Sin cesar de introducir su pene con ímpetu, abre mi vagina con los dedos, para incrustarse hasta el final.

—Fóllame, fóllame fuerte —vuelvo a exigir clavándole las uñas en los hombros y en el culo. Entonces, él me encaja, más duro, brioso.

—Déjate ir, niña... —logra decir con voz ronca, entre suspiros, sabiendo

que tanto él como yo estamos al borde del orgasmo.

Me rindo en lo que es uno de los mejores orgasmos de mi vida, encorvándome. Me agarro a sus hombros, clavándole las uñas y grito como una loca, como si me faltara la vida, el aire, dejando salir todo el placer que hay dentro de mí. Sandro emite un rugido parecido al de un lobo herido. Me aprieta las caderas y saca su pene para correrse. Me mira. Lo miro. Me agarra un pecho y lo aprieta, lo besa, lo muerde, y suelto un gritito de placer con una leve punzada.

—Eres deliciosa, niña. —Levanta la vista hasta mis ojos con una mirada oscura.

Hay algo en él que en realidad me inquieta. No sé qué. Lo único que sé es que todo él me encanta, me derrite y me puede.

Es lo que más temo, que me puede.

# 6

Después del fiestón de la piscina, me lleva a casa y acordamos llamarnos al día siguiente para quedar y firmar la venta de la villa. Estoy que no me lo creo. Vaya noche. Comisión y polvazo. Pienso entre sonrisas. Sin embargo, al llegar a casa el coche para en el portal y una pena me invade.

—¿Quieres subir? —le ofrezco mientras él sonríe.

—¿No te has quedado contenta? —me pregunta en una sonrisa que también me hace imitarlo. Asiento con la cabeza—. Tengo una reunión a primera hora —explica—. Dormiré en mi casa. Así podré adecentarme.

Asiento con la cabeza, decepcionada. No parece de los hombres que duermen contigo haciendo la cucharita, pero, en fin, tenía que intentarlo. Tal como entro en el apartamento me voy quitando la ropa, dejándola esparcida, la mayoría encima del sofá, notando un calor sofocante, así que abro la balconera, y como un rayo el puñetero gato se va y salta al otro balcón. ¡Mierda!

—Piru, Piru —lo llamo en voz baja al ver que el otro balcón parece abierto y, para mi desgracia, hay luz. ¡Ay, pobre gatito mío!

Estoy con la ropa interior y el pelo aún húmedo. Sigo asomada al balcón, en cuclillas, llamando al dichoso gato que ni siquiera veo. ¡Joder, qué oportuno! De repente llaman con el puño a mi puerta, y doy un bote por el sobresalto. Imagino que es el psicópata con mi gato cogido del pellejo, diciéndome que si vuelve a pasar llamará a la perrera. No es la primera vez que pasa. Mi gato parece ser masoquista.

—¡Voy! —digo poniéndome de cualquier manera la blusa y decidida a abrir así de impresentable. Ahora lo único que me importa es salvar la vida a Piru.

Mi sorpresa es tan grande como una catedral cuando al abrir la puerta me encuentro a Sandro.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto entre sorprendida y encantada.

—Le he dicho a Felipe, el chófer, que me traiga ropa. Te he visto salir al balcón. —Entra en el piso cerrando la puerta tras de sí. Señalándome con el índice y moviéndolo de lado a lado en señal de negación—. Has salido en ropa interior.

Su cara es de auténtica desaprobación.

—Lo sé —no puedo evitar sonreír—, Piru se ha ido otra vez.

—Me lo he imaginado —me dice avanzando y haciéndome retroceder. Me abre la camisa con el mismo dedo que parece regañarme—. ¿A quién abrías la puerta así?

—Bueno, yo... —quiero decirle que he abierto para recoger a mi gato, pero la verdad es que el hecho de que me pida explicaciones de esta manera no solo me sorprende, sino que me gusta, y por qué no reconocerlo, me excita—. Creía que era mi vecino para entregarme al gato.

—¿Y le abrías medio desnuda al vecino? —Frunce el ceño, haciendo que su dulce voz suene más dura.

—Buf —resoplo—. No es para tanto.

Quiero quitarle importancia, además, tampoco le debo ninguna explicación.

—No me gusta ni que resoples ni que vayas por ahí medio desnuda —sentencia—. No lo voy a consentir.

—¿Que no lo vas a consentir? —Me río en su cara—. Y tanto que lo vas a consentir. Es mi cuerpo, en él mando yo —aseguro con la misma firmeza que él.

—Muy bien, niña —dice ante mi rostro con expresión ruda—. Voy a por el gato.

Sin decir ni media sale del apartamento para volver en cosa de tres minutos con el gato en brazos, al que suelta en el salón, cerrando él mismo la balconera. «¿Cómo lo ha hecho? ¿Ha matado a mi vecino?», pienso en silencio. Cierro la puerta de mi casa sin decir nada.

—No cierres. Me voy —me dice con seriedad.

—Pero ¿no dices que Felipe te trae la ropa? —me extraño. ¿Qué le pasa?

—Me dejas muy claro que tú haces lo que te da la gana. Mi manera de verte no es así. No me gusta así —dice en un arrebató de sinceridad.

—No te entiendo —le digo, sentándome en el brazo de mi sofá.

—Pues que si quieres algo conmigo, hay unas normas —añade con suavidad ante mi sorpresa.

—¿Normas? —Ahora soy yo quien frunce el ceño.

—Normas. Si no cumples alguna, hay un castigo.

Una punzada recorre mi estómago. ¿Me está poniendo que me amenace? ¡No hay quien me entienda! La curiosidad y esa sonrisa ladeada me puede.

—¿Qué castigos?

—Los decido yo —espeta—. La mayoría de veces serán azotes si no sabes comportarte, aunque he de decirte que soy muy creativo...

La punzada la noto ahora en mi vagina, que late excitada al oír eso.

—Pero ¿a qué normas te refieres?, ¿por qué he de cumplirlas?

—Las normas que yo diga. Y por qué yo lo exijo —aclara—. La primera es que no te exhibas en ropa interior en tu balcón. Ya lo has hecho dos veces. —Pasea por el salón recitando mis faltas—. Luego trepas por el balcón sin tener en cuenta tu seguridad, abres la puerta a tu vecino casi desnuda y te pasas el día resoplando.

—¿Tampoco puedo resoplar?

Tengo que sonreír ante mi pregunta.

—No. No puedes. A cambio de acatar mis normas, cuando te canses de mí o de ellas, desapareceré sin más y no te molestaré.

Sabe que voy a entrar al trapo, y me lo demuestra cuando curva sus labios.

—¿Y si las acato? —digo vagamente, como si quisiera no oírme a mí misma.

—Te las iré explicando poco a poco. —Me mira—. Me tendrás en exclusiva para ti el tiempo que esto dure, igual que tú serás exclusivamente mía. —Asiento. Esa parte me gusta—. Pero hoy te mereces al menos una azotaina. —Se acerca a mí.

—¿Ahora?, ¿yo? —Con un pellizco en el estómago y mi clítoris latiendo, me levanta del brazo del sofá, tirándome de un brazo. Se sienta él. Seguidamente me tumba sobre sus rodillas. Es tan alto que no toco con los pies en el suelo—. Sandro... —medio suplico. Estoy asustada, pero reconozco que eso me calienta más.

—Shhh, niña. No volverás a trepar por los balcones. Lo demás lo puedes corregir, pero es que te juega la vida. Eso sí que no lo voy a consentir.

—Pero, Sandro...

—Da gracias a que utilizaré la mano. Y si no mantienes silencio, pasaremos al cinturón.

Eso me hace callar.

Me retira la blusa de la cintura y la deja a media espalda para después bajarme el tanga. Incomprensiblemente siento vergüenza, y me intento tapar con una mano, que él retiene en mi espalda. Empieza a azotarme en las nalgas de manera acompasada, fuerte, y el escozor no tarda en llegar.

—Sandro..., ay... —me quejo.

Hace caso omiso y sigue con su peculiar castigo. Me muerdo los labios por no insultarlo. Inexplicablemente, mi vagina se humedece y tengo mucho calor. En un momento dado, se detiene. Me masajea mi dolorido trasero haciendo círculos con las manos. Sin aviso previo, noto que me introduce un dedo en la vagina y escucho que se ríe levemente al notarme resbaladiza.

—Al final, serás de las mías, niña... —Mete otro de sus dedos y azota con la otra mano de vez en cuando. Me separa las nalgas y busca mi ano. Me tenso, pero no lo penetra, lo acaricia dando círculos a su alrededor. Mientras, en la vagina, mete otro dedo más. Son tres. Los mete y saca, mientras acaricia y pellizca mi clítoris. Jadeo—. ¿Te gusta?

—Sííí —le respondo en un gemido, sumida en el placer que me dan sus manos.

Me incorpora, pero me inclina sobre el sofá y se pone a mi espalda. Estoy en pompa, y me da un nuevo azote, lo que ocasiona que dé un respingo. Me abre las nalgas y noto cómo hunde su nariz y su rostro entre ellos y de la manera en la que busca con la lengua mi más que hinchado clítoris. Jadeo. Ardo. Me lame de arriba abajo sintiendo su caliente lengua, se aparta un poco y mete los dedos otra vez, con un movimiento mecánico.

Noto más presión, creo que mete otro más, y los mueve. ¡Virgencita mía! Casi no me tengo en pie, me tiemblan las piernas. Me da otro azote. Intuyo cómo se baja los pantalones y me penetra con fuerza. Su pene me empala, entrando y saliendo acompasadamente, mientras acaricia mi ano y mete la punta de un dedo, con suavidad.

—Sandro..., fuerte.

—Voy, mi niña.

Al oír «mi», sonrío. Entonces me agarra de las caderas y empieza a introducir su pene con avidez y fuerza, de manera profunda. Grito un poco y me penetra con más rapidez.

Grito más.



—Córrete, niña...

Me dejo ir mientras me ensarta sin descanso. Me aprieta los pechos y hace fuerza con la cadera. Sujeto la tela del sofá al notar que llega, que ya está aquí. Mis espasmos comienzan a la vez que lo oigo gemir entre mis múltiples gritos. «¡Ay, Virgen, que van a llamar a la policía!». Los dos coincidimos en el segundo orgasmo de la noche.

Sale de mí y con un azotito más suave me gira. Suspira en mi rostro y me besa en los labios con dulzura.

—Me voy a la ducha. —Me sonrío al morderme la mejilla.

Entra en el baño y escucho el agua correr al instante. Me toco el culo dolorido y sonrío. Joder, ¡qué polvazo! ¿Es que estoy loca? Sale del baño, y es mi turno. Escucho que alguien llama y él abre y cierra segundos después. Será Felipe con la ropa. Al salir, tiene el pelo mojado y un calzoncillo puesto. Yo, por mi parte, lo hago con la toalla ajustada al pecho, algo que dura poco, ya que se acerca y me la quita.

—Me gustas desnuda. —Sonrío por su comentario—. ¿Vamos a dormir? —me pregunta conduciéndome a mi dormitorio, el mismo que yo le indico.

Nos acostamos, yo de espalda a él, y Sandro pasa un brazo por debajo de mi cuello y otro por encima de mi cintura, con las piernas flexionadas y mi cuerpo entre ellas. El sueño le vence con rapidez, lo noto cuando el brazo le pesa y su respiración es profunda. Quién lo iba a decir; al final, sí es de los que duerme haciendo la cucharita.

Sonrió y me duermo.

Amanezco sola en la cama con rastros de que mi mandón de estricto negro ha estado allí. Reviso mi teléfono que está en la mesita de noche, donde compruebo, nada más abrirlo, que su número de teléfono aparece guardado en él. Oigo la ducha. Sonrío y me estiro, desperezándome. Aún me escuece un poco el culo. Vaya manazas que gasta mi hombretón. Me río de mí misma, y sé que eso me pasa por viciosilla. Salgo de la cama y me dirijo a la cocina para poner una cafetera, viendo que son cerca de las ocho. Miro por los muebles de la estancia para poderle ofrecer un desayuno digno y... Qué desastre. No tengo nada, aparte de pan de molde y alguna magdalena mohosa.

Saco el pan y lo tuesto. Para cuando termina de la ducha he apañado unas tostadas con mantequilla, queso fresco y mermelada, lo que le apetezca. He hecho café y hasta he calentado leche y la he puesto en la lechera que creí que nunca utilizaría. «¡Ay, pero qué apañada que soy!», me digo orgullosa de mí misma. Viene con un pantalón gris, sin camisa. Está para comérselo. Me contempla con esa sonrisa que derrite.

—Mmmm, qué delicia de desayuno.

Sonrío, con orgullo, por segunda vez. Le sirvo una taza de café que se toma sin azúcar ni sacarina. ¡Buaj! Yo que tomo prácticamente azúcar con café.

Se come una tostada untada con crema de queso fresco y me encanta hasta verlo comer. Lo mío es enfermizo. Yo lo hago con mi media tostada, la verdad es que normalmente no desayuno, y él me reprende con cariño. Me gusta.

Salimos de casa a eso de las nueve menos algo. Me he puesto un vaquero azul oscuro y una camisa entallada, azul celeste que resalta mis ojos. Mi cabello rizado indomable la he recogido en una cola alta, al igual que también he maquillado mi rostro muy poco, dejando ver los tres mil millones de pecas que tengo. Poco después, vamos hacia el coche de Sandro, o ese es su plan.

—Sandro —lo llamo antes de salir—, no podemos ir juntos a la oficina.  
—Pone una cómica cara de sorpresa.

—¿Por qué no?

—Porque no está permitido que los compradores tengan nada con los vendedores.

Asiente con la cabeza.

—¿Y no te podido pasar a buscar?

Sonríó. Al parecer mi hombre de negro tiene respuesta para todo.

—Supongo que sí...

Dudo si decirle algo de Paco y sus amenazas. Decido que es mejor que no sepa nada por ahora. Creo que no le cae demasiado bien y por el carácter que he comprobado que tiene, es capaz de soltarle algo cuando le vea, aunque, la verdad, no necesito a nadie que me defienda.

Llegamos a la oficina, donde al bajar del coche casi me como a Paola, que va con un precioso vestido en tonos naranjas. «¡Qué bien le queda! ¡Me lo pongo yo y parezco la butanera», pienso al verla pasar. Ella se queda sin palabras, mirándome con rabia. Ya tengo cotilleo.

Accedo al edificio y Elena me observa sonriente. Joder, qué maja es esta mujer. Cincuenta y tantos años de dulzura y efectividad. ¡Ole, Elena!, que al pasar me dice un sonriente «Buenos días» y me guiña un ojo sin que lo vea mi acompañante.

Sandro se sienta en la parte de los clientes de mi mesa y yo enciendo el ordenador para buscar los papeles de la villa. No tarda en llegar Paco que, con cara de pocos o ningún amigo, y sin afeitado, me ladra un: Buenos días. Sandro se pone en pie y le ofrece la mano. Mi jefe, no tiene más remedio que dársela y, sin mirarlo siquiera, me dice:

—¿En una hora en mi despacho?

Asiento con la cabeza. Paco es idiota, pero aún es mi jefe. Tiene aspecto de cabreado y triste. Estoy segura de que algo le pasa. Y sí, soy tonta, pero me da pena. El hombre que tengo delante me mira mientras ojeo los papeles.

—Estás para comerte —susurra y me hace reír sonoramente—, y cuando ríes más deliciosa me pareces.

«¡Ay, virgencita qué tonta soy!», me ruborizo. Me encanta todo lo que me dice. A él le gusta verme ruborizada. Lo sé. Lo intuyo. Le explico los detalles de la venta. Que primero ha de firmar unas arras para reservar la compra mientras se hacen gestiones con el banco y el notario. Es mucho dinero y hay que atarlo todo muy bien.

Cojo la carpeta de cartón a la que he puesto el nombre de «La mansión del lago» y debajo, Sandro Veri. En la esquina superior derecha de la carpeta, mi nombre y número de agente inmobiliario.

Me mira. Me mira. Me mira.

—¿Vamos?

Nos reunimos en la sala de juntas del local, donde está presente Paco, Álvaro, otro de mis jefes de zona, un jefe de los gordos, yo, Sandro y un letrado de este que ha llegado hace unos cinco minutos. Su abogado ojea los papeles en silencio. Lo contempla, un rato más tarde, y asiente. Solo así Sandro firma y todos nos damos la mano, hasta que se marcha, pues tiene otros negocios atender. Nada más salir por la puerta me llega un mensaje al móvil.

Sandro:

Niña, te veo luego. Preciosa.

Sonrío. Le envío un emoticono de beso y un corazón. Mi favorito. Estoy recogiendo los papeles y metiéndolos en la carpeta cuando Paco entra y cierra la puerta tras de sí, quedándonos solos.

—¿Estás bien? —Elevo la mirada.

—Sofía me ha pedido el divorcio.

—Lo siento —digo siguiendo con lo mío. Esa fue la excusa con la que se acercó a mí la primera vez. Y luego ni divorcio ni niño muerto—. A lo mejor lo arregláis. La otra vez lo superasteis.

—Esta vez es diferente, Ali.

Lo miro con ganas de darle un revés en la boca. Sé lo que trama.

—No lo creo y, como te dije la otra vez, llámame Alicia —le contesto seca, mirándolo con mala cara.

La pena que sentía por él se me pasa. Este quiere fiesta, seguro.

—Alicia, yo... Estoy muy mal... Y yo...

—Paco, nuestra relación ha de ser estrictamente profesional —lo interrumpo—, ya nos equivocamos una vez. No quiero más errores, al menos no con la misma persona.

Me mira enfadado. Lo conozco.

—¿Tan profesional como la de Sandro?

Siento ganas de abofetearlo. Más que antes. Me está buscando y me va a encontrar.

—¿Cómo te atreves? —mascullo . Me está sacando el genio que guardo, y

como lo saque, le abro la cabeza—. Mi relación con Sandro es profesional. Además, es asunto mío.

—¡Y de la empresa! —se enfada.

Me preparo para el contrataque. Sé por experiencia propia que puede ser bastante vil cuando se pone de esa manera.

—He conseguido vender la villa. Sandro firmará los papeles, yo tengo mi comisión y tú tu reconocimiento por ser la sucursal que lo ha logrado. Todos contentos.

—Ya —dice paseando por la sala—, ya he visto que ha firmado las arras.

Sigo recogiendo papeles. Quiero salir de aquí.

—Paco, entre Sandro y yo no hay nada más que una relación profesional —miento.

—Paola me ha dicho que te ha traído en su coche.

—En efecto. Así quedamos ayer, ya que la reunión se alargó.

—Entiendo —dice casi sin dejarme acabar. Cojo los papeles. Por fin los meto en la carpeta y me dirijo a la puerta, decidida a acabar con esta situación, pero se interpone—. ¿No cenarías conmigo? —pregunta delante de mí. También es más alto que yo, aunque hay poca gente a la que yo supere en altura, la verdad—. Por los viejos tiempos.

Con su dedo índice me roza el brazo, el mismo que apartó de un manotazo.

—No —le gruño—. Quítate de ahí. Quiero salir.

—Solo quiero decirte una cosa más.

—¿Qué? —casi le grito. Si no se aparta, esto acaba como el rosario de la Aurora.

—Pues que tu comisión en vez del diez por ciento es del uno.

Sonríe.

—¡¿Que qué?! —Ahora sí que grito.

—La inmobiliaria necesita dinero o socios, si no, cerrará. Lo he hablado con Álvaro y con Sánchez —el jefe que había venido a la firma—. Supongo que, aunque estés enfadada, lo entenderás.

—¿Entender qué? —Me falta un pelo para cruzarle la cara—. ¿Que me

estás robando en mi cara? Estás flipando. Eso no es lo que se acordó en su momento.

—Siento que te hayas acostado con el italiano por un triste uno por ciento.

Ríe. Y eso es lo último que necesito para estallar como una bomba endemoniada. El genio heredado de todos y cada uno de mis antepasados recorre mi cuerpo de abajo arriba. Le propino tal bofetón que da un par de pasos hacia un lado. No contenta, continúo dándole con la carpeta, haciendo volar por los aires los papeles de su interior. Llamada por el jaleo viene Paola, que con «ansias de ayudar» llama al 112. Yo me encuentro completamente cegada por la ira. «Lo voy a matar», no se me pasa por la cabeza otra cosa. Entran Álvaro y Javi. Mari Ángeles también, alarmada por el revuelo. Me separan de él a duras penas, ya que estoy hecha una fiera. Ya es mío. «A este me lo meriendo, por cabrón».

—¡Estás despedida! —me grita a pleno pulmón, tapándose el ojo al que le he propinado un puñetazo, y el mismo que comienza a tomar tonos morados.

A los pocos minutos llegan los Mossos d' Esquadra. Identifican a las partes y me invitan a marcharme a casa. Estoy denunciada, así que recojo las cosas y me marcho. Voy andando un buen tramo, llorando sin parar. Mari Ángeles se ofrece a acompañarme, sin embargo, no la dejo, ni a ella ni a Javi. Lloro a moco tendido hasta llegar a la parada de autobús. La gente me mira, porque, aún con las grandes gafas de sol, se intuye que estoy mal.

Llego a casa y me desplomo en el sofá, con desconsuelo, cuando mi teléfono suena. Es Mari Ángeles. No lo cojo y le envío un mensaje diciéndole que quiero estar sola. Seguidamente, me llama Sandro. ¿Cómo se lo explico? Lloro y lloro, aunque tampoco descuelgo, porque no sabría qué decirle.

Me ducho para tratar de serenarme y, con solo una toalla que cubra mi cuerpo, me sirvo una buena copa de vino.

Llaman a la puerta. Piru está lamiéndose las patas en el sofá, así que deduzco que mi vecino no es. Abro y veo a Mari Ángeles con cara de susto.

—Nena... —Me abraza, besándome la cabeza. Tengo el pelo húmedo aún—. Tranquila. Paco es un imbécil. Denúncialo por acoso sexual. Me he enterado de lo de la comisión. Si te sirve de algo, yo también le habría pegado.

Me hace reír un poco. No me la imagino a tortas con él. Aún estoy en sus brazos, cuando me separó y me seco las lágrimas con impaciencia.

—Es un cabrón —resuelvo con rabia—, me ha dicho que siente que me

haya acostado con Sandro por solo el uno por ciento. —Lloro otra vez. Me siento muy humillada.

—¡¡Será hijo de la grandísima puta!! —grita indignada.

Caigo en la cuenta de que ella debería estar en el trabajo. No quiero darle problemas.

—Nena, vete —le digo, sonándome la nariz.

—Tranquila, Ali. —Me sonrío—. He ido a la oficina para pedir una excedencia...

Frunzo el ceño.

—¿Qué te pasa?, ¿por qué?

No entiendo nada. Ella sonrío, se aparta de mí y se sirve una copa de zumo de la nevera.

—Estoy embarazada.

La noticia me deja helada. Cuando alguna neurona por fin me trae el mensaje al cerebro, sonrío y doy saltitos de alegría. Lloro de nuevo, pero de emoción. Nos abrazamos y seguimos llorando juntas.

—¡¡Qué bien!! —exclamo por fin.

Me olvido de todo durante unos segundos. No oigo ni el móvil que suena unas veinte veces más.

Cuando me calmo un poco, Mari Ángeles llama a su marido diciéndole que estoy mejor y que ella está bien. Él le dice que Paco ha ido a comisaría para formalizar la denuncia. La madre que lo parió. Sinvergüenza. Rata. Cobarde. Lástima que me separasen de él.

En unos veinte minutos aporrean la puerta. No llaman, aporrean. Le digo a Mari que no se mueva y, vestida aún, solo con la toalla, la abro decidida a matar a quien me moleste.

Mi sorpresa es mayúscula cuando veo a Sandro con cara de susto. Sin decir nada, empiezo a llorar y me cuelgo de su cuello. Me abraza, entrando. Mari Ángeles lo ve, se despide con prudencia y se va como un suspiro, dejándonos solos. Se sienta en el sofá y yo lo hago en su regazo. Me acuna mientras me refugio en su pecho.

Cuando estoy más calmada, le explico todo lo que ha pasado. Asiente en silencio ante cada una de mis palabras. Enclavija los dientes cuando le explico lo que ha sucedido entre sollozos. Termina, entrada en llanto y deshecha en

lágrimas, hablando con dificultad, como una niña pequeña. Me vuelvo a refugiarme en su pecho, contándole lo de la denuncia. Escucho que respira profundamente para calmarse. Me separa de él, para besarme en la frente, los ojos y la cabeza. Finalmente, me levanta, poniéndose en pie.

—Vístete. En un par de horas vendré a buscarte.

—¿Dónde vas?

Me seco las lágrimas.

—Tranquila, niña —me coge la cara entre sus grandes manos—, voy a arreglar esto.

—Pero, Sandro... —quiero protestar. No entiendo qué quiere hacer.

—Tranquila, mi niña. —Se acerca y me da un beso en la mejilla—. Tú relájate. Vístete. Ahora vengo. —Comienza a caminar hacia la puerta—. Por cierto, no vuelvas a abrir a nadie medio desnuda o...

Me mueve la mano con la palma hacia arriba en lo que entiendo que me calentará el trasero otra vez si lo hago. Me hace sonreír, ya que lo dice con su sonrisa ladeada. Sin más, se da media vuelta y sale de mi apartamento. Me quedo sola y vuelvo a llorar. Piru se acerca y maúlla, por lo que lo cojo y sigo con mi llanto, abrazada al pobre gato.

Me vuelvo a duchar, esta vez con agua casi fría. Necesito despejarme. Coloco en mi cuerpo unos vaqueros claros y una camiseta de tirantes blanca. Hoy hace calor. Aun así, me arreglo mis rizos y me los dejo sueltos, me maquillo un poco y me perfumo.

Llamo a Mari, durante un rato, para decirle que estoy más tranquila. ¡Está tan feliz que me contagia la sonrisa!, cosa que agradezco de corazón. «Eso sí que es importante», pienso unos segundos, y me alegro tanto por su dicha que mi marrón pasa a un segundo plano.

Llaman a la puerta, y creo que debe ser Sandro. Abro y, para mi sorpresa, es el psicópata de mi vecino. «Ay, Virgencita, ¡que nos mata al gato y a mí. Nos mata y nos come!».

Lo miro curiosa, Piru sale y se le enrosca en las piernas. El psicópata se agacha y lo acaricia, hablándole con voz ridícula y rascándole la cabeza. Piru ronronea. Los miro a los dos, alucinada. No sé quien está más tarumba; mi gato o el psicópata.

—¿En qué puedo ayudarle? —le pregunto, despegando al gato de sus pies, no vaya a ser que se le gire la cabeza.



—Hola —dice tímido. El psicópata tiene unos sesenta y tantos años, con aspecto de abuelo gruñón. La última vez que hablamos me echó una bronca porque el gato se colaba, y me dijo textualmente, que si lo volvía a ver, llamaría a la perrera para que se lo llevaran—. Pues verás... —Es evidente que no sabe cómo decirme lo que sea.

—Dígame —lo animo. Parece estar en apuros o nervioso.

—Solo quería ver si Piru estaba bien. Lleva un par de días sin venir a mi casa...

Ahora sí que estoy flipando. ¿Está preocupado por mi gato?

—Pensé que le molestaba que se colase —me sincero, frunciendo el ceño.

—No, qué va. —Sonríe—. Antes tenía a Mimi, una perrita chihuahua, muy viejecita y enferma. Se ponía nerviosa y le daban crisis, porque tu gato se colaba y solo quería jugar. Ya estaba muy mal del corazón.

—Vaya, no lo sabía —le respondo, entendiendo el enfado de aquel día.

—Mimi murió hace unos tres meses —explica—, desde entonces Piru entra, le pongo salmón y vemos la tele cuando tú trabajas. Me hace mucha compañía, y me preguntaba si te importaría dejar el balcón abierto para que entre y salga. —Me mira. Sabe que estoy que no me lo creo—. Siempre que te parezca bien, claro.

Sonrío. Vaya días que llevo de sorpresas últimamente.

—Faltaría más, señor Juan, faltaría más.

Nos despedimos. Mi vecino ha dejado de ser «el Psicópata» para pasar a ser el «Señor Juan». Cierro y miro al gato. ¡Con razón se iba el condenado!, ¡si le pone salmón! Lo acaricio sonriendo. Abro el balcón, y este me mira, sin tardar ni un segundo en saltar al otro lado.

—¡Interesado! —le grito mientras niego con la cabeza.

Llaman de nuevo a la puerta y creo que ahora sí que es Sandro.



Sin embargo, llego y abro, quedándome pasmada porque esta vez es mi vecino de arriba, el presidente, que viene a recordarme que debo tres meses y una derrama de la comunidad que olvidé pagar. Después de decirle que haré el ingreso en cuanto pueda, se marcha con el papelito de los morosos de la escalera y sigue su ruta. Esto parece la puerta del camarote de los hermanos Marx. Niego con la cabeza y me siento en el sofá cuando oigo mensajes en el móvil. Lo miro con impaciencia. Esta vez sí que es Sandro, pero para mi disgusto leo:

Sandro:

Niña, no podré recogerte para comer.

Relájate, estoy en varias reuniones.

Te recogeré para cenar.

Y esta vez el del emoticono del beso y corazón es él. Le respondo «OK» y el mismo emoticono, algo decepcionada por la situación.

Estoy más serena, pero la verdad es que no tengo nada de hambre. Me sirvo otra copa y me pongo en ropa interior... ¡Qué gustito! Me siento algo traicionada, todo el mundo pasa de mí, pienso mientras a sorbos me voy acabando la segunda copa. Hasta el gato. Me río de mí misma.

Aburrida, no dejo de darle vueltas a la cabeza a lo que ha pasado. Estoy sin trabajo, seguramente sin derecho a paro, y denunciada. Resoplo y, al darme cuenta, doy gracias a que Sandro no esté por ahí para escuchar el resoplido. Pongo la tele para evadirme, y estoy haciendo *zapping* entre *Mi vida con 300kg*, *La casa de tus sueños* o las subastas de trasteros, cuando en algún momento me duermo en el sofá. Tres copas de vino, un pastel en la tele y un disgusto como una catedral. Todo ello en una batidora y... ¡Tachán! Una siestaza de órdago.

Me despiertan golpetazos en la puerta. ¡Cómo no! ¿Quién será ahora?. Ojeo el reloj del comedor, son las ocho y cuarto de la tarde. Madre mía, qué pedazo de siesta! Coloco a toda prisa una camisola en mi cuerpo, al grito de «¡Ya va!», mientras siguen aporreando sin descanso.

Me encamino hasta allí, pero algo me dice que no. En ese momento hago algo bastante inusual en mí: miro por la mirilla. Es Álvaro, acompañado de Paco, que va con un ojo morado, collarín y una venda en la muñeca derecha. ¡Qué exagerado!

—¿Qué hacéis aquí? —les grito bien arrimada a la puerta para que me oigan. No pienso abrirles—. ¡Fuera de mi casa!

—Alicia —me llama Álvaro con una actitud que no sé adivinar, entre nervioso y enfadado—, abre la puerta. Solo queremos que nos expliques esto... —Menea un papel que lleva en una de sus manos.

Paco permanece callado a la expectativa.

—¿Y qué es eso? —le pregunto. Paso de abrir.

—Hemos recibido un burofax diciendo que Paco y yo estamos despedidos. —Enclavija los dientes.

—¿Despedidos? —Ahora la que flipa soy yo—. ¡Y a mí que me cuentas!

No sé si es verdad, pero lo que tengo claro es que a mí no me importa. Como si explotan los dos.

—Venimos para saber si Sandro está aquí. —¿Sandro? Frunzo el ceño—. No lo encontramos y tenemos que hablar con él.

—¿Sandro? ¿Y qué tiene que ver Sandro? —Por fin dicen algo que es de mi interés.

—Abre la puerta —dice más calmado y apoyado en ella—, y te lo explico.

Miro por un momento la cadenita de seguridad. ¿Abro? No les tengo miedo, pero lo de la puerta es una protección para ellos. Me conozco, y si dicen algo subido de tono, empezaré a dar guantazos a diestro y siniestro. La curiosidad me puede, por lo que termino quitando la cadena. Los dos me miran, llevo la camisola, con el pelo recogido y descalza. No dicen nada de mi atuendo. Mejor.

—Qué —dice mi yo más chulesco.

Álvaro me extiende el papel y lo leo con atención. Es un burofax de despido, a nombre de Álvaro, y lo firma el presidente de la inmobiliaria... ¿¡Sandro Veri!?! El aludido ve en mi cara que no tenía ni idea, sin embargo, Paco me contempla con odio.

—Queremos hablar con Sandro para aclarar este malentendido —va diciendo de carrerilla ante mi estupefacción.

—Aquí no está —les digo sincera—. No sé dónde anda.

Paco sale de detrás de su compañero, y se envalentona:

—¡Escúchame, puta del tres al cuarto! —me espeta ante la mirada

incrédula del otro—, ¿si te crees que te vas a salir con la tuya estás muy equivocada!

Meneo la cabeza a modo de: «¿He oído bien?».

—¿Me has llamado puta? —le pregunto, encarándome a él.

Mi vena agresiva llama a la puerta, y pienso en estrangularlo con el collarín. Álvaro intenta poner paz, pero el bueno de Paco comienza a insultarme a gritos. Alertados por el jaleo se acerca el señor Juan con mi gato en brazos.

—Pero ¿¿qué pasa aquí?! —exclama el hombre poniéndose a mi lado en una clara actitud defensiva.

Al final me como a besos al psicópata.

—¿A usted que le importa, viejo! —le grita en la cara y lo empuja.

Ya está, mi botón salta como un muelle. Sin verlo venir, Paco se come otro bofetón. Y otro. Se queda pasmado cuando me pongo delante de él, sin recular. Álvaro está que no se lo puede creer, intentando calmar a Paco, pero este lo aparta de un manotazo y acerca su cara a la mía con intención de intimidarme. Lo lleva claro. ¿A que le arranco esa narizota de un mordisco? Se me pasa por la cabeza hacerlo de verdad y esculpirla a sus pies. Lo dicho, estoy completamente ida.

El señor. Juan entra y sale de su apartamento con el gato en brazos y llamando por teléfono, me imagino que a la policía. «Ya verás, de aquí a Wad Ras». Me digo pensando en que lío me están metiendo estos dos. Paco sigue ahí, encarándoseme, y yo sin moverme un milímetro. Estoy tensa. Y sé que al mínimo movimiento, le arrancaré la cabeza.

—¿Qué coño es esto? —dice una voz ronca. Por fin. Sandro está aquí. Me quita a Paco de encima con un solo empujón y se interpone entre los dos, pegándose a su espalda. Le digo a Juan que cuelgue, que ya está todo controlado—. Entra en casa, Alicia —me dice sin mirarme. No hago caso.

Me coge de un brazo a la altura del codo y me mete, cerrando la puerta. ¡Que no me lo quiero perder! Vuelvo a mirar por la mirilla. Juan se va con mi gato a su casa y pienso que ha demostrado estar a la altura con creces. «¡Bien por él!», me digo sin quitar la vista de la mirilla. No quiero perderme ningún detalle.

Para mi desgracia, Sandro no grita y no me entero. Veo a los otros dos asentir cabreados, pero con humildad, y a los minutos de la charla, marcharse.

Antes de que se vaya Paco, Sandro lo coge de un brazo, acercándolo, se agacha, ya que es más alto que él, y le dice algo en el oído. Paco lo mira cabreado, pero no contesta y desaparece. Cuando compruebo que el circo ha terminado, abro la puerta y Sandro me mira con disgusto.

—Vístete —espeta—. Te voy a quitar la manía de abrir a cualquiera medio desnuda.

Me observo.

—No estoy medio desnuda —protesto.

Se acerca a mí y me levanta la camisola, para, seguidamente, propinarme un buen cachete.

—Vístete —repite, airado.

Le hago caso. Quiero salir a despejarme y cenar. Lo necesito. Me pongo una camiseta y los vaqueros de antes, sin saber muy bien si Sandro está enfadado por su manía de que no abra la puerta ligerita de ropa, o quizá porque cuando ha venido estaba en plena faena con el tullido de Paco. Salgo de la habitación y ahí está, esperándome con aire serio.

—Vamos —me dice sin rastro de su preciosa sonrisa.

Me pregunto por un instante si algo ha cambiado entre los dos, aunque me convenzo de que son tonterías mías, ya que ha venido a por mí. Vamos en su coche en un abrupto silencio. Contemplo la calle, viendo que ya ha oscurecido.

—¿Qué decía Paco de un despido? —Intento romper el hielo.

—Luego te lo explico —me contesta sin mirarme, fracasando en mi intento de romper la tensión.

Seguimos en silencio hasta el barrio de Pedralbes, en Barcelona, donde bajamos en una de sus calles y entramos en un portal que tiene portero.

—¿Vives aquí? —le pregunto para poder deducir adónde me lleva.

—Es un dúplex que tengo alquilado hasta formalizar la compra de la villa. Lo tengo desde hace unos nueve meses —aclara, llamando al ascensor.

Es un bloque de pisos de lujo. El portal es de mármol y cristal, y el ascensor transparente. Todo de diseño. Llegamos al ático y... ¡Madre mía, esto es enorme! Lo contemplo todo a mi alrededor.

Hay un salón decorado mínimamente con muebles bajos blancos y cristal negro. La mesa baja de centro es de cristal de murano, preciosa. De colores

negros, grises y blancos. El gran sofá rinconero es de piel negra y divide ambientes. La mesa de cristal y las sillas de piel, del mismo color, están situadas a espaldas del sofá. Hay una televisión con una enorme pantalla frente a él. El suelo es gris claro, también de mármol, y brilla en exceso.

La cocina tipo americana es blanca nacarada. Exclusiva y preciosa. No hay ninguna pared del dúplex que dé al exterior, porque todo son ventanales, mientras que las luces son indirectas. Miro anonadada a mi alrededor cuando Sandro se quita la americana y la cuelga, con cuidado, en el respaldo de una de las sillas. Lo imito y hago lo mismo con mi cárdigan. Me contempla en silencio y le agunto la mirada. A mí nadie me da miedo.

—¿Qué pasa, Sandro? —le pregunto al fin.

Suspira antes de comenzar una explicación:

—Ya sabes qué pasa —casi me ladra.

—¿Es por el despido?, ¿por la que he liado con Paco? o ¿por abrir la puerta con poca ropa? —resuelvo descarada ante su gélida mirada.

Me mira, me mira, me mira. Le agunto la mirada, de nuevo, viendo que tensa la mandíbula.

—Lo del despido está solucionado. Estas hablando con el nuevo dueño de la inmobiliaria —me contesta sin dejar de mirarme, a lo que yo abro los ojos como platos.

—¿Qué? pero... Si...

Ahora la sorprendida soy yo.

—Les hacían falta socios. He comprado la deuda y la empresa. Por eso he despedido al baboso de Paco, al retrasado de Álvaro y al atontado de Sánchez —termina diciendo con una arrogancia digna de un dios.

Sonrío levemente, pues no ha dejado títere con cabeza.

—¿Es porque le he pegado y me ha denunciado? —asalto con otra pregunta dispuesta a saber qué diablos le pasa.

—Ya no estás denunciada —me comunica con serenidad. Va a la cocina, coge una botella de vino y dos copas—. Y si no le hubieras pegado tú, lo habría hecho yo. —Por fin sonrío. Asiento con la cabeza pensativa. «¿Ahora es mi jefe?», me pregunto en silencio y lo observo callada. Sé qué es lo que viene—. Vayamos a lo de abrir la puerta casi desnuda... —dice más serio, sirviendo las copas.

—Con poca ropa... —corrijo.

—Casi desnuda —rectifica él—. Sabes que mereces un castigo, ¿no? —resuelve, dando un sorbo a su copa y ofreciéndome la mía. La acepto, sin mirarlo y no sé qué decir o cómo defenderme—. Contesta, niña. ¿Has olvidado mis normas?

Siento que mi cuerpo está en desacuerdo con mi cerebro. Mi mente lo envía a freír espárragos, pero mi sexo se humedece y mis pezones se excitan al oírlo.

—Supongo que... —logró decir.

—¿Supones? —Sonríe. Deja la copa de vino en la encimera—. Es hora de cenar —concluye—. Más tarde te daré una lección, niña —añade en un tono ronco sensual y, aunque es una amenaza, un pellizco se apodera de mi estómago.

«Pero qué golfa que soy», me digo sonriéndome por dentro, reconociendo en mi interior que me encanta esa posesión.

—¿Qué te apetece?, ¿comida italiana?

Asiento con la cabeza. Si digo algo será una burrada tipo: «Pero fóllame ya y déjate de cenas», y entonces rompería el encanto. Coge el teléfono y llama mientras pasea por el salón. Habla en italiano con alguien, se va desabrochando la camisa mientras habla. Cuando termina de quitarse la camisa y se queda solo en pantalón, me mira.

—Voy a darme una ducha. Quítate la ropa y quédate con la camiseta y las bragas.

Por un momento me sonrojo, pero mi clítoris empieza a latir. Intuyo sexo.

—¿En camiseta y bragas? —Frunzo el ceño.

—Sí. Tal y como te gusta abrir la puerta —termina diciendo.

Entra en su dormitorio y se mete en la ducha. Le obedezco. Me puede más el morbo que la sensatez, lo reconozco. Dejo la ropa doblada en un lado del sofá mientras mil mariposas revolotean mi estómago. Me quedo como me dice, aunque esta camiseta no es tan larga como la anterior y solo me tapa medio culo. Poco después, sale vestido con un pantalón de pijama celeste, con una cuerda a la cintura que lleva atada por delante. Va descalzo. Me mira y sonríe, dirigiéndose a una de las sillas, la aparta con cuidado de la mesa y se sienta, señalándome sus rodillas.

—Ven aquí, niña —ordena.

—Sandro, no lo volveré a hacer —protesto. No negaré que me pone que me azote, pero quiero follar como una bestia y pasar de los azotes por hoy.

—Ven aquí —repite más serio. —No digo nada. Obedezco y me pongo delante de él. Me mira. Lo miro. Mete las manos por debajo de la camiseta y coge la cinturilla de mi tanga, lo baja hasta las rodillas, me sujeta del antebrazo, colocándose sobre su regazo, bocabajo. Por último, sube mi camiseta—. Te dije que no abrieras la puerta medio desnuda. —Deja caer la mano y doy un saltito.

«*Joer*, qué manaza que tiene», pienso llevándome una mano al culo para tocármelo y me la aparta.

—No lo pensé... No lo volveré a hacer —intento excusarme.

—Desde luego que no lo volverás a hacer.

Dicho esto, comienza una azotaina acompasada. Con golpes secos turnando las nalgas. Me empieza a escocer. Hago esfuerzos porque no se me salten las lágrimas. Aun así, noto que el traicionero de mi cuerpo humedece mi vagina. Me acaloro. Aunque estoy algo rabiosa, aguanto los cachetes con bastante dignidad. Y para mi sorpresa, ardo porque me posea en vez de odiarlo. Parece terminar y me pone en pie. Estoy colorada, sofocada y dolorida., así que me toco el culo con las dos manos mientras él me observa.

—Espero que esta sea la última vez que tengo que azotarte por ese motivo.

—Ya he aprendido la lección —contesto, frotándome las nalgas escocidas, ardiendo.

Se levanta, me lleva del brazo hasta un rincón, donde me pone de cara a la pared. Me humilla más ser tratada como una chiquilla que la propia azotaina. La posición, la situación, el saber que está pendiente de si lo obedezco o no, me excita tremendamente. Temo que la humedad de mi sexo resbale por mi entrepierna y me delate. Hace que me suba la camiseta para verme el culo rojo como un tomate desde el sillón, ya que lo oigo alejarse de mí.

—Eres preciosa. Preciosa y mía. —Esa posesión me embriaga, me acalora. En ese momento llaman a la puerta, debe ser la cena. Me giró y suelto la camiseta para taparme el culo. Me ve y se levanta, poniéndose detrás de mí—. Súbete la camiseta —ordena. Me deja sorprendida sin mover ni un músculo, se acerca, la sube, dándomela para que la sujete, seguido de otros dos o tres azotes—. No la bajas —masculla en mi oído. Entonces escurre su mano por mi culo, masajeándolo, y la resbala entre mis piernas, metiendo los dedos en mis labios, rozando mi clítoris. Comprueba que estoy mojada, sonrío



de lado y me deja en el mismo sitio—. Ni se te ocurra bajarte la camiseta o probarás la fusta —termina diciendo.

Abre la puerta, que está justo delante de donde me encuentro. «El repartidor me va a ver todo el culo y, además, como un tomate», pienso acalorada, avergonzada y encendida.

Podría haberme ido, podría haberme enfadado, enviarlo a hacer puñetas, marcharme y desaparecer para siempre. Ahorrarme la vergüenza. Pero la verdad es que estoy más excitada que nunca. El estar de espaldas ayuda a mi pudor, sin embargo, mi sexo late ante la posibilidad de que un desconocido me vea así, casi desnuda. Indefensa. Imagino la cara del repartidor. Oigo que le abre y lo hace pasar. La madre que lo parió. Sujeto la camiseta por encima de mi culo con tanta fuerza que tengo los dedos blancos. Respiro acelerada. Para postres, me deja un momento sola en el salón, ya que va a buscar el dinero de la cena. A solas con el repartidor, del que veo el reflejo por una de las cristaleras, viendo que no me quita ojo. No le quita ojo a mi culo. Sandro tarda. El muy cabrón está haciendo tiempo.

Me siento observada, y doy las gracias porque no pueda verme la cara, que seguramente está más roja que mis posaderas. No me giro. Estoy sudando. Tengo calor. Ardo. Y el repartidor sigue ahí, mirando mi culo expuesto. Sandro sale del dormitorio y le da el dinero y las buenas noches. Oigo cómo cierra, momento en el que destenso los dedos y respiro, escuchando que se acerca a mí.

—¿Has pasado vergüenza? —me pregunta en un susurro. Asiento—. Si vas a enseñar algo a un desconocido, piensa qué quieres enseñarle y cómo te va a mirar.

Vuelvo a hacer el mismo gesto con la cabeza. Reconozco que estoy nerviosa y tengo la boca seca. Me da la vuelta, cogiendo la camiseta y quitándomela. Estoy en sujetador, respirando con dificultad. Sin ningún movimiento previo, se acerca más y hunde los dedos de una de sus manos en mi sexo. Me arqueo y suspiro al notar que me sacude sin piedad el clítoris.

Sonríe.

Se deshace de mi sujetador y me roza los pezones con la lengua, después se incorpora y los pellizca, cogiendo un seno para apretarlo. Se lo mete en la boca ante mis jadeos, mientras que con la otra mano me acaricia el clítoris de arriba abajo, con insistencia. Jadeo. «¿Qué me estás haciendo?», pienso en lo que acabo de hacer, exhibirme ante un desconocido. A pesar del pudor, la sensación me acalora y excita.

Sigue devorándome el pecho. Lo aprieta con fuerza y lo succiona, masajea, lame, chupa... Su tacto me exalta y estimula hasta el límite que hace que tenga un orgasmo con solo tocarme. Mete con fuerza los dedos en mi vagina, levantándome un poco mientras sigue mordéndome y chupándome los pezones, el pecho, el escote... Baja con la lengua por la barriga hasta el pubis. Apenas me sostengo en pie.

—Estás mojada. Te gusta exhibirte. —Sigue masturbándome incesablemente con acertados movimientos. Asiento, no miento. Ríe de lado —. Traviesa —me dice, dándome un cachete—. Solo puedo exhibirte yo.

Saca sus hábiles dedos y me empuja de los hombros hacia abajo. Me arrodillo. Sé lo que quiere, así que le deshago el lazo del pijama haciendo que caiga a sus pies, dejando ver su erecto y portentoso pene. Me enardece. Lo cojo con una mano y respiro sobre él. Lo miro entre el pelo que, suelto, me cubre la cara, y él me lo sujeta hacia atrás.

Abro la boca y lamo su miembro. Lo humedezco de arriba abajo varias veces con la lengua. Cierra los ojos, suspira y, entonces, abro la boca y lo introduzco. Lo saco, jugueteo lamiendo circularmente su glande, mientras le acaricio los testículos con la mano y lo sujeto con la otra. Le voy tocando el culo, acariciando el perineo, presionándolo sin dejar de meter y sacar su robusto falo de mi boca, de manera acompasada, viendo que gime y jadea. Me gusta saber que yo también puedo hacerle sonreír y disfrutar. Me incorpora y sujeta mi cintura para levantarme; yo abro las piernas y lo rodeó con ellas. Me lleva a su dormitorio, y contemplo que es enorme.

La cama es la más amplia que he visto en mi vida. La habitación es gris, con espejos, la cama con sábanas claras y mil almohadones. Hay una puerta que parece de un baño, supongo que por donde se ha ido antes. De un lado de la cama, bajan del techo unas correas o cuerdas negras. No sé lo que son, pero en brazos y besándome la cara y cuello, me conduce hasta allí. Baja mi cuerpo, poniéndome en el suelo con delicadeza, como si fuera una figura de cristal. Coge esas extrañas correas, las desenrolla y, en la tira más ancha, me sienta. Lo miro con sorpresa.

—Tranquila. Confía en mí —me dice, ronco, con tono lascivo.

Sonrío. Estoy tan embelesada, confío tanto en él que dejo que haga lo que quiera. Una de las correas la ajusta en mi muñeca, y la que queda, en la otra. La parte más ancha va en mi culo. Es cómoda, como un columpio. Hay una cinta que me da en la espalda, recostándome. Una de las cintas más anchas es para la nuca. Sube mis piernas, las sujeta con más cintas por los tobillos, y me

quedo suspendida en el aire por una especie de enjambre que conforman un cómodo columpio. Estoy con las piernas subidas y abiertas, las manos en cruz, inmovilizada, totalmente expuesta. Estoy tan excitada. Tengo tanto calor... que me cuesta respirar. Me mira. Veo que le gusta lo que ve. Su pene erecto parece atento a mi vagina, deseoso. Tanto como yo.

Respira acelerado, pasea a mi alrededor, se acerca a mis pechos y los devora. Chupa mi vientre, después pasa el pene por mi cara, cuello, pecho... Vuelve a pasearse, mirándome. Se pone entre mis piernas, y vuelve a meter los dedos en mi vagina con brío.

—¿Te gusta, niña?

—Sííí —consigo decir con el ápice de aliento que él me deja.

Saca la mano, me coge de las caderas e introduce su poderoso miembro en mi interior. ¡Qué sensación! Y no puedo reprimirme, grito al primer empujón. Vuelve a empujar metiendo y sacando su pene de mi interior con fuerza, con firmeza. Lo siento profundo. Logró ver los espejos y cómo mis pechos rebotan en cada embestida, moviéndose como locos. Me relamo, cierro y abro los ojos mientras grito cada vez que arremete. Jadeo. Empuja con más intensidad. «¡Virgen, qué hombre!».

Mete y saca su falo sin descaso. Estoy extasiada, embrujada, al borde del llanto. No puedo moverme, y mi llanto es una explosión de placer sin precedentes. Es vehemente. Lo veo de espalda por los espejos, cómo su culo tenso se mueve hacia delante y hacia atrás buscando el interior de mi cuerpo con fuerza e intensidad.

—Grita, niña, grita para mí.

Vuelve a arremeter, como si la vida le fuera en ello. Y le hago caso, cada vez más fuerte. Él acelera y se mueve, se mueve... Mmmm, no puedo contener el llanto del más puro placer y chillo su nombre acompasado con las embestidas que me da. Noto que me sube el calor. Escucho entre mis propios gritos de placer sus jadeos y gemidos, cómo dice mi nombre y me pide que me corra. Noto que va a llegar un orgasmo colisionador, cuando se une a mí, y los dos sucumbimos al orgasmo compartido. Potente y embriagador. Sudorosa, acalorada y, aún suspendida, dejo caer la cabeza hacia atrás.

«¿Qué me estás haciendo?», pienso llorando, entre la aflicción del placer y enardecida totalmente por el momento. Él se ha dejado caer de rodillas después de correrse fuera de mí. Se recupera. Me coge en brazos y me baja del columpio. Me quedo en su regazo, ardiendo. Me besa en los labios, en la cabeza, en los ojos. Apoya su barbilla en mi cabeza mientras me sostiene en

el suelo, suspirando.

Creo que este hombre me ha embrujado. No sé qué clase de hechizo me invade cuando estoy con él. Sucumbo a sus deseos y me encanta hacerlo. Todo lo que hace es irresistible. Perfecto. Y, aún agotada, estoy deseosa de él, con deseos de que el tiempo se pare.

Me acurruco en su pecho, cuando el me coge para meterme en la cama. ¡Al final no hemos cenado!, pienso y sonrío. Extenuados nos quedamos aquí, extendidos en su amplia cama. Abrazados. No sé cómo pero mi conexión con él es única. Irrepetible. No lo había experimentado nunca con otra persona. Cuando mi respiración se va normalizando, creo que el sueño me vence.

# 9

Me despierto sola en la amplia cama de Sandro, y escucho que llueve a mares. Me levanto e inspecciono el piso. Ni rastro. Miro el móvil, tengo muy poca batería y un mensaje de él.

Sandro:

Espérame aquí, ahora vuelvo.

Miro la hora, son casi las nueve. Me ducho para darle tiempo a venir, me apetece ir a ver a mi tía Dolors a la residencia, así que llamo al móvil de Sandro, me da línea, pero no me responde. Me visto y oigo la puerta mientras doy un sorbo al café de la Nespresso que me he hecho. Sonríe al verme.

—Hola, niña.

—Hola.

Dejo el café en la encimera, para acercarme a él a la carrera y me cuelgo de su cuello. Ríe con ganas y yo lo imito.

—¿Te ibas sin mí? —me dice, frunciendo el ceño.

—¡No! —Río mirando hacia arriba. Le beso la barbilla. Él se inclina para mirarme y me sujeta como la noche anterior, pero esta vez me sienta en la encimera. Bebe de mi café, haciendo una mueca, imagino que será porque está demasiado dulce.

—Es domingo y cada domingo voy a ver a mi tía Dolors.

Me escucha con atención. Le explico el resumen de mi vida y le digo lo que siento, que es la única persona que me queda de mi familia, que me espera cada domingo y que no puedo fallarle. He de llevarle caramelos de café sin azúcar y alegrarle el día. Me mira sonriendo.

—Eres un amor —me dice tocándome la nariz.

Lo abrazo.

—¿Vienes? —digo en uno de mis arrebatos. Lo miro serio e intuyo su respuesta.

—Claro.

Sonrío como una tonta. Me he equivocado. «¡Va a venir!», me canturreo. Le pido que me lleve a casa para cambiarme. Me visto con rapidez, mientras él hace llamadas paseando por mi comedor, sirviéndose un café en mi

minúscula cocina, me va observado cuando voy pasando con la ropa interior, a medio vestir... Al final me pongo una faldita negra elástica corta, unos zapatos planos y un suéter finito cruzado de tonos verdes. Ríe y niega con la cabeza. Debe pensar que estoy como una regadera.

Cuando estoy lista, nos vamos. Antes de llegar a la residencia hago que pare el coche y bajo a comprar caramelos a mi tía. Me llevo una sorpresa cuando veo que ¡también hay de fresa y nata! ¡Qué bien! Le cojo unos poquitos. Sandro me mira, parece maravillado. No borra su ladeada sonrisa del rostro y no voy a negar que me encanta verlo así, relajado y feliz.

Una vez compramos, nos ponemos en marcha. Llegamos a la residencia, que está a las afueras de Barcelona, en un pueblo llamado Gavà, en una urbanización cerca del mar. Aunque creo que es de las mejores, no me quito de la cabeza que ella no se merece estar allí. Me la llevaría al fin del mundo. Ella no me dejó nunca sola y no puedo evitar que esté allí dentro. Esa idea me tortura cada vez que la pienso. Al entrar nos indican que está en el porche, le gusta mirar cómo llueve. Creo que le recuerda a las tardes pirenaicas de su juventud o, como decía ella con añoranza, «Su otra vida».

Hace mal día, pero no le importan los días grises. Siempre dice que «El día gris o brillante lo haces tú, y no el tiempo». Sandro me acompaña en silencio.

—No tienes por qué hacerlo —le digo antes de llegar a la altura de mi tía. Y es que no quiero que nadie se sienta en la obligación de nada. No es mi estilo.

—No es ninguna obligación. —Me acaricia el mentón con su índice—. Me encantará ver quién es la responsable de tan dulce criatura.

Sonríe y yo le correspondo por su respuesta. Me hechizan esos ojos y, cuando sonrío, caería de bruces. Llegamos al porche, hay varios ancianos. Mi tía está a un lado, en un banco blanco de madera, en un extremo. Nos dirigimos a ella. Qué bella me parece ahí, con esa armonía envidiable, su pelo plateado corto, y sus ojos, iguales a los míos. Me parece la mujer más bonita del mundo. Creo que en algún momento pasó de ser mi tía a ser mi madre. Al verme, su sonrisa ilumina el día. Me abraza con fuerza.

Le presento a Sandro como un amigo. Sonríe y le da la mano. Me mira pícaro y susurrando lo guapo que es, y veo que él se da cuenta cuando ríe. Nos sentamos con ella, le doy los caramelos y le explico qué tal está Piru, lo de mi vecino psicópata que resultó ser un señor la mar de majo y la bomba: que Mari Ángeles está en estado. Aplaude de la alegría.

—Un bebé siempre es una bendición.

Sandro se une a la conversación explicando que nació en Verona. «¡Anda, cómo Julieta!», pienso observando cómo, con cariño, le describe su tierra e infancia. Ha sido un niño mimado y feliz. Perdió a su madre muy pequeño, pero su padre se casó con una maravillosa mujer que lo quiso y quiere como suyo. Es el primogénito, y tiene un hermano de padre, Doménico. Es cirujano. También nos explica que ahora vive en Milán y que ha comprado la villa para pasar más tiempo en España. Con una sonrisa le dice que la llevará a verla cuando llegue el calor. Ella sonrío. Qué bonita que es, y más cuando sonrío. La miro con devoción y me embobo contemplando esos ojos color mar, de la mujer más luchadora que he conocido jamás.

Después de un rato precioso, nos despedimos. Ella va a comer. Prometo llamarla y volver la semana siguiente. Me besa como solo ella sabe. La huelo y me quedo con ese aroma para mí. Sandro se despide, y aquí la dejo otra vez. Sola. Al irnos me invade sentimiento de tristeza y culpa, y él se da cuenta. Me detiene en la puerta, ya fuera de la residencia. Estoy al borde de las lágrimas, como cada domingo.

—¿Qué te pasa, Ali? —pregunta parado ante mí, cogiéndome de los hombros.

—Siento que la abandono... —me sincero, esforzándome por no derramar las lágrimas que ya se han agolpado en mis ojos.

—Eso no es verdad, y lo sabes. —Me coge la cara con las dos manos y me limpia las lágrimas con los pulgares.

Ahora no llueve. Miro al suelo y levanto la vista hasta él. Es cierto, no puedo hacer nada. Pero no puedo evitar sentirme así.

—Yo la cuidaría, Sandro. —No puedo reprimir algún sollozo—. Pero mi primo Joan no quiere. Dice que no tengo sitio ni tiempo... —Me seco las lágrimas con impaciencia, con las manos. Cómo odio a mi primo por ello. Niego con la cabeza—. Mi tía, mi preciosa tía, aquí encerrada... —sollozo más, intentado calmar mi respiración—. Me rompe el alma.

Levanto la mirada diciendo una de las verdades que más daño me hacen. Esa mujer luchó y me quiere como hija suya. Nunca me ha dejado sola. Y yo, no soy capaz de sacarla de aquí. Sandro me abraza con fuerza y me besa la cabeza. Solo cuando me ve más calmada, nos marchamos. Me consuela, pero no me dice nada. No lo culpo. No sé qué decirme a mí misma. Suspiro y me convengo de que nada puedo hacer si Joan no me deja. Lo llamaré mañana mismo y le suplicaré. Me obligo a quitármela de la cabeza, jurándome, aún no

sé cómo, que la sacaré de allí.

Vamos a comer al Garraf, a un restaurante que da al mar, repleto de vidrieras. Aunque el día es gris y lluvioso, agradezco la preciosa vista. Pedimos un albariño blanco de la casa y parrillada de pescado para dos. Me explica bien lo de la adquisición de la inmobiliaria y la cara que se le quedaron al «trío calavera» cuando recibieron el burofax.

Me comunica que al día siguiente hará una reunión, y que cambiará de puesto a Javi y a mí. Javi pasaría a jefe de ventas. ¡Bien!! ¡Al fin se le reconoce! Yo directora. ¿Directora? Abro los ojos como platos.

—¿Paso de comercial a directora? —Casi me atraganto—. Sandro, yo...

—No me vengas con que no te lo mereces. Sabes que eso es mentira —no me deja terminar—, te mereces el puesto. Tienes la formación necesaria para desarrollarlo. Y la experiencia. —Lo escucho. No está diciendo ninguna barbaridad—. Además, no quiero que enseñes más casas con piscina a menos que sea a mí.

Sonríe con malicia. Ríe, sabiendo a qué se refiere. ¡Qué noche!, lo pienso acalorándome al recordarla. Asiento escuchándolo. Podría discutir su decisión. El que dirá la gente me la trae al paio. Me gusta el puesto y por fin se reconoce mi esfuerzo, por no mencionar el sueldazo, así que me lo quedo. Le cojo las manos y me corresponde.

—Mañana lo haré público en una reunión. —Asiento—. Te explicaré cómo quiero que vayan las cosas cuando yo no esté —me explica—. Es mucha responsabilidad, pero lo harás muy bien.

—Gracias por confiar en mí.

Me sonrío. Dejamos de hablar de trabajo cuando pedimos un rico postre. Empieza a conocerme y lo pide con chocolate! «¡Mmm me lo como a él y al postre!».

Para cuando llegamos al café, hemos hablado de familia, política, trabajo, y sabemos un poco más el uno del otro. Sandro es muy reservado, sin embargo, yo hablo por los codos y sonrío al comprobarlo. Nos tomamos un gin-tonic delicioso, yo más afrutado, tipo Puerto de Indias, con alguna exquisita tónica de cereza. ¡Está riquísimo!

Estamos mirándonos cuando de repente me suena el móvil. Es Mari. No lo cojo. Sonrió y cuelgo. Luego la llamaré. Seguimos con arrumacos y charlas. Suena otra vez. Es Mari, de nuevo. ¡Qué raro! Le digo a Sandro que he de cogerlo, cosa que entiende. Al otro lado, escucho algo que parecen sollozos.



—¡¡Ali!! ¡¡Ali!! —Me levanto de un salto. Sandro me mira perplejo.

—¿Qué pasa, Mari?! —pregunto asustada. Algo sucede.

—He tenido un golpe con el coche. Me llevan a un hospital.

Un nudo crece en mi estómago.

—¿Y Javi? —le pregunto angustiada—. ¿Estás sola?

—No lo encuentro... —Llora desconsolada mientras una voz masculina le dice que cuelgue. Debe ser el técnico de la ambulancia.

—Estoy perdiendo sangre. —Llora más.

—¿Dónde te llevan? —necesito saberlo, para ir volando.

—A San José.

—Voy para allá. Tranquila. —Cuelgo ante la estupefacción de mi acompañante.

Le digo que tenemos que irnos ya, porque no encuentra Javi y, además, está sola. Lo entiende, paga la cuenta y salimos del restaurante a toda velocidad.

Al llegar al hospital vemos que urgencias es un caos y no la encontramos por ningún sitio, cosa que me desespera. No podría trabajar en un hospital. Busco a alguien que pueda ayudarnos. Cojo al primero vestido de blanco que parece un enfermero y, casi tambaleándolo, le pregunto dónde está. El auxiliar, o enfermero, me aparta de malos modos y me dice que no lo sabe, que pregunte en información. Sandro me aparta del pobre antes de que llamen a la policía y me denuncien otra vez por loca.

Me convence de que haga las cosas como se debe y vamos al sitio que nos indica, donde pregunto por el nombre completo de ella. Enseguida me dice que está en el box número veinticinco y que solo puede pasar una persona. Decidimos que sea yo mientras Sandro se encarga de las gestiones para encontrar a Javi. Aún no sabemos por qué no coge el teléfono.

Entro y la encuentro, aún llorando como una niña perdida. La abrazo con fuerza y le beso la cabeza, prometiéndole que todo va a salir bien, con el miedo en el cuerpo de no poder cumplir esa promesa.

—Ali, tengo tanto miedo de que le pase algo a mi bebé. —Llora, tocándose la barriga.

—A esa bebé no le va a pasar nada, es una guerrera —digo casi sin pensar.

En ese momento entra el médico que con unos papeles en la mano y le indica que el bebé está bien y que lo único que tiene que hacer es reposo absoluto e ir a revisiones más a menudo para controlar que todo sigue su curso. Ya no tiene pérdidas y no hay riesgo para el bebé ni para la futura mamá. Respira aliviada y yo me lanzo en un superabrazo al médico. Se queda alucinando. Mari ríe.

El médico, que parece no inmutarse siquiera, me dice que ha de descansar, que le dará un calmante. Pregunta si hay alguien que pueda recogerla, ya que le van a dar el alta de manera inminente. En ese momento entra a Javi como un miura y abraza a su mujer.

—¿Estás bien? —La mira, sudoroso y temblando.

—Tranquilo, mi amor, el bebé y yo estamos bien —le responde, besándole la cabeza. Javi apoya la suya en la barriga de Mari Ángeles y no deja de besársela.

—Soy un imbécil, cielo, tenía el teléfono en silencio. —Mari niega con la cabeza y se besan en los labios con dulzura. Mirándose con amor.

—No eres ningún imbécil, mi amor. —Se vuelven a besar en la boca de una manera en la que en este momento envidio.

«Cuánto se quieren», pienso, deseando algún día tener ese amor por alguien y corresponderlo. No me doy cuenta, pero al levantar la mirada veo que Sandro está observando la escena con la misma ternura. Nuestras miradas se cruzan y nos sonreímos con complicidad y cariño.

Decidimos dejar a la pareja a solas. Javi se encargará del traslado al domicilio conyugal cuidando de ella y prometiéndome avisar de cualquier novedad, por insignificante que sea. Sandro y yo nos vamos al coche en silencio. Yo, personalmente, estoy pensando en el susto que se ha llevado la pobre. Después de cuatro años buscando a un bebé y podría haberlo perdido en cuestión de segundos. Qué angustia. Sandro me pasa la mano alrededor de los hombros y achuchándose.

—Eres un encanto —me dice, besándome la frente con cariño. Agradezco el gesto. Hoy estoy ñoña. Subimos al coche y pedimos que nos lleve a casa—. ¿Quieres pasar la noche conmigo? —me dice, sonriente. Sin embargo, la sonrisa de hoy es menos lobuna, más tierna. Lo agradezco, la necesito.

Asiento con la cabeza y me besa los labios. Me acomodo en su pecho durante el viaje. Un brazo lo pasa por mis hombros y la otra mano me la coge en su regazo. ¡Momentazo! Decido grabarlo en la memoria.

Llegamos al dúplex. Entramos y enciende las luces del salón. Aprieta un botón y abre las cortinas. Lo miro. ¿Qué hace?, me pregunto a sabiendas de que sea lo que sea, seguro que me encanta. Se acerca a mí como un león a su presa y empieza a quitarme la ropa. Observo a mi alrededor, y aunque no veo a nadie mirándonos, tengo la sensación de ser observados.

—¿Y si nos ven? —le pregunto fingiendo preocupación. La verdad es que me da morbo—. Luego te quejas de como abro la puerta... —Sonrío maliciosa.

—La diferencia es que, si ahora te ve alguien, no le cabrá duda de que eres mía. —Me devuelve la sonrisa.

Me desnuda poco a poco. Me dejo. Me vuelve loca. Aún no me ha tocado y mi respiración ya es rápida, deseosa. Quita mi camiseta y la tira a un lado, haciendo lo mismo con mi sujetador. Me sube la falda con una mano, apartando el tanga con los dedos, buscando mi resbaladizo clítoris. Baja la cabeza y, mientras se abre paso en mi sexo con los dedos, me lame un pezón.

Ya estoy que ardo. Qué calor.

Le desabrocho la camisa. Esta vez no me lo impide. Se la quito y sigo con el pantalón y los *slips* que lleva. Se los bajo comprobando que su pene ya está erecto y apuntalándome. Me da un leve empujón y me tira de espaldas al sofá. Se deshace de mi ropa y la tira al suelo, haciendo lo mismo con la suya.

—Espérame aquí, niña —me ordena.

Obedezco.

A los pocos segundos, sale del dormitorio con un vibrador. Veo que lleva algo más en la otra mano. Deja el vibrador sobre la mesa baja, y se agacha a mi altura, poniendo unas pinzas de metal y plástico en mis pezones. Mmmm, llevan unos cascabeles que tintinean al moverme. Aprietan, sin embargo, es un dolor justo para sentir placer. Me gusta. Me presiona los pezones, me relamo los labios suspirando y lo miro, en el momento en el que me da el vibrador.

—Ábrete de piernas y mastúrbate para mí.

Me coloca abierta de piernas de cara a la cristalera, donde él me ve, y cualquiera puede hacerlo desde otro edificio. Me acaloro. Me tumbo bien en el sofá, flexionándolas y las abro todo lo que puedo. Mi más íntimo yo, mi hendidura, queda expuesta, y me excito al pensarlo.

Ni corta ni perezosa, con una mano me separo los labios, dejando al aire

mi clítoris al que empiezo a rozar con el vibrador que he puesto al nivel uno. Me relamo los labios y me tiro de las pinzas con la otra mano en cuanto tengo oportunidad. Sonríe al comprobarlo, y con una mano sostiene su pene, al que empieza a acariciar.

—Date placer, niña. —Recibo la caricia del vibrador, que hace latir a mi botón. Sandro me mira con los ojos llenos de lujuria, mientras también comienza sus caricias para autocomplacerse. Me observa—. Sigue... —me pide con voz ronca.

Subo la potencia del vibrador al dos. Me lo meto en la boca y lo chupo. Sandro se relame y me mira lascivo. Sonríe otra vez más ampliamente. Cuando el juguete está lubricado con mi propia saliva, me lo introduzco, encorvándome con la entrada del vibrador. No lo meto del todo y lo vuelvo a sacar.

—Mmmm... —Empiezo a jadear.

Sandro se arrodilla sin dejar de masturbarse y tira de una de las pinzas. Gimo, sigo con mi propio saqueo deleitándome con el vibrador, metiéndomelo y sacándomelo cada vez más rápido, acariciando mi clítoris con mi otra mano, mientras Sandro va tirando de las pinzas de los pezones a ratos. O se acerca y los lame. Entretanto, mueve de arriba abajo la mano que sostiene su miembro, extrayendo de sí mismo más placer. Me meto del todo el vibrador, que lo subo al tres y seguido al cuatro.

—Mmmm, no voy a poder aguantar mucho. —Jadeo y vuelvo a la carga—. Sandro, no podré aguantar... Me voy a correr... —le digo, sintiendo cómo va explotando dentro de mí el orgasmo que se va formando en mi interior.

—Hazlo. Córrete conmigo, niña —anuncia acelerando sus movimientos mientras juguetea con las pinzas de los pechos.

Empiezo a acelerar mis penetraciones y me curvo sobre el sofá, agarrando con la otra mano las almohadas del propio sofá. Voy a explotar, me muerdo el labio inferior. No evito gritar, aunque son más apaciguados que cuando es Sandro quien me da el placer. Aun así, jadeo sonoramente y lo oigo gemir a mi lado. Tengo los ojos cerrados.

—Aquí viene... ¡Sí! —chilló como una loca. Me encanta.

Llegan por fin los orgasmos que compartimos, exhaustos. Se deja caer en el suelo y apoya la cabeza en mi vientre, suspirando. Me besa el ombligo, calma su respiración, y puedo apreciar cómo está sudando. Le toco la cabeza y el pelo, ¡Dios! Me encanta este hombre. Saca fuerzas de no sé dónde y me

coge en brazos, llevándome hasta la habitación.

—¿Seguimos jugando? —me propone con voz ronca. Sonrío. Soy insaciable, pero él es igual.

—Por supuesto —afirmo juguetona, en sus brazos, moviendo las piernas.

Mi respuesta le gusta. No enciende la luz del dormitorio, en la penumbra, me pone sobre la cama. Saca de un cajón una especie de esposas con correa forradas que se atan con hebillas. Me las enseña, dejándolas colgadas de su índice sobre mi cabeza. Yo estoy tumbada. Me está pidiendo permiso sin decirlo y concedo con la cabeza. Me parece morboso y divertido.

Él está a gatas sobre mí, sus rodillas al lado de mis caderas, y sus manos sostienen las ataduras. Se sienta en mi pubis sin dejarse caer. Le acerco las manos juntando las muñecas. Ríe de lado, como de costumbre, como me vuelve loca, y me ata. Aún tengo las pinzas en los pezones, cuando coloca las manos atadas por encima de mi cabeza.

—No las bajas —advierte ronco, con la boca a menos de un centímetro de la mía.

Le muerdo el labio inferior. Aparta la cara y ríe. Me besa y succiona el cuello. Muevo las piernas, voy a abrazarlo esposada y me coge las muñecas con una de sus amplias manos poniéndolas sobre la cabeza de nuevo. Baja la suya, sigue besándome el cuello y llega hasta el escote. Me tira levemente de las pinzas y sonrió al oír los cascabeles.

Desciende con su lengua por mi vientre y se entretiene en mi ombligo, donde lo besa y lo chupa, mientras con sus manos baja a mi sexo, donde empieza a introducir los dedos en mi hendidura. Busca el tesoro del interior de mi vulva y lo roza, con firmeza, de arriba abajo, metiendo un dedo en la vagina. Empieza a moverlo más rápido con el pulgar, metiendo otro de sus dedos en mí con movimientos certeros. Besa mi monte de Venus y retira la mano para meter la cabeza entre mis piernas y la lengua entre los labios de mi sexo. Lame de arriba abajo, una y otra vez, jugando con sus dedos en mi vagina, y crea círculos alrededor de mi ano. Succiona mi clítoris moviendo rápidamente la lengua sobre su punta.

—Mmmm. —Me remuevo. Le toco la cabeza, no puedo evitarlo.

Niega y me coloca las manos sobre mi cabeza con una sonrisa.

—Si lo haces de nuevo, te daré tres golpes con la fusta —me amenaza.

Intento obedecer, pero su lengua inquieta recorre cada recoveco de mi

sexo mientras me penetra con los dedos la vagina. Su juego de mantenerme quieta no funciona apenas. En un momento dado, mete un dedo suavemente por el ano y lo mueve. Presiona una de las paredes de este, haciéndome gritar con fuerza. Me incorporo por la sensación indescriptible de placer que siento. Con una mano me empuja del vientre, tirándome a la cama. Me retuerzo y por su aliento noto que sonrío. Sigue explorando con su lengua, y con los labios me presiona el clítoris para soltarlo y seguir moviéndolo con la lengua.

—No puedo más, Sandro... —medio grito.

Sigue con su particular ataque en mi sexo hasta que grito y grito retorciéndome, poseída por un orgasmo difícil de igualar. Satisfecho, se pone en pie, me coge de la cadera y me ensarta con su duro pene. No me da respiro. Empuja una y otra vez, fuerte. Me flexiona las rodillas y pone las piernas alrededor de su cuello, dejándome las rodillas en sus hombros. Mis gritos y el tintineo de los cascabeles se mezclan con sus jadeos y gemidos. Cuando me penetra, voy viendo a ratos por los espejos cómo me sacude encima de su cama, cómo me mueve a su antojo, cómo hace que me retuerza. El orgasmo llega a la cumbre y grito retorciendo mi cuerpo mientras él se corre, esta vez dentro de mí. Frunzo el ceño. Saca el miembro y me doy cuenta de que ha utilizado un preservativo. ¿Cuándo se lo ha puesto? No le doy importancia. Sale de mí y dejo caer las piernas en la cama. Él rueda a un lado. Yo estoy exhausta. Acalorada. Jadeante. Me abraza y me quita las esposas con parsimonia.

—Te has movido mil veces —reprocha intentando reprimir una sonrisa sin éxito—. Te debo tres golpes de fusta, niña.

Suelto una carcajada.

—¿Ahora? —le pregunto agotada, extasiada.

Entonces el que ríe con ganas es él.

—No, pero tengo buena memoria —amenaza entre risas y me abraza.

Me besa la frente, la nariz. Me muerde una mejilla. Le acaricio la cara, apartándole el pelo de la frente. Me sonrío de lado. Permanecemos en silencio, mientras pienso que no sé qué me ha hecho. Lo miro y lo miro mientras me observa cómo lo hago. Tiene un brillo extraño en los ojos hoy. No sé qué es, pero es bonito. Me contempla sonriendo y vuelve a besarme con ternura. Yo me acurruco en su pecho y, al apoyarme, oigo el latido de su corazón. No puedo dejar de sonreír como una tonta. Estoy a su merced, y me gusta. Me ha embrujado. Lo sé. Me encanta todo lo que hace. Lo reconozco y, a lo único que me niego, es a lo más evidente. Cómo puede ser que,

conociéndolo desde hace unos días, tenga esos sentimientos al verlo, tocarlo, al besarlo... Me niego lo que ya es indiscutible. Entre esos pensamientos me entra sueño. Él se ha dormido ya y, con una idea en la cabeza, me doy cuenta de lo que no quiero reconocer, aunque es obvio.

Me estoy enamorando.

Nos despertamos a eso de las ocho, él está sentado en la cama, observando, sonriente.

—Sandro —lo llamo, mientras me contempla atento—. Tengo que pasar por mi casa.

Asiente. Parece contento.

—Que te lleve Felipe. Nos vemos en la oficina a las nueve y media.

Digo que sí con la cabeza.

—Que me lleve Felipe, pero iré al trabajo en moto. No quiero que la gente... —No acabo la frase, al ver que borra su sonrisa—. No me mires así. La gente es mala. Pueden confundir el ascenso con nuestra relación.

Digo «relación» con miedo a lo que contestará. Sin embargo, me sorprende.

—Tienes razón, Ali. —Sonríe—. Ya lo haremos oficial cuando estemos seguros. —Su respuesta me calma. No me gusta etiquetar las cosas—. Pero tú eres mía. Solo mía. Eso lo sabes, ¿no?

Salto a su espalda por encima de la cama y le rodeo el cuello con los brazos. Aprovecho que está sentado en ella y le beso la mejilla.

—Y tú solo mío.

Mueve la cabeza afirmando.

—Soy solo tuyo. Exclusivo. Pero tú, toda tú, eres solo mía. Y no me gusta que vayas en moto —asegura, cambiando de tema de repente.

—No tengo coche —le informo. En silencio asiente, recabando más información sobre mí.

—Bueno, ya hablaremos de eso. Tú recuerda que eres mía —repite. Ahora quien afirma soy yo, sonriendo.

Me besa en los labios y se va a la ducha. Yo me visto, dirigiéndome al ascensor. Sandro ha avisado a su chófer para que me espere en la puerta. Al bajar, en la planta once se detiene el ascensor y recoge a una chica de mi edad. Va con una boina de lado y tiene un aspecto de guiri pija que espanta. Me mira con desprecio nada más entrar.

—Buenos días —le digo sin borrar mi sonrisa de tonta, aunque no obtengo



respuesta. Me dan ganas de abofetearla, por mal educada, pero estoy demasiado contenta para darle aprecio y domino esa parte de mí. Por ahora. Sin embargo, la pija con aire extraño está dispuesta a molestarme, me mira con descaro—. ¿Necesita algo? —le pregunto. Para descarada, yo.

Justo en ese momento entra en la planta ocho una mujer de mediana edad y un hombre. Parecen matrimonio.

—Pues ahora que lo dices —la pija extraña empieza a hablarme de frente y como si yo le hubiera hecho algo—, ¿vienes de casa de Sandro?

Esa familiaridad con él hace que mi estómago se encoja. Me pongo en guardia.

—Sí.

Creo que empiezo a entender por qué esta amargada me tiene manía.

—Pues eres muy escandalosa. Gritas mucho cuando..., ya sabes... — Sonríe mirando a la pareja. Quiere avergonzarme—. Estás en la planta trece y te oigo en la once. Y eso que sé que Sandro no abre las ventanas.

Menuda imbécil... La mujer la observa, tapándose la boca para evitar que vea que se ríe. Al señor no le hace gracia que me intente humillar. Respiro hondo. Respiro o me la como. Las puertas se abren en la planta baja. Van a marcharse, pero me pongo en la puerta, frente al trío.

—Sí, soy yo la que grita. —Me miran por el descaro—. Pero algo me dice que tú deberías saber que Sandro folla como los ángeles. —Se sonroja—. ¿Tú no gritabas?

«A mí con tonterías». Ahora ríe el hombre y las dos arpías con cara de sepia se quedan perplejas. A tomar viento. Qué a gusto me he quedado. Me giro más digna que nadie y me voy. Me da rabia pensar cómo sabe esta pija con cara de calamar que el idiota de Sandro no abre las ventanas. No es posible que él se haya acostado con esa idiota. Es mona, pero no sé por qué me recuerda a un cefalópodo. Me sonrió a mí misma. «¡Bah! ¡Nadie va a arruinarme el día! Ya me enteraré, ya».

Dejo la idea aparcada en algún rincón de mi mente y entro en el coche, que ya me espera y que en un periquete me lleva a casa. Subo a pie como un rayo. Entro y miro el balcón. Está abierto. Piru entra y sale a su antojo. Estupendo. Me siento menos culpable sabiendo que no está tan solito mientras yo estoy fuera. Me ducho y me arreglo. Una falda tejana, un suéter cruzado marrón y beis y la cazadora tejana. Bota de caña baja de entretiempo, pelo suelto y maquillada. Me gusto. Cojo el casco rosa, el bolso grande del

trabajo, y me marchó. Cuando llego, aparco donde siempre y me dirijo a tomarme mi café de las mañanas, mientras veo entrar al personal. Miro al cielo, percatándome de que hoy parece que no lloverá.

Sandro detiene su cochazo en la puerta y noto un cosquilleo en el estómago. Me río. Lo veo bajar y entrar en la oficina con un maletín, aire serio y porte elegante. Me lo como. Pago mi desayuno, y cruzo la calle para entrar en mi edificio. Al llegar a mi puesto, enciendo mi ordenador y, como el resto de mis compañeros, leo mis correos electrónicos. El más urgente, del nuevo jefe, Sandro Veri, que nos convoca en una reunión general a todos para informar de los nuevos cambios.

La reunión es en breve. Hago un par de llamadas, envío algunos correos para hacer tiempo y adelantar porque, aunque no quiera reconocerlo, estoy nerviosa cuando llega la hora. Javi viene a recogerme a mi cubículo y los dos nos vamos para la Sala de Juntas charlando. Le pregunto por Mari, aunque sé con certeza que está bien porque le voy mensajeando y me explica que esta en reposo absoluto, y aunque a veces se agobia, está muy feliz buscando nombres para el bebé. Sonrió al oírlo, me llena de felicidad saber que serán padres. Y, a decir verdad, creo que serán unos padres maravillosos.

—Oye, Ali —me dice de camino a la sala—, a Mari y a mí nos gustaría que vinierais a cenar a casa. Tú y, si quieres, Sandro.

La propuesta me pilló por sorpresa y se lee en mi cara.

—Por mí sí. Pero no sé si Sandro...

—No te preocupes —me sonrío—, lo que tu veas. Es para este fin de semana. Tienes toda el tiempo para preguntarle y convencerlo.

Dibujó una sonrisa y le agradezco el gesto. ¡Qué majo es! Tengo amigos que no los merezco.

Entramos a la sala, y puedo ver que estamos todos: Paola, Javi, yo, otras dos comerciales, que se llaman Sonia y Carla, y otro chico, de nombre Luis. Faltan el jefe de ventas que era Paco y el gerente, o director, que era Álvaro. Y claro, mi Mari Ángeles. Sandro entra cuando ya estamos sentados y él lo hace en silencio, con unos papeles en la mano, presidiendo la mesa. Da los buenos días y comienza su discurso:

—Cómo ya sabéis, por el correo que habéis recibido, la inmobiliaria cambia de dueños, y con ellos la metodología de la empresa. Vuestros resultados no son malos, pero se pueden mejorar haciendo varios cambios. — Se levanta de la silla y pasea con aire de profesor—. Las comisiones por las

ventas seguirán siendo las mismas, sin embargo, el jefe de ventas centralizará las citas y las encomendará de manera equitativa a los comerciales. El jefe de ventas se coordinará y estará bajo la supervisión del director, y este bajo la mía. —Hace una pausa y nos observa a todos.

»Como ya sabéis, tengo varias empresas, y todas ella bajo el nombre que le puso mi abuelo a la primera, «IMPERIAL VERI». La inmobiliaria pasará a llamarse de esa manera. La central que está en Madrid pasará a ser esta, así que el nivel de profesionalidad e implicación no puede bajar. —Todos asienten—. Ya hemos contactado con otro edificio de oficinas —continúa repartiendo unos papeles— donde se centralizarán las inmobiliarias, las aerolíneas y las empresas de construcción y servicio en el mismo edificio, que estará ubicado en el centro de la ciudad.

Un murmullo general se hace con la sala. «La madre que lo parió. No me ha dicho ni la mitad», pienso mientras ojeo los papeles que es un mapa de la ubicación del nuevo edificio y los datos de la nueva empresa, mientras él continúa:

—Cada semana se reunirán los directores de todas las empresas para coordinarse entre ellos. —Las miradas entre los empleados vuelan—. Asimismo, el director tendrá coche de empresa para su uso. —Sonrió para dentro. ¡Si es que tiene que salirse con la suya!, él continúa hablando—. Y el jefe de ventas tendrá en su poder una pequeña flota de dos coches y tres motos, la cual será utilizada por los comerciales según su criterio... —Se hace un silencio. Nos mira. Javi me mira y yo lo hago también—. Pasaré a decir quiénes son ascendidos con los nuevos puestos. —El murmullo se extiende.

»Por su dedicación y experiencia, Javier Flores será el jefe de ventas. —Javi abre los ojos tanto que creo que se le van a salir. Río y aplaudo con el resto, pero soy la primera en decirle gesticulando «Enhorabuena». Javi se levanta y le ofrece la mano a Sandro.

—Muchas gracias, señor Veri, por su confianza —agradece, a lo que Sandro corresponde al apretón de manos—. No le decepcionaré.

—Estoy seguro de ello —le contesta con una sonrisa sincera, y mi compañero se sienta—. La nueva directora, por su experiencia, formación e ímpetu, será Alicia Blanco. —Todos aplauden y me levanto. Nos damos dos besos y le doy las gracias. Me hace gracia lo de «ímpetu». Igual es su manera fina de llamarme loca. Javi sonrío de oreja a oreja. Paola no oculta su disgusto, pero nadie le hace caso—. Ahora, a trabajar. Elena os hará llegar un *dossier* con las normas y las condiciones de la empresa. Yo seguiré reunido

con el jefe de ventas y la directora.

Dicho esto, el resto de personal se levanta entre sonrisas y sorpresa y se marcha, después de felicitarnos de manera bastante sincera tanto a Javi como a mí. Incluso Paola se traga su orgullo y me da dos besos. Más le vale, soy su jefa. Me río por dentro. «Qué mala», me regaño. Sandro le explica a Javi las condiciones y él las acepta de buen grado. Después se relajan.

—¿Cómo está tu mujer? —se interesa con una sonrisa.

—En casa, me volverá loco —le contesta riendo—, no puede moverse apenas. Está en reposo absoluto.

—¿Quién está con ella?

—Su hermana, Rosa.

No había caído en la cuenta. Conozco a Rosa y es un amor. Es hermana melliza de Mari, y es profesora. Está separada y, a decir verdad, no se parecen en nada. Pero me cae muy bien. Sonrío al saberlo.

—Si necesitas algún día libre, podemos arreglarlo —le ofrece Sandro con amabilidad.

Javi asiente.

—Lo tendré en cuenta. Sobre todo, para acompañarla a los médicos —aclara con prudencia.

—Lo que necesites —acaba de decir Sandro, acabando la conversación amigablemente.

Javi sale de la sala y nos quedamos solos. Hay una puerta de la Sala de Juntas que da al despacho del jefe, ahora Sandro. Me hace un ademán para que lo siga y entramos. Mientras me quedo aquí en pie esperando un discurso de jefe en su nuevo despacho, él cierra las persianas metálicas de la cristalera de la puerta y la ventana que dan al local. También la que da a la calle. No sé qué quiere, pero lo veo venir.

—Sandro, en el trabajo no —le digo, intentando ser profesional, aunque lo estoy deseando.

—¿Quién es tu jefe? —me pregunta subiendo las cejas en un gracioso gesto.

—Sandro... —protesto sin poder reprimir una risita.

—¿Quién? —insiste.

—Túúúú —le digo resignada y resoplo.

—¿Has resoplado, niña?

Abro los ojos sabiendo qué es lo que quiere decir.

—No —miento descaradamente.

—Sí. Me debías tres golpes de fusta... —Sandro viene avanzando hacia a mí. Ha cambiado su cálida sonrisa de jefe por esa sonrisa ladeada. Y sus ojos verdes brillan—. Tres que me debías, más siete del resoplido, hacen diez.

—¿Siete por resoplido? —me quejo—. Sandro, aquí no... —protesto de nuevo como una chiquilla. Sin embargo, hace rato que mi sexo dice lo contrario. Y es que no me pongo de acuerdo ni con mi propio cuerpo—. Sandro, si se entera alguien...

En ese momento descuelga el teléfono y empieza a hablar:

—Elena, estoy reunido con mi directora. No me pase visitas ni llamadas hasta que acabemos la reunión. —Cuelga sin dejar de mirarme—. Niña, eres mía. —Su sonrisa lobuna, su voz ronca...

Asiento cuando se acerca como un lobo hacia mí.

—Sandro...

Se detiene al acorralarme contra una pared. Está tan cerca que noto su excitación. Me besa y le correspondo gustosa, después coge mi muñeca y me quita la carpeta de papeles que llevo, tirándola sobre la mesa. Me apoya las manos en el escritorio. Ya me ha vencido. Estoy tan impaciente por que me toque que lo dejo hacerme lo que quiera. Lo deseo. Se pone detrás de mí y me sube la falda, metiendo sus manos por debajo. Esta vez el muy bestia coge el tanga y me lo arranca.

—¡Sandro! —le regaño, susurrando.

Entonces mete una mano en mi sexo.

—¿No decías que aquí no? —pregunta, al comprobar que estoy completamente mojada—. Pues tu cuerpo no dice eso —me murmura al oído, besándome el lóbulo de la oreja.

Frota mi sexo, abre sus labios y me dejó caer en la mesa.

—Mmmm...

Sus manos me extasían. Me humedezco más cuando las saca.

—No te muevas —me ronronea en la nuca, metiendo la nariz entre mi

pelo.

Va a su maletín y saca una fusta de cuero negro. La dobla y la blande ante mí, cortando el viento.

—Diez, niña... —dice, colocándose detrás de mí.

—Sandro...

Voy a incorporarme, pero es más rápido. Me recuesta de nuevo y me toca el clítoris con la punta de los dedos de una mano. Me vence de nuevo. Se pone a un lado y escucho la fusta cortar el aire, en el instante en el que noto cómo un escozor cruza mis nalgas. «¡Joder, cómo pica esto!». Sin embargo, me muerdo los labios. No quiero que nadie nos oiga. Da otros cuatro golpes que a duras penas aguanto. Joder. Aun así, mi sexo está como loco. Resbaladizo, latente. Me gira sin acabar de dar los diez golpes, ve que estoy acalorada, dolorida. Me coge de la cintura y como una pluma me deja sobre el escritorio, sentada. Me baja la camiseta y el sujetador de un tirón y empieza a devorarme los senos con pasión. Me besa los pezones, los chupa, me los estruja con las manos, mientras su lengua recorre mi escote y pezones y me va besando el cuello. Me sube mejor la falda y se abre paso entre mis piernas con sus caderas. Se desabrocha el pantalón y saca su poderoso pene erecto.

Me embiste y quedo empalada en él, con mis piernas rodeando su cintura. Se sienta en uno de los sillones de piel. Yo estoy a horcajadas. Mis pechos le llegan a la boca, cosa que aprovecha sin cesar.

—Fóllame, niña —me pide ronco.

No me hago esperar. Me quito la camiseta y él se deshace del sujetador. Empiezo, ayudada por mis rodillas, a subir y bajar, sacando y metiendo ese increíble falo que me trae de cabeza en mi interior. Lo siento profundo. Él aprisiona mi cuerpo. Quiero gritar, pero me reprimo. Me muevo y muevo mientras él, jadeante, echa la cabeza hacia atrás. Me azota mientras lo hago. Me muevo más rápido. Encojo los músculos de mi vagina y me empalo una y otra vez. Jadeo, y Sandro mete dos dedos en mi boca. Los chupo, los muerdo. Y me tapa la boca al ver que quiero gritar y no podré evitarlo. Voy más rápido y me muerdo los labios. Si no lo hago, gritaré como nunca. Él me ayuda a coger velocidad y profundidad y, apretándome las nalgas con sus fuertes dedos, llega el orgasmo. Me saca de encima y se corre. «Madre mía, la que hemos liado», pienso al ver los fluidos de placer por ahí.

Me río y voy al baño de su despacho. Cojo la ropa desperdigada, para arreglarme y me lavo un poco. Al salir, él está recompuesto y ha limpiado el desastre con pañuelos. Yo, acalorada, le enseño mi maltrecho tanga.

—¿Tengo que ir sin bragas? —le reprocho mientras él ríe.

—Así me gustas más —me contesta el sinvergüenza.

Niego con la cabeza. Me río por dentro, aunque intento estar seria. Más morbo no puede darme.

—Me voy a trabajar —le digo tras besarle en los labios. Me contoneo a propósito y sé que él me mira el culo con descaró.

—Tu despacho es el de Paco —informa antes de que abra la puerta—. Ponlo como quieras, pero no te acomodes, en unos meses nos mudaremos.

Asiento con la cabeza. Le enseñó la lengua en una mueca y salgo. El resto del día pasa con miradas y roces. Incluso cuando vamos a comer con otro de los jefes, me mete mano por debajo de la falda en la cola del restaurante, haciéndome sudar y sentir. Me excita ocultar en público que me toca. Su descaró me hace reír.

Cuando salimos, paso la noche con él. Cada noche es más tórrida que la anterior y cada vez estamos más enganchados el uno del otro. En un abrir y cerrar de ojos, transcurre un mes. Estamos en pleno julio, preparando las cosas para irnos al nuevo edificio en septiembre. La mudanza de Sandro a la villa está casi hecha y, de hecho, ya hemos pasado varias noches allí juntos. «¡Bendita piscina!», pienso al recordar todo lo que sucede dentro de ella. Me ha acompañado cada domingo a ver a mi tía. Y cada domingo me ha consolado al llorar. Me ha prometido que hablara con Joan del tema y, aunque he querido convencerlo de que no lo haga, creo que le ha cogido cariño a Dolors.

Estamos a finales de julio. Atardece y nos encontramos bañándonos desnudos en la piscina. Las copas de vino rosado a medio beber están en uno de los bordes, después de hacer el amor. Él está en la pared de la piscina; yo, apoyada en Sandro de espaldas. ¡Ay, si esta pobre piscina hablara!

—Ali —llama mi atención.

—Mmm. —Casi ronroneo. Estoy relajada y en sus brazos. No puedo pedir más.

—Tengo que irme a Italia.

Eso me pone en guardia. Me despegó de él y lo miro. Es algo que no me esperaba.

—¿Por qué?

Tengo ganas de llorar. Una punzada me atraviesa el estómago.

—Porque debo de atender los negocios de allí. Además, tengo varios asuntos que requieren mi inmediata presencia —me responde.

Sé que tiene razón, aun así, le digo al borde de las lágrimas:

—Pero volverás, ¿no?

—Claro que lo haré, niña. No es tan fácil librarse de mí.

Me sonrío y me besa la frente con dulzura. Intento imitarlo, pero la pena me puede. No lloro, aunque lo mío me cuesta. Ahora son todo dudas.

—¿Cuándo te vas y cuándo vuelves?

—Mañana. —La sorpresa me apuñala más—. Volveré en tres o cuatro días, aún no lo sé.

Asiento con la cabeza. Solo puedo hacer eso; aceptar y asentir. De nada me servirá montar un numerito. Necesito saber el motivo. Su marcha, más la sorpresa de ser inminente, me ha desgarrado el corazón, mas no quiero demostrarle cuánto.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes? —le pregunto.

—Porque se han precipitado algunas cosas, niña —me contesta con aire de desagrado—. Tengo que ir y ya está.

Parece perder la paciencia y me sorprende el tono de voz que está



utilizando conmigo. Normalmente no es así. Decido no decir nada. La magia acaba de romperse en mil millones de pedacitos. Imbécil. Me dirijo a la escalera de la piscina para salir. No me apetece estar aquí. Sin embargo, él se adelanta y me sujeta por la cintura.

—No te pongas así, Ali. Tengo que ir... —me explica, atrayéndome hacia él y besándome el cuello. —Lo intento apartar, sin éxito. Tiene mucha fuerza. Insisto en que ni me roce. Es la primera vez que me enfado con él, pero me sigue besando el cuello—. Nena, tengo que ir, no puedo evitarlo. Necesito arreglar varias cosas. No te pongas así, volveré en unos días.

Suspiro. Me da la vuelta, besándome en los labios. Me deshago en su boca. Me puede. Me vence.

—No tardes mucho, ¿vale? —le pido con cara de perrito Pachón y él sonríe.

—No lo haré.

Me vuelve a besar, acariciándome el cuerpo. Acabamos de tener una muy buena sesión de sexo, y lo único que quiero es que no se vaya. Sin embargo, me besa con más dulzura y menos sexualidad que de costumbre. No sé qué le sucede, pero está claro que no es normal.

—Sandro, ¿va todo bien? —le pregunto apartándome de sus labios.

—Sí, Ali, sí —dice con cierta impaciencia. Se aparta de mí—. No te pongas así.

Me pone a un lado y el que ahora desea salir de la piscina es él.

—Escucha, Sandro —me molesta y cambio el tono de voz de «Ali, la niña» a «Ali, la maleducada»—, eres tú quien no me ha avisado. Ni se te ocurra enfadarte.

—¿Qué no puedo enfadarme? —Se para, se gira y me mira con media sonrisa.

—No te rías. —Ahora soy yo la que se va a la escalera—. Aquí solo me enfado yo.

Subo y él me sigue y, para colmo, parece que le divierte la situación.

—Nena —sonríe—, ¿me dejas enfadarme? —Me mira—. No te pongas así.

Me giró como la niña del exorcista y lo miro con los ojos entornados por la rabia. Sigo caminando desnuda, ya fuera del agua, en busca de la toalla de

la hamaca. La agarro, me voy secando la cara y la pongo alrededor de mi cuerpo. Me sujeta de la cintura por la espalda y yo le quito las manos.

—No te burles de mí —le ladro. Estoy por darle un bofetón. Estoy enfadada como una mona y parece divertirse. Y el que le divierta me pone de mala leche—. Sandro, no te rías —amenazo. Pero el muy capullo me ignora. Y me está poniendo...—. Sandro, que te doy una hostia —le amenazo.

Se pone frente a mí y, jugueteón, me coge de las muñecas. Se está partiendo de risa mientras me ve la cara y forcejeo para soltarme. No quiero ni mirarlo. Aun así, él busca mis ojos haciendo el tonto. Se quiere poner ante mí, y yo como una loca lo esquivo. Oye, que no hay manera. Al final, tanto insiste y tanto hace el tonto que, aunque me agunto la risa, no puedo evitar imitarlo.

—Así me gusta, niña. Riendo estás más bonita —me dice con suavidad, sin dejar de sonreír.

—No me hagas la pelota, Sandro, y suéltame —le espeto para que deje mis muñecas libres.

—Ni hablar. Vi lo que le hiciste a Paco.

Ahora los dos reímos. La idea de su marcha es algo que me invade y me incomoda. Sé que ha dicho que volverá, sin embargo, temo que se arrepienta. ¿Por qué tanta prisa? Si algo tengo es intuición, y no me cuadra. Aun así, con el jugueteo se me pasa el enfado, aunque sigo mosca por su actitud. Lo beso en los labios y solo así me suelta las manos. Me cuelgo de su cuello y apoyo la cara en su pecho. Oigo su corazón. Me aprieta junto a él. No hablamos más del tema, excepto para indicarme que le mande por correo electrónico las incidencias y novedades de manera diaria. Confía en mí, pero es la primera vez que me quedo al frente sola, como directora de la sucursal.

Pasa la tarde en un suspiro y, aunque quiero retener el tiempo, no puedo. Decidimos cenar en mi casa y, una vez allí, hablamos otra vez de su viaje de ida y vuelta. Será rápido, según me explica. Después de la cena y una taza de café, nos acurrucamos en el sofá y vemos *Objetivo Casablanca*, arruinando la película con ideas ridículas de qué haríamos de ser Mike Bunny, o de ser el vicepresidente de los Estados Unidos de América. Divertidos, arruinamos el pobre guion sin parar. Después de la película, me empieza a rozar la cadera, bajando hasta el elástico de mis braguitas. Nos hemos puesto cómodos, eso significa que yo llevo una camiseta y bragas y él va en pantalón corto. Desde hace semanas tiene prendas de ropa por mi casa. Eso me hace sentir más segura.

La mano de Sandro se escurre por el lado de mi ropa interior hasta

tocarme los labios de mi sexo, abriéndolo con los dedos en busca de mi clítoris, siempre deseoso de su tacto. Suspiro sin moverme de posición, le abro más las piernas para que tenga mayor acceso. Sigue tocándome con las yemas de los dedos el interior que, ya húmedo, lo reclama. Me roza de manera insistente, y me doy media vuelta, quedando frente a él, un poco más abajo. Sandro se acomoda, y me sube la camiseta. Me roza los pezones y sonrío. Baja la cabeza y empieza a lamerme los pezones, presionando, apretándome la base de los senos. Lo que eran lametazos ahora son chupetones, los succiona y besa, juntándolos, metiéndose ambos en la boca para apretarlos. Me quita del todo la prenda y me deja en bragas. Con la punta de la lengua recorre mi escote desde el canalillo al ombligo, mordisqueando mi vientre. Se baja a la altura de mi pubis y me levanta las piernas, quitándome las bragas. Jadeo, deseosa de saber qué va a hacerme.

Me flexiona las piernas y me da un fuerte azote en las nalgas. Luego baja, abre los labios de mi mojado sexo e introduce dos dedos, mientras con la otra sigue abriendo los labios y acariciando mi clítoris, hinchado y excitado. Sigue introduciendo y sacándolos de manera acompasada y mecánica, metiendo un tercero que me hace estremecer y gritar. Con uno presiona la pared de mi vagina. ¡Qué sensación! Ha dado en mi punto caliente y lo toca cada vez que tiene oportunidad. Intento sujetarle las manos para que lo saque de ese punto, pues me enloquece, literalmente, pero él tiene más fuerza que yo, me aparta las manos y sigue penetrándome una y otra vez sin compasión, a pesar de mis sonoros gritos.

Sandro insiste en su saqueo a mi sexo sin tardar en arrancarme el primer orgasmo de la noche. Grito y grito como si la vida me fuera en ello, hasta que siento el placer desgarrar mi interior, saliendo a la luz. Extasiada y casi sin aliento, me sujeta de las caderas y me acomete con su erecto pene, ensartándome de un empellón. Chillo, para su deleite, por el gozo que me regala, cuando me arremete con su miembro, moviéndome al compás de sus ataques, haciendo que mis senos se sacudan de manera frenética al ritmo que mis sonoros jadeos. Sus embestidas son cada vez más firmes y rápidas, haciendo que clame pidiendo más y más. El segundo orgasmo va a llegar...

—Sandro..., viene... —Jadeo entre gritos.

Mi advertencia hace que acelere el ritmo hasta llegar a la cúspide de un clímax compartido. Se deja caer sobre mí, corriéndose fuera de mi cuerpo, y sudoroso besa mi hombro y cuello donde tiene escondido el rostro, recuperando el aliento, al igual que yo.

Decido darme una ducha, y para cuando salgo, se ha quedado dormido en

la cama. Lo miro desde el dintel de la puerta. Lo observo ensimismada en el pensamiento de si volverá pronto. La pena me invade al mirarlo y pensar en que va a marcharse. Decido no ser tonta, puesto que en unos días volverá. Me recuesto a su lado y cojo sus manos, pasándolas por encima de mi cintura. Me acurruco en su regazo. Quiero sentir su calor. En algún momento me duermo envuelta en su piel y aroma.

Ha amanecido y me despierto sola. Acaricio su lado de la cama con pesadez. Sandro se ha ido antes de que me levante y, aunque seguro que lo ha hecho con cariño, me molesta que no se haya despedido. Me doy una ducha y me arreglo, yendo al trabajo en moto, paso del coche de empresa.

Al llegar, atiendo las llamadas que me pasa Elena y los correos pendientes. En un par de horas o un poco más, ya estoy al día. Voy a almorzar con Javi, que me explica cómo está Mari, y que en breve le harán la amniocentesis y eso la pone nerviosa. Almuerzo un bocadillito de jamón serrano y un cortado, cuando me vibra mi móvil. Es un mensaje de Sandro.

Sandro:

Niña, estoy en Milán. Pórtate bien. Te llamo más tarde.

Y un corazón acompaña el texto. Sonrío sin remedio.

Alicia:

Yo siempre me porto bien.

Le respondo siguiendo el juego y con el texto le envío un emoticono de un guiño con corazón. Algo me tiene preocupada. Algo me dice que todo no está bien. Sigo con el trabajo. A pesar de haber cambiado de puesto y tareas, se me hace monótono. Decido ir a ver a Mari y paso la tarde con ellos. Son un encanto. Me reencuentro con Rosa, su hermana, a la que recordaba como un amor y lo sigue siendo.

Llegó a casa pasadas las diez. Piru está tirado en el sofá. Me ducho y al salir suena el teléfono. Es Sandro. El estómago me da un vuelco, por lo que descuelgo con impaciencia.

—¿Qué tal todo? —le pregunto con una sonrisa.

—Bueno —lo oigo en tono serio—, estoy intentando solucionar todos los temas. —Hay un incómodo silencio que él mismo rompe—. ¿Te estas portando bien? —me pregunta, haciéndome sonreír.

—Por ahora, sí... —le digo sugerente.

—¿Como que por ahora? —cambia su tono serio a otro más juguetón.

Hablamos un rato y le informo de las pocas novedades de la inmobiliaria. También le digo que la mudanza está casi completada, que faltan un par de detalles que ordenó modificar en la villa. Nos despedimos después de explicarnos cosas sin demasiada importancia. Cuelgo con la sensación de que

me falta algo, y una tristeza pegajosa se apodera de mi ánimo.

Después de la ducha, me tumbo desnuda sobre la cama. La brisita que entra por el balcón es perfecta. Cierro los ojos y veo su imagen por todos sitios. Me abro de piernas y toco mi ranura mientras con la otra mano pellizco mi pezón. Jadeo y me relamo mordiendo el labio inferior. Separo los labios de mi sexo con una mano y con la otra busco mi clítoris, que se ha humedecido al pensar en él. Me rozo con más intensidad, buscando que el orgasmo llegue cuanto antes y pueda relajarme para dormir. Me toco, me introduzco los dedos mientras sigo rozándome con la otra mano el clítoris. Me froto con firmeza de arriba abajo, mientras me voy haciendo penetraciones cada vez más rápidas.

Digo su nombre mientras saqueo mi propio cuerpo en busca de mi auto placer, moviendo las piernas sin cesar. El orgasmo no se hace esperar y aparece, invadiéndome. Me encorvo en la cama, mirando al techo, jadeante y sudorosa. Ya satisfecha, pienso en qué estará haciendo y en algún momento me quedo dormida.

Los siguientes dos días pasan sin que Sandro me envíe ni un mensaje ni una llamada. Primero creo que estará muy ocupado, después quien le mensajea soy yo y tampoco obtengo respuesta. Voy a trabajar tratando de justificarlo, aunque cada vez me cuesta más encontrarle explicación al hecho de que haya pasado de ser el hombre ideal a un ideal gilipollas. Al cuarto día de no obtener ni un mensaje, me llama por la noche.

—Sandro, ¿qué es lo que pasa? —le digo disgustada y sin ocultarlo, en cuanto descuelgo.

—He estado ocupado, Ali. ¿Qué tal todo? —me responde sin darle importancia a mi enojo.

—Todo normal, menos el hecho de que hayas pasado de mí —le ladro, enfadada.

—Ali, ahora no —añade con seriedad—, no ha sido fácil. Se me han complicado mucho las cosas. Ya te lo explicaré con calma cuando nos veamos. —Lo escucho en silencio. Si hablo, lo envío a tomar viento—. Se me ha retrasado todo, ¿no te ha pasado nada anormal?, ¿no ha ido nadie nuevo a verte a la inmobiliaria?

Sus preguntas me confunden y sorprenden.

—No. ¿Tenía que acudir alguien que yo no sepa? ¿Ocurre algo?, ¿está todo bien? —Ahora la que no calla soy yo.

—Sí, sí —me contesta impaciente, y con la evidencia de no querer dar

más explicaciones.

—¿Cuándo vuelves?

—Tengo el billete para mañana. Llegaré por la tarde, sobre las siete.

Eso me hace sonreír ilusionada, por lo que se me pasa el enfado.

—¿Voy a buscarte al aeropuerto?

—Mejor que vaya Felipe. Así puedo ir a mi dúplex, cambiarme y dejar el equipaje.

—Bueno... —le contestó con decepción—, pero ¿nos vemos para la cena?

Un silencio durante unos segundos me sientan peor que cualquier respuesta.

—Déjame llegar a Barcelona y, dependiendo de cómo esté todo, te veo esa noche o al día siguiente. —Ahora el silencio es por mi parte, y él lo nota—. Niña, haré lo que sea para poder verte, de verdad.

—Ok —hablo con decepción. Lo nota.

—Cariño, no te enfades. —El hecho de que me llame «cariño» por primera vez, suaviza mi desilusión—. Te prometo que haré todo lo que este en mi mano.

—Vale.

No estoy convencida, pero no quiero pelear, hablamos un rato sobre el trabajo y poco más. La verdad es que no me apetece alargar la conversación. Colgamos a los minutos mandándonos un besito. Al hacerlo, observo el teléfono y me siento triste. ¿Qué le pasa? Es más que evidente de que algo no va bien. Después de la conversación me cuesta conciliar el sueño. Intento leer, ver la televisión, y en algún momento de la madrugada me quedo dormida viendo *Hijos de la Anarquía* en el sofá.

Suena el despertador. Me duelen los huesos. Me siento como si hubiera dormido dos minutos, así que, desperezándome, me preparo un Cola Cao, pensando en que ya me beberé el café en el bar. Voy a la ducha y me pongo en marcha después de tomarme un ibuprofeno para poder afrontar el día. Cojo la moto y aparco de la misma forma de siempre. Siguiendo mi particular ritual, voy al bar, sentándome en aquel lugar solitario de la barra donde contemplo con perfección a través de las cristaleras la puerta de las oficinas.

Entra Elena. Miro el reloj. Aún quedan veinte minutos para ir al trabajo. Qué puntual que es. Me cae genial. A los minutos lo hace Javi, Luis y, como

un goteo, acceden todos menos yo. Cojo el monederito de mi bolso y empiezo a ojear si tengo calderilla para pagar el café.

Al levantar la vista hacia la oficina, veo a una alta mujer pelirroja. Preciosa, muy elegante. Me pregunto si he olvidado alguna reunión, así que me apresuro en pagar. Voy a salir cuando veo el imponente coche de Sandro aparcar en la misma puerta. Me quedo tan perpleja que dejo de contar la calderilla. No puedo apartar la vista de la situación. La mujer pelirroja parece conocerlo. Se acerca a él ¡y lo abraza! Un nudo se genera en mi estómago. Él la coge de los hombros, metiéndola en el coche, donde él también entra y se marchan. Tengo el corazón en la garganta y me arden los ojos. Hago lo imposible por no llorar. ¡Será hijo de puta!, me digo a mí misma. Al fin pago, cruzo la calle y entro en la oficina. Me encierro en mi sitio, cuando Javi entra después de llamar. Ni siquiera he contestado.

—Ali —entra ojeando unos papeles—, ha llamado... —Levanta los ojos y me mira con la vista perdida—. ¿Ali, qué te pasa?

—No me encuentro bien —atino a decir, desencantándome e intentando borrar aquella imagen de mi mente.

—Tienes mala cara. ¿Por qué no te vas a casa? —me ofrece—. No hay trabajo. Estamos a principios de agosto, la semana que viene cerramos. Vete hoy y descansa. Si ocurre algo te llamo.

Lo miro sin decir nada unos segundos. Lo miro y miro, y él sabe de sobra que algo me pasa.

—Sí, me voy a casa —termino diciendo.

Recojo mi bolso, sin ni siquiera abro el ordenador. Quedo en que Javi responderá a lo que sea más urgente. No puedo hacer nada, estoy en verdadero estado de *shock*. Me subo en la moto y llego a mi calle, poco después. No sé qué hacer. Quizá no debería haberme ido del trabajo.

Doy una vuelta a pie por mi barrio. Empiezo a agobiarme aún más por el calor, así que decido marcharme a casa. No tardo en entrar en mi portal. Me quito la ropa y la dejo en una silla cualquiera, seguidamente, cierro el balcón y pongo el aire acondicionado. Me tiro en el sofá y enciendo la televisión sin volumen. Ya tumbada en el sofá, las lágrimas acuden ansiosas a mis ojos. Lloro y lloro como si no hubiera mañana, momento en el que me suena el móvil. Es Mari, debe de haberle dicho algo Javi, aunque no puedo dejar de llorar, así que no lo cojo. Le envío en mensaje diciéndole que estoy bien y que luego la llamaré. Lloro durante horas y no encuentro consuelo. Entonces una idea me atraviesa. Me doy una ducha fría y rápida y me visto. Antes de salir



me llama mi amiga insistentemente. No tengo más remedio que contestar, no se merece ese trato.

—Hola, Mari —le digo en voz baja.

No quiero que note que he llorado.

—¿Qué pasa, Ali? —la oigo preocupada—. Me ha dicho Javi que esta mañana tenías cara de haber visto un fantasma. —Entonces sin remedio empiezo a llorar—. ¿Ali?

—Mari, esta mañana he visto a Sandro subir al coche con otra mujer e irse de la oficina... —Mari escucha en silencio.

—¿Y qué? —Esa respuesta me hace parar de llorar unos segundos—. Puede ser su hermana o una amiga, una visita de negocios tal vez.

Madre mía, esto es increíble, ¡lo excusa!

—No es nada de eso. Ella lo ha abrazado... —le digo entre enfadada y llorosa.

—¿Y él? ¿La ha abrazado él o la ha besado? —Me hace reflexionar—. ¿Has hablado con él? ¿Qué te dice?

—Yo no he hablado con nadie —le respondo molesta conmigo misma por adelantar acontecimientos—. Pero es que me dijo ayer que vendría por la noche y ha llegado y no me ha avisado. Y está muy raro, Mari. —Vuelvo a llorar.

—Ali... —me dice con paciencia—, te conozco. Tranquila. Habla con él.

Sus palabras me calman. Le prometo hacerlo y no tardo en colgar. Antes de eso, me ofrece que vaya a su casa, pero no me apetece. Le digo la verdad, voy a buscar un abrazo. No me dice nada. Colgamos con la promesa de hablar más tarde. Miro el móvil con el reto interior de si lo llamo o no. Lo llamo.

Suenan varios tonos y no me lo coge. Casi al borde de las lágrimas le mensajeo, pero tampoco contesta. Decido ir adonde tenía pensado, a buscar un abrazo de la única persona que sé que me quiere incondicionalmente. Mi tía. Al llegar a la residencia, la veo sentada en el banco de siempre, en el porche, frente al jardín a la sombra. Al verme, en lugar de sonreír, su cara se descompone.

—¿Qué te pasa, hija? —Me abre los brazos y me echo a llorar en su pecho—. ¿Qué te pasa, Ali?

Me acaricia el pelo. Entre sollozos le explico qué me ha pasado. Ella no

habla, solo me escucha. Apoyo mi cabeza en su regazo y me acaricia el pelo, mientras me recuesto en el banco.

—Tranquila pequeña mía, todo saldrá bien. Te lo prometo.

Sus palabras me tranquilizan como si fueran auténtica magia. Me sigue acariciando el pelo. Estamos en silencio. Mi respiración se normaliza y mis dudas se esfuman. No pienso en nada, me relajo y me quedo dormida.

Mi tía no mueve ni un músculo. Despierto a las dos horas, más o menos. Me incorporo, pero sigo entre sus brazos. Me besa la cabeza, dándome palabras de aliento y cariño. Voy a empezar a llorar de nuevo, cuando ella lo nota.

—Hija no llores más —me dice, acariciándome el pelo.

Me incorporo.

—Es que se ha ido...

No puedo reprimir alguna lágrima que, con su pañuelo blanco bordado, seca.

—Si te quiere, volverá —me dice sonriendo.

—¿Y si no?

—Vi cómo te miraba, hija. Te quiere. A veces los hombres necesitan un tiempo para aceptar que quieren a una mujer con todo su corazón. Confía en el destino, que si lo puso en tu camino es porque tiene motivos.

Me coge de la cara y me besa la frente. Yo le correspondo con un abrazo, aferrándome a ella. No puedo creer que tenga que marcharme otra vez y dejarla aquí. Cómo la necesito.

—¡Cómo te quiero! ¡Te quiero muchísimo!

En ese momento una sombra entorpece el sol de la tarde. Hace buena temperatura en el porche. Ella me aparta, girando mi cabeza, haciéndome ver el motivo del eclipse.

—¿Sandro? —pregunto dudosa, con una punzada en el estómago. Al ver que es él, me levanto y lo abrazo, olvidándome de que había decidido odiarlo —. ¿Cómo me has encontrado? —le pregunto sin despegarme de su pecho, cuando él me aprieta.

—Llamé a Mari —me explica—. Me dijo que te ibas a buscar un abrazo..., y lo entendí. —Me aparto de él y me besa los labios—. ¡¡Te he llamado más de mil veces!! —me dice angustiado—. Me tenías preocupado.

—Frunzo el ceño. Miro el móvil que llevo en el bolsillo del vaquero. Efectivamente, hay unas veinte llamadas perdidas. Pero la imagen en la que se va con la pelirroja no se me va de la mente, la tengo grabada a fuego—. Sé que solo tenías a tu tía y a tu primo..., y ahora a mí. —Esa frase me despierta de mis pensamientos. Voy a decir algo, pero no puedo, los sollozos me interrumpen—. ¿Qué ha pasado, niña?

Quiero explicarle lo que he visto, sin odiarlo, sin embargo, no sé si seré capaz.

—Esta mañana..., te vi parar con el coche en la oficina y recoger e irte con otra mujer...

Suspira y se me escapan los sollozos. Ahora ya no puedo contenerlos.

—Me viste... —susurra—. ¿Por eso me llamaste por la tarde? —Asiento—. Puedo explicártelo —me contesta muy serio. Me lleva a un lado, a otro banco. Quiere intimidad. La luz del día empieza a desaparecer y no creo que tarden en concluir la hora de visita—. La mujer que viste es Francesca —empieza a explicar—. Estuve prometido con ella unos cuatro años. —Una punzada atraviesa mi corazón. Mi estómago se encoge, pero consigo mantener el tipo y escucho—. Hace unos meses lo dejamos definitivamente. En marzo. Sin embargo, me amenaza con arruinarme la vida... —Asiento, asimilando todo lo que me cuenta—. Ahora que sabe que estas en mi vida, fue a por ti, para explicarte mentiras, para agobiarte.

Voy asistiendo con la cabeza.

—¿La quieres? —le pregunto con la barbilla arrugada y conteniendo un puchero y un llanto.

—No —me contesta enseguida y firme. Eso me tranquiliza un poco—. Un año antes de dejarlo habíamos roto tres veces más, la última en noviembre. Lo retomamos en enero y solo duró hasta el mes de marzo.

—Si no la quieres, ¿por qué volviste con ella?

La duda hace que al cerrar los ojos las lágrimas broten. Él lo nota y veo en su mirada la culpa.

—Porque quiso quitarse la vida dos veces. No la amo, pero me sentía culpable. Esa es la verdad, Alicia.

—¿Y si lo hace de nuevo?, ¿volverás?

Mi corazón quiere ignorarlo, pero mi mente quiere, necesita, saberlo.

—No. —Suspira secándome las lágrimas con sus dedos—. He entendido

que no es la solución. No la quiero, y no puede chantajearme. Ni si quiera con su propia vida.

Asimilo lo que puedo.

—No la quieres. ¿Te la llevaste para protegerme? —concluyo algo dudosa.

Sin embargo, ahora asiente él. Lo abrazo y empiezo a llorar en su pecho sin poder evitarlo. El nudo en la garganta es insostenible.

—No llores, Alicia. No llores, mi niña. Yo no te mentiría —me dice acariciándome el pelo.

—¿Por qué no me lo contaste? —le pregunto sin salir de su pecho.

—Porque tenía miedo de que no me creyeras.

Me separo de él un momento. El hecho de que pueda tener miedo a algo me recompone en cierta manera, también él teme perderme.

—No vuelvas a ocultarme nada —le pido con los ojos anegados en lágrimas.

—No lo haré nunca más —me asegura, y lo creo. Me seca las lágrimas y me abraza—. Vámonos —concluye, levantándose del banco, y es entonces cuando dirijo mi mirada a mi tía. Me da el llanto otra vez. Tengo que dejarla—. No llores más hoy. —Me sonrío, cogiéndome la cara—. He hablado con tu primo y con la residencia, nos llevamos a tu tía algunos de tus días de vacaciones. En la villa hay sitio y ya está acabada.

Lo miro sonriendo y maravillada. Me acaba de ganar. Lo abrazo con fuerza. Voy emocionada como una chiquilla a contarle a mi tía lo que me ha dicho. Se pone loca de contenta. Las chicas de residencia le han hecho una bolsa con ropa. Qué majas son. Mi tía sonrío y sonrío. Creo que es una de las pocas veces que sale de ahí en años. Aparte de que Joan se la lleva unos días en verano.

Sandro va a por las bolsas de mi tía, mientras la ayudo a llegar al coche. Anda de manera autónoma, pero le hace falta apoyarse en mi brazo. Me va besando por el camino. Pienso que me comeré a besos a Sandro en cuanto tenga oportunidad. Sabe que esto es muy importante para mí. Mi tía y yo estamos locas de contentas.

El hecho de que en unos días sea mi cumpleaños y de mi tía, lo hace perfecto. El trece de agosto es el cumpleaños de ambas. Siempre hemos sido la anécdota de la familia. Lo celebrábamos juntas. He creído que es un bonito

capricho del destino el que dos almas gemelas como las nuestras nacieran el mismo día. Faltan unos días y lo pasaremos fuera de allí.

Llegamos a la villa y mi tía solo repite: Pero ¡qué bonito es esto! Nos miramos y sonreímos. Ella sí que es bonita. Al llegar, Sandro nos acompaña a lo que será su dormitorio. Está precioso y no sé de dónde ha sacado una foto de ella y mía que está en la mesilla de noche. Hay otra en la cómoda. Está mi madre, ella, Joan y yo. Esa foto la reconozco. No sé cómo, pero tengo la misma en casa. Yo en mi casa y Joan en la suya. No le doy importancia porque me encanta ese pequeño detalle. Mi tía pasa y la coge. Se la pone en el pecho y nos mira. Vamos hacia ella y nos abraza diciéndonos «gracias», sin descanso. El «gracias» más sincero que he oído jamás y me llena el corazón y el alma. Está cansada, así que le decimos que baje a cenar en unos minutos y así podrá descansar después. La dejamos sola, para que se instale, y al salir me cuelgo del cuello de Sandro.

—Gracias. —Le sonrió al mirarlo.

Gesto que el me devuelve.

—Faltaría más, mi niña —me contesta, besándome los labios.

Para mi sorpresa, o no, tiene una señora que está haciendo la cena. Huele de maravilla. Estamos sentados en el porche cuando nos avisan que la cena está a punto. Lo haremos en el jardín de atrás, al lado de la piscina. Con las luces de colores. Cuando mi tía está sentada, contempla maravillada las luces. Las observa sonriendo, alucinada. Yo sonrío al ver la cara de júbilo que tiene.

Cenamos melón con jamoncito y, de segundo, pescado. Creo que es bacalao. Aunque mi tía adora el jamoncito y el melón y repite, y pasa del segundo. Los postres, como no, de chocolate. ¡Qué ricos! Menos mal que no es diabética y disfruta igual o más que yo con el vicio. Un café, descafeinado para ella, y una tertulia preciosa sobre el todo y la nada de la vida. Parece que le han devuelto la ilusión y charla y charla jovial. Reímos de anécdotas que vamos contando y ella cuenta cómo era yo de niña, vamos, un trasto, a lo que Sandro escucha embelesado y sonriendo. Cuando decide retirarse cerca de la una, la acompaño. Está agotada pero feliz. Al bajar, Sandro me espera con una copa de *whisky*. A mí me ha puesto un rico mojito.

—Gracias, Sandro. Esto significa mucho para mí —le digo, sincera—. Le hemos devuelto la vida y la ilusión, y gracias a ti.

No me corto un pelo y lo abrazo, a lo que él me corresponde. Lo abrazo con gratitud eterna y él lo nota, dándome un beso, finalmente.

—¿Estas bien? —me pregunta, mirándome.

—Estaba preocupada. Creía que yo había pasado a la historia... — confieso.

—¿Tú a la historia? —Sonríe—. Tú eres mi historia —me dice y me da el beso más dulce de mi vida en los labios.

¡Ains, qué tonta! Tocada y hundida. Me acerco a sus labios y empiezo un beso apasionado que sé cómo acabará. Sin embargo, me coge y me sienta a horcajadas sobre sus rodillas. Esta vez soy yo quien recorre con mi lengua su cuello. Subo y le chupo el lóbulo de la oreja. Bajo poco a poco por su garganta, dibujando un camino con mi ardiente lengua. Me detengo en el primero de los botones de la camisa y lo desabrocho uno tras otro para dejar al descubierto su poderoso pecho, al que de un tirón le retiro la ropa. Sigo bajando. Me resbalo en sus piernas hasta dejar mi rostro ante su miembro, ya deseoso por salir de sus pantalones. Lo desabrocho y sale su pene erecto. Lo acaricio. Lo lamo desde la base a la punta. Lo chupo al llegar al glande, introduciéndomelo en la boca. Profundizo. Lo meto casi entero y succiono. Oigo su gemido de placer mientras me revuelve el pelo y acaricia mi cabeza. Lo meto y saco de mi boca, jugueteando con la lengua en el glande, besándole la base, volviendo a subir con mis labios... Noto que su respiración se acelera y jadea, relamiéndose los labios. Lo miro desde abajo. Le gusta. Con una mano me indica el ritmo y profundidad. Me empuja la cabeza y accedo. Está al borde del orgasmo cuando me detiene, se levanta, me pone de espaldas a él, baja mi pantalón y mis bragas con impaciencia y, de un solo movimiento, me ensarta.

¡Uuuf, qué delicia!, estoy ardiendo. Grito. Me sujeto a los brazos del sillón donde estoy apoyada y los aprieto con fuerza. Él me azota de vez en cuando mientras me introduce una, otra y otra vez con su pene, grueso y grande, que tanto me hace sentir. Me da un par de azotes más que me pican por la fuerza que emplea, pero que cada vez me excitan más.

Me mueve con fuerza hasta que consigue que chillé. De las caderas me empuja y separa a su gusto hasta que el clímax se apodera de nosotros en un orgasmo más que compartido. Se aparta de mí para que su jugo de vida salga de su cuerpo. Yo me deslizo hasta caer arrodillada, apoyada en el sillón. Me es imposible tenerme en pie. Estoy temblando.

Me recoge del suelo y para mi sorpresa me quita la camiseta. ¿Es que no ha tenido suficiente? ¡Este es peor que yo! Sonríe a mí misma. Me despoja del sujetador, me mira los pechos y pellizca mis pezones. Me retiro los

pantalones y las bragas. Estoy completamente desnuda ante él. Como le gusta. Como me gusta. Me toca el culo y se acerca a mí, lamiéndome los senos para subir a mi cuello.

—Vamos a la piscina —me pide, ronco.

«Bendito lugar», pienso.

Bajamos al agua, donde me coge por la cintura y correspondo rodeándole la suya con mis piernas. Me sujeta los pechos y me los lame, chipando mis pezones. Me estruja uno mientras se deleita con el otro, y cambia. Juguetea con su lengua. Hace círculos alrededor de ellos, lamiéndolos con firmeza. Me extasía. Echo la cabeza hacia atrás y dejo que el agua moje mi melena y parte de la cabeza.

«Mmmm... Me encantas», le digo en silencio.

Sigue con sus jugueteos sobre mi pecho cuando empiezo a gemir. Se acerca a un borde y me sienta. Me abre de piernas y me acerca a él, dejando las rodillas flexionadas sobre sus hombros, y mi sexo en su dulce boca. Me recuesto. No tardo en sentir cómo abre los labios, y noto su lengua ardiente sobre mí clítoris. Lo lame arriba y abajo. Mete la lengua y siento cómo la nariz está en mi sexo y respira dentro de mí. La saca para saquear el clítoris de nuevo. Lo succiona y juguetea. Mete dos dedos empezando a presionar el punto de mi locura, mientras me sacudo y grito su nombre medio incorporada, me lame el sexo, lo muerde y succiona, y me tiene que ir recostando. Me cuesta mantener la postura.

Me saquea y saquea presionando el punto de mi interior que tanto me enloquece. Grito y grito sin importarme nada más que ese momento, y él no se detiene. Mi cintura explota por retorcerse. El orgasmo de mi interior lucha como un león por salir. Y lo hace como un volcán en erupción.

—Sandro, para, he de recuperar aire —ruego, pero sigue—. Sandro, déjame respirar...

Pero continúa, aunque quiero apartarme para tomar aire, por una parte, mientras que la otra de mí sueña con que esa dulce tortura sea eterna. Sigue con los dedos. Otro más. Mete uno por mi ano. Se enciende al ver que me deshago en fluidos y sudor. Grito de placer su nombre, temblorosa porque el cuerpo y sentido no me dejan más fuerzas. Otro orgasmo llega y chilló al borde de la locura. Me baja al agua. Estoy totalmente en sus manos. Me gira y mete dos dedos en mi ano, sin dejar de estimular mi clítoris. Entonces su erección pasa a mi ano, que, estrecho, lo recibe, mientras él intenta ser suave. Lo introduce y saca un par de veces, pero me duele un poco. Se lo digo y lo

retira enseguida diciéndome:

—Tranquila, niña.

Me lo introduce por la vagina, desde detrás, y me cabalga hasta que llego al cuarto orgasmo de la noche, él al segundo. Me besa y besa. Salimos del agua y me cubre con una toalla, para, finalmente, recostarse en una hamaca. Sobre él, reposo mi cabeza en su pecho, oyendo el galope de los latidos de su corazón. Me sonrió. Acaricia mi pelo y la piel que me queda al descubierto por las toallas y, en algún momento, caemos en las manos de Morfeo.



Son los últimos días antes de irnos de vacaciones tres semanas en agosto, y hace un bochorno horroroso. Mi tía se queda con nosotros más días, Sandro ha convencido a Joan. Si es que es una maravilla de hombre.

Estoy casi instalada en la villa. Sandro se niega a que me vaya, y disfruta viéndonos por las tardes pasear juntas en los jardines cuando se va el sol. Vamos hasta el estanque. Sandro hizo poner un precioso banco de forja y madera donde nos sentamos una al lado de la otra y hablamos un buen rato, después, subimos de nuevo al porche. Es como un ritual, y ella está encantada. Hay un balancín grande a un lado del porche. Allí se sienta hasta el anochecer antes de cenar. Después hace un café descafeinado y se toma un chupito de anís, animada por Sandro. ¡Qué mujer! Creo que es la época más bonita de mi vida desde hace años. Joan decide llevársela de vacaciones a Murcia unos días, y eso coincide con una sorpresa. Ya hemos cenado y está descansando. Por fin se acaba el trabajo. Mañana es sábado, pero no vuelvo hasta dentro de tres semanas.

—Ali, mañana me marchó otra vez a Italia —deja caer como una bomba.

Otra vez. ¿Es que me lo tiene que decir así?, ¿de golpe? La puñalada en el estómago es idéntica a la anterior vez, cuando me dijo que se iba.

—¿Por qué no me has avisado? —Esto parece un *déjà vu*.

—Porque no lo sabía. Serán unos días, después vendré y pasaré el resto de las vacaciones contigo —dice para que me recomponga, sin éxito.

—Justo ahora que empezamos las vacaciones...

Le hago un puchero, pero no le da pena. Él sonrío.

—Lo sé, niña, pero tengo que irme —quiere excusarse—. Serán tres o cuatro días. —Le quiere quitar importancia, pero no lo dejo—. Creo que para el martes estaré aquí. Tú no te muevas de la villa.

Ahí me ha dado. Sonrió por dentro. ¡Claro que no me muevo!

—¿Es por Francesca? —le pregunto con una punzada en el corazón y rezando para que no lo sea.

—No —asegura—. Mi padre está delicado. Quiero verlo y tengo una reunión con japoneses que se ha adelantado de septiembre a ahora.

Voy asintiendo con la cabeza a sus explicaciones. Sale a flote mi yo bebé y

el sonrío cuando le pregunto:

—¿No puedo ir contigo?

—Ojalá, niña. —Me besa la frente—. Pero prefiero llevarte de vacaciones tranquilo y no dejarte en mi casa mientras estoy dando tumbos por Italia, haciendo negocios. —Asiento, aunque me parece una vil excusa. No digo nada. Él lo nota—. No te enfades, *piccola*<sup>1</sup>. —Me hace gracia como me llama. Sonrío aún sin querer—. Te compensaré. Y en cuatro días estoy aquí.

Me abraza y no digo nada. No tardamos en irnos a dormir. Estoy disgustada y lo sabe, evita la conversación. Con la noche de sexo que hemos tenido tan increíble y estoy plof. Ya en su cama, él se duerme con rapidez. Me da rabia. ¡Cómo puede dormir! Yo tardo más. No me gusta que se vaya a Italia. Se que verá a Francesca la loca, y sinceramente la he visto. Es preciosa, es de temer. Ya se han querido. Y dicen que donde hubo fuego, cenizas quedan.

Cuando me despierto, la luz del alba entra por los ventanales inmensos de la habitación principal donde dormimos. Me sorprende al ver que está despierto, vistiéndose. Me incorporo, desnuda entre sus suaves sábanas. Ojeo el móvil que se está cargando en la mesilla de noche, comprobando que son las seis y cuatro de la mañana.

—¿Te vas ya? —le pregunto aún somnolienta.

—Sí, niña. El vuelo sale en dos horas.

Se abrocha la preciosa camisa celeste que resalta sus ojos de color esmeralda. Sé que estoy enfadada por su marcha, pero mi lado inocente sale a relucir, y no duda en preguntarle:

—¿Tan temprano? ¿Te llevo?

Se gira para mirarme, sé que le gusta. Inclina su cuerpo para besar mis labios.

—No, mi amor. —«Mi amor». Noto unas mariposas en el estómago cuando lo oigo—. Tú descansa.

Aunque deseo ir y besarlo en el aeropuerto al estilo *The Bodyguard*, no insisto. Sé que también necesita espacio, y se lo doy. Me siento en la cama, observándolo.

—Por favor, ¿me llamarás?

—Claro que te llamaré, niña.

Me sonrío acabándose de vestir. Coge una maleta de mano. «¡Oh no! Se va ya...», siento ganas de llorar, pero me controlo.

—Me voy. Pórtate bien, eh... —Eso me hace reír.

—¿Y si no lo hago?

Me inclino y lo beso los labios, pícara. Sonrío.

—Tú pórtate bien y tu culito seguirá intacto... —Oír eso me pone caliente. Me besa los labios y la nariz, para después incorporarse—. Te llamaré cuando llegue.

Asiento con la cabeza, viendo cómo sale del dormitorio. Me dejo caer en la cama, tumbándome y Morfeo vuelve a conquistarme.

Me siento muy sola sin mi tía. Y para postres, Sandro tampoco está. Decido ir a comer con Mari que lleva días insistiendo en que salga con ellos. Antes de ir eso quiero pasar por mi casa, coger algo de ropa y ver a Piru. Pienso que así estaré entretenida y pensaré menos en Sandro. Tengo la moto en el garaje de la villa, y la cojo para llegar antes.

La verdad es que casi no hay tráfico. La dejo en la puerta de mi portal y subo. Saco las llaves del bolso y, cuando voy a abrir la puerta, me da un vuelco el corazón. La veo abierta. Mi corazón va a mil. La cerradura esta forzada y la puerta entreabierta. Le termino dando un empujón y el corazón me sube a la garganta sin saber si hay alguien. En este momento no lo pienso. Entro. Esta todo revuelto. Los cajones por los suelos, mi ropa esparcida por todas partes. Voy corriendo a la cómoda de mi dormitorio. En el primer cajón hay una cruz de oro y nácar pequeña muy particular, unos pendientes y los anillos de boda de mis padres. La cruz y los pendientes eran de mi madre. Las lágrimas vienen a mí cuando veo que no están. Era lo único que me quedaba de ellos.

—Alicia —me llama alguien y correspondo con un salto y medio infarto.

—Juan, me ha asustado... —le confieso con una mano en el pecho.

El hombre tiene la cara desencajada. Pobre.

—¡Ay, hija mía! ¡Te han robado! —me dice con un tremendo disgusto y con Piru en los brazos.

—Me han robado, sí... —Aún estoy en shock.

—Hay que llamar a la policía —concluye, mirando a su alrededor, y con razón.

Asiento.

—Juan, ¿ha visto o escuchado a alguien? —le pregunto a lo más estilo detective, por si puede ayudar a la policía.

—No he visto nada raro. Solo a un hombre alto marcharse con una mujer pelirroja. He pensado que eran amigos tuyos... —Niega con la cabeza, al borde de las lágrimas—. Nada más.

Abro los ojos como platos. ¿La pelirroja puede ser Francesca? ¡Será loca! Si es ella le arranco la cabellera, lo juro. Intento asimilar lo que Juan me está

diciendo.

—Me dice que una pelirroja y un hombre salía de mi casa...

Recapitulo para que me explique lo que recuerda. El hombre se queda pensativo.

—No los vi salir de tu casa —se sincera—, los vi venir de la parte de tu rellano. Tampoco los vi entrar. Lo siento, Alicia —se lamenta, con pena.

Niego con la cabeza. A lo mejor la pelirroja venía a verme y da la casualidad de que me roban, qué sé yo, no me quiero emparanoiar, pero sea lo que sea estoy con los nervios de punta pensando en que, si pilló al que ha sido, sea pelirroja o rubia platino, me los cargo.

Llamo al 112, y la policía se presenta en casa de veinte minutos. Me dicen que tengo que denunciar en la comisaría, para que acuda en cuanto esté más calmada. Hacen un acta de daños y me comunican que al día siguiente irán a tomar huellas.

Me echo las manos a la cabeza. Me preguntan qué me falta. Solo he notado eso, pero caigo en el portátil. Es viejo y casi no lo uso. Estaba a punto de comprarme uno nuevo, menos mal que aún no lo hice. No está. Tampoco la *tablet*. En principio nada más, pero no lo sé.

Finalmente, Juan me dice que acuda a su casa para calmarme un poco, mientras ve la televisión con mi gato en el regazo, el cual parece estar encantado de su compañía. Llamo a Mari para avisarla de que no iré. Le explico lo que ha ocurrido y se presenta con su incipiente barriga en cosa de media hora con Javi. Juan nos invita a café. Cuando la veo, no puedo evitar las lágrimas. Me abraza, mientras Javi se queda esperando a que venga el cerrajero y cambie la cerradura.

Le explico a Mari con pelos y señales todo, mientras nos tomamos una horchata en la cafetería de abajo, por insistencia de Javi. Lo de Francesca, los días en la villa. Y como resultado tengo a mi amiga flipando. Me dice que llame a Sandro y le cuente lo que ha pasado, pero yo no sé qué hacer.

—No quiero acusar ni señalar a nadie sin saberlo con seguridad, Mari.

—Lo sé, nena. Obvia lo de la loca si quieres, pero dile lo que te ha pasado. Y que a tu vecino le pareció ver a una pelirroja. No digas nada de Francesca. Sandro no es tonto.

Asiento sorbiendo la horchata. ¡Qué fresquita! Y qué bien entra. Intento evadirme durante unos segundos. Quizá tiene razón y he de llamarlo. Trato de

desviar la atención del robo y pregunto qué tal va el embarazo, cómo se encuentra y dibuja la sonrisa más grande que he visto en mi vida.

—Tenías razón, Ali —me dice sin que la entienda.

—¿En qué? —Frunzo el ceño mientras sorbo horchata con la pajita.

—Es una guerrera.

—¡Ya lo sabía! —La cojo de las manos, emocionada—. ¿Cómo la vais a llamar?

—Sandra. —Sonríe al decírmelo, y yo no puedo evitar una carcajada—. Javi le está muy agradecido a Sandro por todo. Le cae genial —me explica—. Juré a Javi que le esperaría para decíroslo, pero no puedo... —me dice en voz baja.

—¿El qué?, ¿el nombre?

Me muero de ganas por saber de qué me habla.

—Queremos que seáis los padrinos de nuestra pequeña.

Una punzada me atraviesa el estómago, pero esta vez es felicidad en estado puro. Me emociono.

—No llores. —Me da un pañuelo y se ríe de mí—. Y no le digas a Javi que te lo he contado.

Se pone el índice en la boca. Río. No sabe guardar un secreto.

—Será un honor —las palabras me salen al fin.

—Esperaremos que Sandro regrese a casa para hacerlo oficial, hazte la sorprendida, Ali, o Javi me mata.

Las dos reímos. El robo acaba de pasar a otro plano. Qué facilidad tengo para olvidarme de esas cosas. Javi baja un rato después. Pobrecillo, se ha tragado toda la espera en la escalera con este calor. Menos mal que en el portal se está fresquito. Me da las llaves nuevas.

—Ya está —concluye orgulloso y se sienta con nosotras. Pidiendo una caña.

—Gracias.

Me levanto y lo abrazo, a lo que él me corresponde. Nos sentamos en la terracita y así estamos un buen rato charlando. Se me olvida todo durante un rato, y lo agradezco. Lo necesito. Me convencen para ir a comer de tapas. Mejor, a ver si así se me pasa el disgusto del todo. Al final, robos aparte, será

un día de lo más entretenido.

Llega la noche y me dejan en la puerta de casa, así que voy a la villa en moto. Me despido de ellos dándoles mil gracias y un millón de abrazos. Al final no he cogido ropa. Decido, mientras conduzco la moto, que iré a buscarla mañana cuando la policía se vaya. Al llegar, aparco en el garaje.

Echo a mi tía de menos, pero estoy segura de que Sandro se las arreglará para hacer que pasemos nuestro cumpleaños juntas. Sin pensarlo dos veces, cuando entro, me desnudo y me tiro al agua de cabeza. Nado un rato y floto a la deriva. Qué relax. Me acomodo mientras miro las estrellas. Decido que lo llamaré para contarle lo que ha pasado. No sé nada de él y esta es una buena excusa para llamarlo. Al salir cojo una de las flamantes toallas blancas de la hamaca y me envuelvo en ella. Sujeto el móvil y tecleo.

—Hola, preciosa —me dice al descolgar con esa voz que me vuelve completamente loca.

—Hola, Sandro. —Sonrío—. ¿Qué tal va todo? —le pregunto sin saber muy bien cómo abordar el tema.

—Muy liado con reuniones —resopla al contestarme.

—¿Eso es un resoplo? —bromeo amenazante—. A ver si te voy a tener que castigar y dar unos azotes... —comento con sugerencia.

Suelta una sonora carcajada que me hace sonreír. Oír cómo se ríe y es de mis cosas favoritas.

—No he resoplado —se excusa riendo—, he suspirado fuerte. Como los hombres.

—Ya.

—¿Qué tal tú?, ¿me echas de menos?

Pone ese tono lobuno que tanto me enloquece.

—Por supuesto. Sandro...

Mi tono cambia. No sé cómo decirle el marrón del robo. Noto que se sobresalta, así que decido decírselo sin rodeos:

—¿Qué te pasa, Ali?

—Han entrado a robar en mi casa...

—¿Estabas tú allí? —no me deja acabar el relato.

—No —le contesto con rapidez, para que no se preocupe.

—¿Estas bien?

No me deja hablar.

—Yo estoy bien —oigo que suspira aliviado—. Pero me han robado unas cosas de mis padres...

Se me hace un nudo en la garganta al recordarlo. Aún recuerdo cómo tocaba la cruz que mi madre me regaló, lo hacía mientras estaba en clase, cuando veía a Toni, un chico que me gustaba, o cuando me ponía nerviosa por cualquier cosa. Me hacía sentir segura, y ahora no la tengo.

—Lo siento mucho, niña —me dice pesaroso—. Lo importante es que tú estés bien. Tienes su recuerdo, eso no te lo pueden robar. Asiento y me aguanto el sollozo, aunque lágrimas corren por mi rostro—. ¿Ya has denunciado?

—No, tendré que ir mañana temprano.

—No quiero que vuelvas a tu casa por ahora.

«Ya está mandando», pienso mientras miro el móvil.

—Mañana tengo que volver porque va la policía a tomar las huellas —explico—, y tengo que recoger todo ese desorden.

—Cuando se vaya la policía te vas tú. Ya lo arreglaremos cuando regrese —me dice, o más bien me ordena.

—No, Sandro —me niego. Se oye silencio al otro lado—. Tengo que ir a ordenar las cosas. Además, no tengo miedo.

—Alicia, no quiero que estés sola en tu casa hasta que yo vuelva —me vuelve a ordenar—. Pondremos alarma y podrás ir cuando quieras, pero mientras tanto no vayas. ¿Entendido?

—No voy a dejar mi casa así, Sandro.

El silencio se extiende por los dos.

—Le diré a Felipe que esté contigo mientras lo ordenas.

—No quiero a nadie mirándome mientras doblo mis bragas.

Me estoy enfadando, y él también lo hace.

—Y yo no quiero que estés sola.

No quiero que discutamos estando lejos.

—Sandro, en cuanto se vaya la policía lo ordeno y me voy hasta que



vuelvas, ¿vale?

—Vale. —Cede de mala gana—. No volverás a entrar hasta que yo llegue.

—Muy bien. ¿Cuándo vuelves? El martes, ¿no?

Cambio de tema.

—Me temo que al final no podré volver el martes.

Joder, ¡qué día!

—¿Por qué? —Ahora quien no lo deja acabar soy yo.

—Porque se me ha complicado. Llegaré a finales semana .

—¿Tanto?

Soy consciente que me quejo como una niña pequeña, pero no puedo evitarlo.

—Lo siento, Ali.

—¿No te puedes escaquear? —le pregunto, aun sabiendo que estoy acabando con su poca paciencia—. ¿Es por Francesca? —le digo, desclavándome el puñal del corazón.

—No, Alicia, no —me contesta tajante—. No es por ella.

—¿La has visto?

Quiero saber si está en Italia.

—No. —Creo que confunde mi interés y se está molestando—. Si quieres saberlo me ha llamado y me ha dicho que mañana por la noche quiere verme para darme unas cosas. Supongo que habrá encontrado algo mío en su casa. No te enfades, no le des importancia.

No digo nada. Si lo hago me arrepentiré. Ya se me ocurrirá algo.

«¿Que no le de importancia? Si lo tengo delante lo corro a hostias», me digo en silencio.

Nos despedimos sin tocar mucho el tema de mi piso, de su vuelta y de la loca. Ninguno de los dos queremos discutir, lo noto. Mejor dejarlo así. Cuelgo y tiro el móvil en la hamaca. Mañana será otro día.

Al día siguiente decido ser positiva y que nada ni nadie me afecte. Me dirijo a mi casa para abrir la puerta a los agentes de la policía. Cojo el coche, no me apetece nada ir en moto, y ahora en agosto, en mi barrio hay sitio porque está todo el mundo fuera de vacaciones. Todo el mundo, menos yo.

Aparco sin problemas y subo al piso. La policía llega y hace su trabajo en un par de horas. Me dicen que tengo que conseguir facturas de las joyas y presentarlas en comisaría. La verdad es que son muy majos y serviciales.

Miro a mi alrededor. Todo está fatal. Me pongo música a toda leche y manos a la obra. Antes de las tres de la tarde, lo tengo resuelto. Miro a mi alrededor y solo veo recuerdos con Sandro. Me trae de cabeza este maldito mandón. «¡Yo quiero que vuelva!», me digo controlando mi propia pataleta.

Me siento en el sofá y pienso unos minutos. Qué de cambios ha dado mi vida en unos meses. Hasta mi pisito parece diferente, más alegre. Poco a poco hay colores más claros por todos sitios y fotos nuestras. Un momento. Falta la foto de Sandro y mía en la villa. La imprimí y la puse en el mueble. ¿Se la habrán llevado? No me quito de la cabeza que quizá la pelirroja está más loca de lo que piensa él. He obviado lo que vio Juan. Que la Loca no juegue conmigo, porque si ha sido ella... Está todo recogido. Después de que Sandro me diga que a lo mejor ve esta noche a Francesca, no sé si volver a la villa.

Abro el balcón para que Piru se pasee y veo cómo en el edificio de enfrente, la terraza del ático tiene una barbacoa montada con una fiesta de miedo. Joder, qué bien se lo montan. Una idea sacuda mi cabeza y decido hacerle una úlcera a Sandro. A lo mejor ve a Francesca, pero la va a ver con otra imagen en la cabeza.

Me desnudo.

Ni corta ni perezosa salgo al balcón. Y me hago un vídeo de unos ocho segundos, en los que se ve con claridad la gente de la barbacoa tras de mí, mientras saludo a Sandro.

—¡Hola mi amor! ¿Cómo está el tiempo por allí? Aquí, mucho calor. — Me doy aire con la mano, mostrando el resto del cuerpo. Que no le quepa duda de que estoy en pelotas—. No te enfades, no le des importancia. Tengo mucho calor —termino diciendo y le tiro un beso con la mano.

Le envió el mensaje, aunque por un momento me arrepiento, y luego me sonrío.

«Jódete».

La verdad es que hoy hace un calor de mil demonios y al entrar cierro el balcón. Pongo el aire acondicionado y me tumbo en el sofá como vine al mundo. Me hago una pizza congelada para comer y me tumbo de nuevo como si no hubiera mañana. La noche anterior dormí mal, dando vueltas a la cabeza por culpa de Sandro y a la Loca, así que me he quedado dormida no sé cuánto rato.

Aporrean a la puerta y me doy un susto de muerte. Ya ha oscurecido. ¿Cuánto he dormido? Miro el balcón y supongo que es Juan. Piru está dentro. Abro la balconera y veo que el gato se va al otro lado.

—Juan, ya está —digo mientras me envuelvo en una toalla para abrir y decirle al bueno de Juan que el gato ya está en su casa.

—No soy Juan —me dice Sandro.

Está apoyado en el marco y tiene cara de cabreado.

—Sandro... —murmuro mientras entra y cierra la puerta tras de sí.

Estoy flipando y por dentro loca de contenta. Ali, uno; loca, cero.

—¿Qué coño hacías desnuda en el balcón? ¡Y por qué me abres con una mísera toalla! —me dice con los ojos inyectados en sangre.

Buf, qué cabreo trae! Le sonrío y me cuelgo de su cuello.

—¡Has venido! —No puede reprimir una sonrisa—. Te quedas ya, ¿no? —le pregunto, apartándome de él un momento.

Por muy enfadado que esté, no puede evitar esa media sonrisa de lado.

—¿Cómo me voy a ir? Cada vez que me voy, la lías —me riñe—. Sabes que esto tiene consecuencias, ¿no? —Asiento con la cabeza. Uf, qué noche me espera. Mi sexo late—. Quiero que me esperes en tu dormitorio, a oscuras, con medias, tanga y tacones. De cara a la pared. No te muevas, o será peor —advierte—. Y prepárate.

Ya estoy caliente. Mis pezones están erectos. Le doy un fugaz beso en los labios y me voy. Cuando me doy la vuelta para marcharme, azota mi culo con cariño. No sé si aguantaré a que venga sin tocarme. Estoy tan excitada... Me visto como me dice, y me coloco en la posición que me ha ordenado.

Mi amor ya ha llegado.

Pasan por mi mente toda clase de ideas y pensamientos. ¿Qué pasará con Francesca?, ¿ha entrado ella en mi casa?, ¿se ha llevado mis cosas? Si es

así... , agárrate, pelirroja.

Pienso también en los cambios de mi trabajo. En vivir con él en la villa. En si Sandro y yo estamos destinados, pero sacudo la cabeza y me obligo a no pensar. Ahora toca sexo. Solo eso.

Lo demás es otra historia.

Nuestra historia.

*Sandro*

Una suave brisa le acaricia la espalda. Lo noto porque se estremece cuando abro la puerta. Ella sabe que se ha abierto y estoy detrás. Está a oscuras, con una tenue luz en la entrada, casi nula. Deliciosa y de cara a la pared, como le he ordenado a esa dulce criatura, con la frente apoyada y las muñecas en la espalda.

Esperándome.

No ve nada. No se gira.

Su piel desnuda se eriza cuando escucha que cierro y mis pasos invaden la habitación al aproximarme a ella con sigilo. Vestida únicamente con un tanga de encaje, a juego con unas medias de seda negras, y unos zapatos brillantes de tacón de aguja rojos, me espera cabizbaja. Con el pelo suelto. Sin mirarme, como le he pedido. Como yo he ordenado. Como a mí me gusta.

Mi ángel, está ansiosa de mi tacto, anhelando sus propias reacciones, pendiente de mis pasos y mi aliento.

Esperando mis órdenes.

Escucho que su respiración se acelera y puedo casi oír sus latidos en un golpeteo incesante en su sensual pecho a cada instante más rápido cuando reconoce el sonido. Me detengo en lo que ella sabe mi particular ritual. A medio camino entre la entrada y su precioso cuerpo, en pie, en silencio, blandiendo la fusta entre mis manos.

Me espera lasciva, ardiente, inocente a la vez. Con su mirada azul y a la vez oscura, de niña y loba, indefensa, desnuda, de espaldas. A la espera... , a mi espera. Mojo mis labios con la lengua, relamiéndome, y siento mi pene erecto, mi sexo deseoso, totalmente excitado, mientras ella casi jadea expectante a mi voluntad.

—¿Estás cómo te gusta? —Rompo el silencio que invade nuestra tan especial habitación—. Contesta, niña.

—Sí. —Jadea, casi fuera de sí.

Me encanta tener este poder sobre su cuerpo, su alma, su persona.

—¿Seguro? —rujo, para hacerle entender, aún sin verme, que estoy sonriendo. No quiero que me tema.

—No. —Suspira sin mirarme. Si lo hace, le azotaría por romper el hechizo con las miradas. Lo sabe.

—¿Y qué necesitas, niña? —susurro ronco, excitado, deseoso de ese cuerpecito que me vuelve loco y me ha cautivado.

Me acerco un poco más, me detengo a su lado, junto a la cama mientras corto el aire con el movimiento de lo que ella ya sabe segura, por el sonido, que es la fusta.

Siento su calor cerca y, haciendo esfuerzos por no tocar su escultural cuerpo, por no dejar que me embriague su aroma, por no cubrirla de caricias, besos, me invade la pregunta de cuándo fue el momento en que me envolví en esta pequeña chica de pelo rizado y en su mundo que me engulle por completo.

Entonces ella decide su respuesta, aún no pronunciada, lo que no hace tardar mi impecable insistencia.

—¿Qué necesitas, niña? —repito más alto, cuando con un chasquido vuelvo a cortar el aire y azoto sus preciosas nalgas con la fusta. Su tardanza en contestar se traduce en el primer azote de la noche—. Contesta —le exijo.

Suspira, recuperándose del estallido aún ardiente que ha cruzado sus posaderas, ahora más, húmeda y deseosa, contestando al fin aquello que tanto deseo oír, siendo la misma respuesta que los dos anhelamos:

—Átame.

*Continuará...*

## *Sobre la autora*

Cristina Fernández Belén nació en Barcelona el catorce de diciembre de 1976, siendo la segunda de cuatro hermanos de una familia trabajadora. Ella y su familia residieron durante su niñez y juventud en un pueblo de la provincia de la capital catalana, Sant Boi del Llobregat, donde reside en la actualidad.

Madre soltera, por elección, de un niño de seis años y escritora novel que decide lanzarse al mundo de la literatura romántica erótica con su primera novela: *Átame*, la primera parte de la trilogía *Atados*, bajo el sello digital Bookit, de Editorial LxL.